

Z/ 13135 : 14, 671 (1925)

FRAY MOCHO



"EN LA HORA AZUL"

Oleo de PÉREZ DE LLANZÓ HILDARA

LA MANCHA DE COLOR



en la parte interior
de la figura de las
Cajas de Fósforos

VICTORIA
y "75"

varía de posición
por razones de
mayor control y
seguridad.



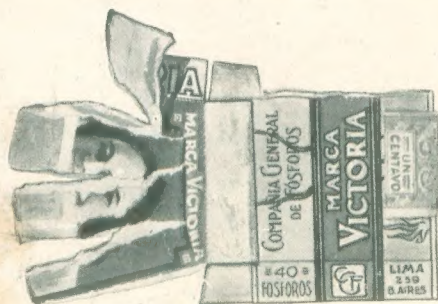
Si estuvieran siempre en el mismo sitio



y no se variara su ubicación,
sería tarea relativamente fácil
y hasta lucrativa revisar las
cajas para retirar las premiadas.



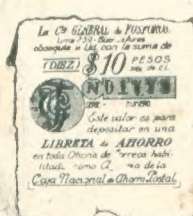
Nuestro sistema asegura llegue a sus manos lo que hemos destinado a usted,



pues para descubrir la mancha
de color que revela la presencia
de un bono de ahorro, es menester
romper en tiras la figurita en
varios puntos.



Cuando descubra la anhelada mancha
de color recorte el lado de la marquilla
poniéndolo luego en remojo y en pocos
minutos aparecerá el **Bono de Ahorro**
codiciado.



Los bonos de \$ 100, 50, 10 y 5 pueden
ser utilizados para abrir cuenta o
depositar en libreta de cuenta ya
abierta en cualquier agencia de la
Caja Nacional de Ahorro Postal

LA COMPAÑÍA GENERAL DE FÓSFOROS

en obsequio a sus favorece-
dores ha ideado esta forma
culto de interesarles en sus
ganancias industriales, be-
neficiando a la vez al país
con el esfuerzo de arraigar
la sana costumbre del
ahorro.

COMPAÑÍA GENERAL DE FÓSFOROS
LIMA 239 — BUENOS AIRES



FRAY MOCHO

Año XIV

Buenos Aires, 3 de marzo de 1925

Núm. 671

DESPUES DEL ENTIERRO DE MOMO



El hombre de la semana.

Dib. de Rojas.



LOS RECORDSMEN MUNDIALES

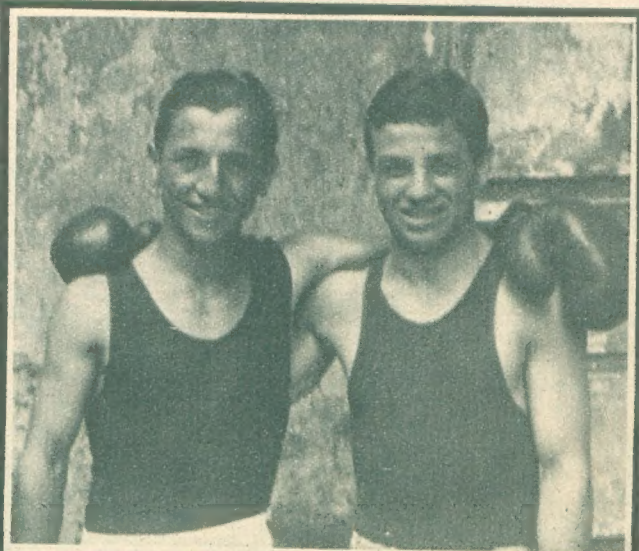


Pedro Candiotti, el hábil nadador santafesino que, en brillante forma, se ha clasificado recordman mundial de permanencia en el agua (35 horas) al efectuar el raid Santa Fe-Rosario. La hazaña de Candiotti constituye para el sport nacional una de sus grandes e inolvidables jornadas. (Caricatura de Méndez Mujica).

Administración nacional



Doctor Arturo Billordo, recientemente nombrado secretario del ministro de Obras Públicas.



Los aficionados Carlos Pasquale y Romeo Ansalone, cuya exhibición a tres rounds, en los concursos mencionados, constituyó uno de los mejores números de la fiesta.

Concursos deportivos del Atlético Jockey Club



Parte de las familias de los asociados que presenciaron los concursos deportivos organizados por el Atlético Jockey Club y llevados a efecto en la cancha del Hipódromo Nacional, en Belgrano.



AUTOMOVILISMO.— La carrera por el Gran Premio Nacional de 1925



Angel Marelli, acompañado por José Marelli, que resultaron primeros en la clasificación general.



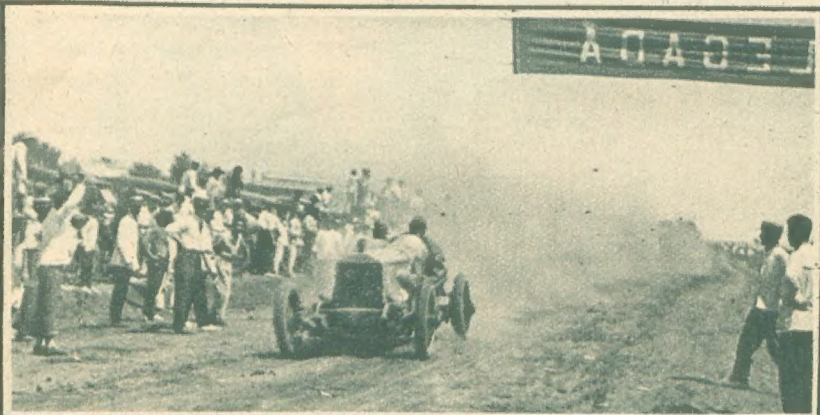
Paris Giannini, acompañado por Catulo Hortal, segundos.



Ernesto Zanardi y Fernando Dutil, terceros.



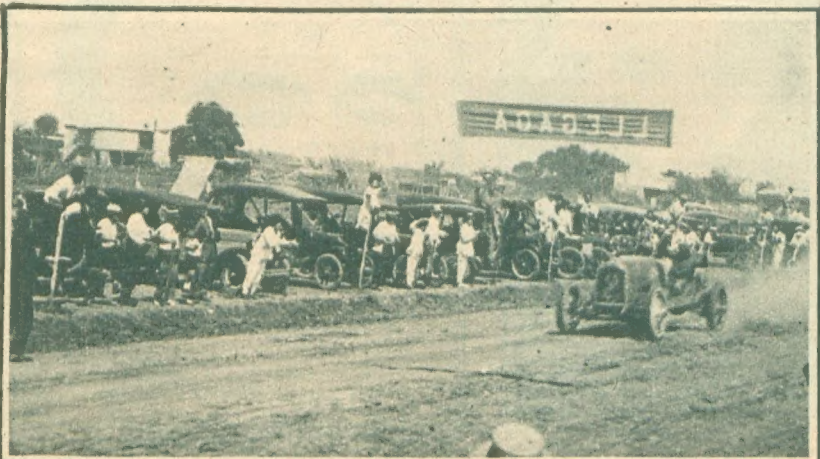
Vista general de la cancha de llegada.



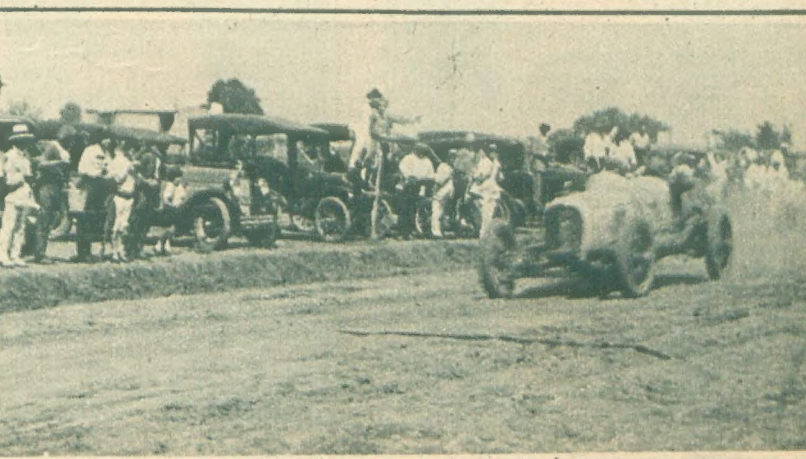
Llegada del coche de R. Luro Cambaceres (4.º)



El coche ganador llegando a la raya.



Llegada de Paris Giannini.



Zanardi, clasificado 3.º, llegando a la raya.

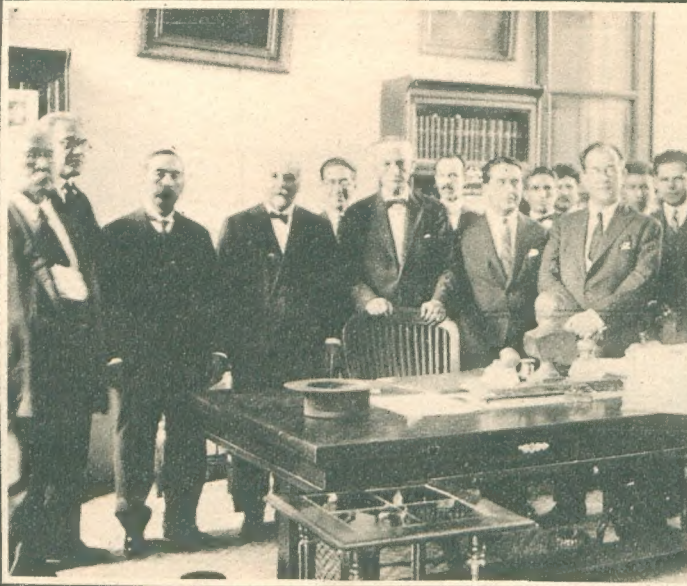


LA TRAGICA MUERTE DEL JUEZ DE INSTRUCCION Dr. MALBRAN



Doctor Manuel Pastor Malbrán, juez de instrucción de la capital, a quien la señora María Bartini de Melich, mató recientemente de un tiro de revólver.

FRAY MOCHO EN CORRIENTES



El nuevo presidente del Consejo de Educación, señor Pedro R. Vidal, rodeado de altas personalidades educacionales y políticas, al tomar posesión del cargo.



Señor Pedro R. Vidal, que acaba de ser nombrado presidente del Consejo de Educación de Corrientes.

Fots. Elena Ingimbert.

DE LA ESTADA DE LOS BOY-SCOUTS PARAGUAYOS



Los boy-scouts paraguayos al ser recibidos por el presidente de la República, doctor Alvear, a quien hicieron entrega de un mensaje del mandatario paraguayo.



Poco antes de desfilar por frente a la casa de gobierno, después de la visita hecha al primer magistrado.

BIBLIOGRAFIA



Comisario César E. Etcheverry, autor del folleto 'La terminología dactiloscópica y examen de una réplica', recientemente aparecido.

BODAS DE PLATA



Señora Emilia Castiglioni de Abello.



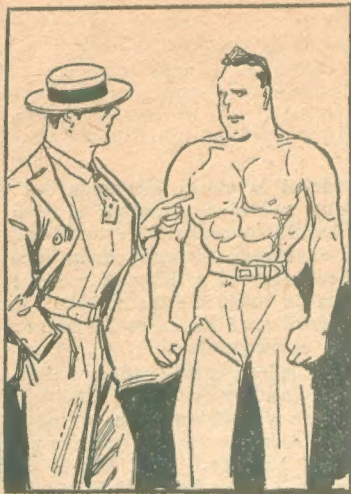
Señor Alberto Abello. Que acaban de cumplir sus bodas de plata matrimoniales, recibiendo numerosas felicitaciones con tal motivo.

O. S. N.



Ingeniero Pablo Nogués, nuevo presidente del directorio de las Obras Sanitarias de la Nación. — (Caricatura de Méndez Mujica).

ENTRE CAMPEONES



—Es asombroso, todos los días hay un récord nuevo. Bagini ha pronunciado diez discursos en 24 horas; a Mar del Plata se ha llegado en dos y Sabalini ha cruzado el Baleario en cinco minutos.

—Eso no es nada: en La Plata votan un presupuesto en cinco minutos y suprimen en un segundo a un fiscal de Estado.

En busca del triunfo

En Córdoba, ante la inminencia de las próximas elecciones, han llegado las cosas al máximo. El entusiasmo partidista y el calor, han convertido aquella atmósfera en irrespirable.

De día, de noche, los vivos de uno y otro bando de los partidos que se aprestan a la lucha, se oyen como cantos augurales de victoria.

Claro está, que en este improvisado y popular certamen los personalistas se llevan la palma. Nadie los gana a pulmones resistentes. Su voz aguda y estridente se oye por todos lados. Suenan a los oídos como el fatídico ¡Viva la Santa Federación! del tiempo de Rosas.

Y la ciudad está alarmada, no sólo porque los gritos le quitan el sueño, sino por el gran número de gentes extrañas que han caído por allí a predicar la buena nueva, improvisando discursos que vaticinan el fin del mundo.

Ferias francas

La Municipalidad en su deseo de abaratar los artículos de consumo llenó los barrios de la ciudad de ferias francas, donde a vista y paciencia de los empleados municipales, se tiene la franqueza de cobrar las cosas más de lo que valen en los mercados.

Ahora, en ocasión de la criminal maniobra del gremio panaderil, aumentando el precio del pan, ocurre lo más peregrino que pueda imaginarse, mientras en las panaderías, —quizá por temor a tropezarse con la ley que prohíbe todo consorcio, convenio o trust, —se vende el pan a un precio legal, en las ferias le han subido cinco centavos, lo que ocasiona protestas del público, pero que consienten los empleados de la comuna.

¿Qué hace la Junta de Abastecimientos que no toma medidas contra esto? Y decimos la Junta, porque sabemos que existe, por lo menos la hemos visto fotografiada en varios diarios y revistas.

Las clases

Terminadas las vacaciones volverán a abrirse los colegios donde los alumnos concurrirán en busca del alimento espiritual, y haciéndose promesas de no tropezar, durante el curso que em-

Comentarios

Optimismo de carnaval

Aunque no pueda decirse que Buenos Aires recupera, en materia de Carnaval, su vieja alegría de los tiempos sarmientescos, alabados por los admiradores tradicionales de aquellas famosísimas comparsas, que, como "Los habitantes de Carapachay", daban la nota del buen humor y de la sátira política bien entendidos, es indudable que el pueblo sacude su tiesura y torna a divertirse. Quien recuerde los tétricos carnavales de hace pocos años, subrayados de mala crianza y de espíritu moretesco, que invariablemente conducían al juzgado de instrucción o al hospital, y los compare con el correcto desempeño de las actuales "mascaritas", con los bulliciosos y ordenados desfiles del último corso, desde el de la Avenida de Mayo hasta los de los barrios más apartados del municipio, no podrá negar que, por fin, tienden a arraigarse en nuestras multitudes las ideas de cultura y la práctica de los buenos modales, que en otras épocas dieron lustre a la cortesía porteña.

Naturalmente, sería mucho pedir que en la vasta metrópoli de nuestros días, pasara la semana de carnestolendas como en los buenos y patriarcales tiempos de nuestros antepasados, sin que el drama policial se exhibiera de algún modo. Al fin, si la delincuencia corriente es numerosa en el periodo ordinario, con mayor razón debe serlo cuando las circunstancias ofrecen, en las grandes aglomeraciones populares, excelentes pretextos para la actividad de quienes viven de lo ajeno, o emboscadas sutiles a los guapos de oficio y a los temperamentos marciales de trágicas agallas.

La observación interesante a que nos referíamos y que fluye de la última semana, parte del limitado número de hechos de tal naturaleza, ocurridos a consecuencia del Carnaval. La estadística comparativa proporcionaría un buen rato a los espíritus optimistas, que siguen con interés el desarrollo de las sanas ideas en las masas argentinas.

Sin duda, sería preferible que la observación pudiera generalizarse a todos los días del año, tranquilizando así a los moralistas que ven con ojos desfavorables el espectáculo de otras costumbres características de nuestro siglo.

Pero ello nos llevaría demasiado lejos, y por hoy, no queremos ocuparnos de política...

ENTRE ASPIRANTES A MILLONARIOS



—Nos está complicando la vida la carencia del papel moneda.
—Sí, sí; no cas un níquel ni por milagro.
—¡Y el oro no sale de la Caja de Conversión!

pieza, con el fatídico cero, que tantos desengaños proporciona.

Esta vez tendrán que sujetarse a una rígida reglamentación; el señor Ministro desea que nuestros jóvenes den el máximo de rendimiento. La ciencia se administrará de acuerdo con tan delicadas inteligencias y los inspectores vigilarán su distribución.

Peró lo que tengan, para los estudiantes, de pesadas sus tareas, quedará compensado; se dice que iniciarán sus clases cantando...

El presupuesto de instrucción pública va a quedar recargado con varias cátedras de música.

El respeto a la mujer

Un subcomisario, de cuyo nombre no queremos acordarnos, está procesado por haber ofendido a una señora en la calle. Numerosos testigos y su esposo han probado los

excesos de este mal funcionario; sin embargo, la Jefatura, a pesar del sumario levantado, no ha tomado medida alguna.

Sorprende, que en la culta ciudad de Buenos Aires, pueda haber funcionarios policiales que infrinjan las mismas leyes y disposiciones que están obligados a hacer cumplir, pero hoy como ayer, existen policiaos para quienes el respeto a la mujer es un mito.

El juego

Como la quiniela es vicio de menor cuantía, y en la mayoría de los casos sirve para que el pobre desahogue su pasión por el juego, hubo necesidad de buscar otro entretenimiento que sirviera para exponer cantidades mayores.

La ruleta vino a satisfacer esa necesidad, y no faltaron incautos que expusieran miles de pesos en la bolita

¡OH, TEMPORA! ¡OH, MORES!



—El presidente está en Mar del Plata; el vice en Córdoba; el ministro del interior en San Fernando; el de obras públicas en San Ignacio; el de guerra en San Isidro; el de hacienda en la playa de los ingleses... Total: el Estado soy yo.

mágica, con la esperanza de alcanzar fortuna.

Un ruletero que sabía, por experiencia, lo que arrastra la pasión del juego inventó un procedimiento, del que por fortuna no ha sacado patente, para quedarse con la plata de sus cándidos clientes, con tan buen resultado, que en pocas sesiones dejó a los concurrentes más desplumados que gallos de riña.

La policía, curiosa con la novedad, hizo su aparición, oportunamente en este caso, por el elegante garito, y descubrió que poseía un resorte disimulado por medio del cual, en ella no podía ganar ni el comisario.

Varias son las víctimas, de algunas se han publicado los nombres, pero hay otras, que por pudor, y por no demostrar públicamente su candidez, lloran en silencio la pérdida de fuertes sumas, quizá porque como las golondrinas de Bécquer saben que no volverán a su poder.

Películas de rajante actualidad

"Los atractivos de París", por Marcelo T. de Alvear; "Por salvar a mi hijo", por el fecundo don José S. Salinas; "El rastro perdido", por Vicente C. Gallo; "Tú eres el hombre", por Elpidio González; "La ocasión suprema", por Hipólito Irigoyen; "El emancipado", por Lisandro de la Torre; "La novela de una eorista", por Horacio Oyhanarte; "A los 21 años", por Benigno Ocampo; "La dama del capuchón negro", por Arturo Bas; "La flauta de la ilusión", por José Luis Cantilo; "Ley del blanco", por Manolo Carlés; "El fruto prohibido", por Marcelino Ugarte; "Arreglalo todo", por Francisco Beiró; "Un ramillete de besos", por Rodolfo Peracca.

Parlamentaria

Entre ordenanzas del Palacio de Oro.
—Che, ¿dónde veranea el diputado Repetto?

—En "La Mosca".

—¿Y el senador Caballero?

—En "Los Toldos".

—¿Se encuentra en Buenos Aires el diputado Bunge?

—No, che; se fué a "Germania", F. C. S.

—¿Y la yunta brava Aybar-Cantoni?

—Cantoni, en Montevideo, y Aybar, en Monte... Cúdine.

LA ESCUELA DEL RASTREADOR

Por Martiniano LEGUIZAMON

Vadeamos la cuenca ancha y reseca del Chorrillo por una de cuyas márgenes se deslizaba culebreando entre cantos rodados y areniscas rojizas, un hilo de agua cristalina como si fuera huyendo del arenal sediento.

Blanqueaba a nuestra espalda en la diáfana claridad matutina el caserío de San Luis; a la izquierda recortando el horizonte se escalonaban los picachos de la sierra bañados de sol, y al pie, semejante a una cinta amarillenta arrojada sobre los verdores del gramínel de la vega, corría un camino hasta perderse en las sombras del monte.

A paso lento, en medio de una gasa polvorienta venía avanzando una árrea de burritos cargados de ramas secas, y detrás, menudeándoles chicotazos, cuatro o cinco muchachos a pie, descalzos, con grandes sombreros de esparto en forma de embudo encajados hasta los ojos de renegrida pupila y el rostro de color de bronce.

Risueños y felices con la alegría sana y confiada de los niños, pasaron pregonando su mercancía y se alejaron dejando en el silencio del campo los ecos de su voz, tiernos y cadenciosos como gemidos de vidalita: "ara la leña, ara la leña"...

—Son vendedores de leña—dijo mi acompañante—vienen de la sierra donde van a buscarla diariamente y a educar la vista para el oficio de rastreadores en la escuela del monte.

—Es muy curioso eso, explíquemelo. Los hijos de la llanura no conocemos al rastreador sino de oídas, aunque tenemos al gaucho baquiano tan original y característico como aquel, por la manera sorprendente con que sabe orientarse en las tinieblas de la noche o en las escabrosidades de la selva para seguir el rumbo que confió a su memoria y a su tino.

—Curioso y simple a la vez porque se trata de un conocimiento vulgar y casero entre las gentes campesinas. El instinto atávico, la costumbre, la necesidad de valerse a sí mismos en su desamparo, sin más libro ni maestro que la naturaleza que les rodea, por espíritu de observación paciente, de educación del órgano visual en yo no sé qué misteriosas relaciones con la memoria, llegan a adquirir el hábito del rastro, increíble y maravilloso para los hombres de la ciudad.

Esos muchachos que vuelven de montar son practicantes. Llegan temprano y buscan la aguada—un arroyo, manantial o laguna—sueltan a sus burritos para que beban y cuando han terminado, observan en la arena las pisadas húmedas, las siguen sobre el pasto hasta convencerse de tenerlas gravadas en la retina a fin de distinguirlas en medio de la rastrillada de otros animales que, a nosotros nos parecerían semejantes, pero que tienen, sin embargo, una fisonomía peculiar para quien ha aprendido a conocerlas.

Dejan entonces a las bestias pastar en libertad mientras ellos se meten al monte a buscar lechiguas o frutas silvestres y a formar la provisión de leña. Terminada la tarea regresan a la aguada, busca cada cual el rastro de su burrito y sigue a través de la espesura, sobre la hierba o los pedregales, la huella invisible a las miradas profanas, pero tan clara y patente,

que los conduce sin errar jamás hasta el sitio en que está comiendo el animal.

A la larga, esta práctica realizada a diario concluye por educar el ojo dándole ese maravilloso poder vidente que ha hecho famosos a los rastreadores puntanos.

—Recuerdo el retrato que hace Sarmiento de Calíbar, el legendario rastreador, que después de dos años de haber observado la pisada del ladrón de una montura, encontró el rastro perdido y descubrió al raptor y a su montura ya inutilizada, pero siempre creí exagerado el relato...

buscar la tropilla notó la falta de un malacara braceador, el caballo de más estima de su padre. Recorrió el campo y encontró un portillo recién abierto en el potrero.

El malacara había pasado por allí. Junto a los rastros del vaso se veían pisadas humanas. Volvió entonces a la casa asegurando que el ladrón era un peón chileno a quien habían despedido hacía varios años, sin que se tuviera noticias de que había vuelto al pago.

La afirmación era audaz; otros detectives constataron las huellas sin reconocer empero de quien eran las pisadas, pero siguiendo el rastro alcanza-



TRISTEZAS

Ya no florecen los tulipanes
en el alféizar de mi balcón;
ya no hay más risas en los desvanes
ni siento alegre mi corazón.

De los amigos y los refranes
llevo una ingrata desilusión;
no busco glorias ni tengo afanes,
ni son mis sueños una ambición.

Los tulipanes que yo quería,
tal vez, de tristes o de agonía
se marchitaron una mañana.

Y en las callejas de las casitas,
ya no hay romeros ni margaritas
como no hay flores en mi ventana.

Ricardo H. Grambs



—¡Absolutamente! Calíbar era puntano y fué un insigne rastreador. Pero no ha sido el único. Vive en la ciudad un viejito que ha ejercido el oficio durante muchos años prestando muy buenos servicios. Es hijo de un soldado de la independencia, se llama Benito Lucero y todavía cuando se quiere poner a prueba su habilidad, sabe distinguir entre la arena movediza de la calle por donde acaba de pasar un árrea de mulas, cuantas son, el número de machos y de hembras, si van cargadas y de vacío, añadiendo de llapa como dato decisivo si se trata de animales chúcaros o mansos y si alguno va acollarado.

Lucero se inició como todos en la observación campera, en la escuela de la naturaleza. Una mañana al ir a

ron al chileno que iba camino de la cordillera con el malacara de tiro.

El rastreador había surgido. Desde entonces son innumerables las hazañas que han cimentado su fama. Siendo jefe de policía tuvo ocasión de comprobar la pericia verdaderamente extraordinaria de este hombre.

En uno de los departamentos se cometió un crimen alevoso. Un pulpero, su mujer y una criatura habían sido muertos a puñaladas. Hice buscar a Lucero y nos dirigimos al lugar del suceso. Al acercarnos desmontó y nos pidió que le dejáramos sólo a fin de orientarse.

Caminando despacio con la mirada reconcentrada, entraba y salía de las habitaciones observando el suelo sin decir palabra; fué hasta la ramada,

escudriñó la tierra pisoteada del palenque, volvió a examinar el piso de las habitaciones, salió de nuevo al patio, encorvado siempre, hasta que al fin se enderezó y dirigiéndose a unas matas de saúco a cuya sombra estaba un barril sacó de entre las ramas un trapo ensangrentado.

—El ladrón está herido; aquí se estuvo lavando y curando—exclamó gravemente y señalando en un pequeño charco formado por el agua una pisada ya casi borrada.—Aquí asentó el pie izquierdo; tiene las piernas cambadas y usa alpargatas—aseguró entonces con la plena certidumbre del hecho "visto" a través de aquellos leves rastros.

Cubrió después con unas tablas el sitio señalado y volviendo hacia nosotros el rostro trigüeño iluminado de orgullosa alegría, añadió:—Es al fudo buscarlo por estos alrededores, va con plata y a la fija se ha ido al pueblo a gastarla.

Regresamos a la ciudad. La víspera, con motivo de unas carreras, el comisario sorprendió una jugada de taba y arreó con los jugadores a la policía. Cuando llegamos, hacía varias horas que los habían puesto en libertad. Por la calle donde estuvieron formados antes de soltarlos debía haber transitado mucha gente a caballo y algunas carretas de bueyes, pues las pisadas estaban borradas o confundidas entre los sureos de las llantas y el vaso de las cabalgaduras.

Sin embargo, Lucero que tenía el presentimiento de que el ladrón era de los de la volteada no se inquietó por aquel contratiempo. Al contrario, la dificultad del caso parecía encelar la vanidad del profesional ganoso de afirmar una vez más su mentada fama, y se puso a recorrer la calle en todas direcciones andando y desandando camino en busca de la huella que traía impresa en la misteriosa retina.

De pronto se detuvo, observó fijamente breve rato y alzando la frente nos dijo:—¡Aquí va!... Y como si hubiera encontrado la punta de un hilo invisible echó a andar, cruzó varias cuadras dirigiéndose a los arrabales sin detenerse ya hasta llegar frente a un terreno baldío cubierto de biznagas.

—Por aquí ha entrado—afirmó de nuevo y penetrando al biznaga! descubrimos oculto entre los terrones de una tapera a un paisano que se entregó sin hacer resistencia.

Una vez registrado se le encontró en el tirador una cantidad de dinero cuya procedencia no supo explicar, lo mismo que una herida del brazo izquierdo, y, como prueba concluyente constatamos asombrados que aquel hombre tenía las piernas cambadas y calzaba alpargatas. ¡Era el asesino!...

Han corrido los años. Las hojas de la cartera de viaje donde consignamos los apuntes del presente relato empiezan a ponerse descoloridas. Pero la impresión del relato fué tan intensa que, al evocar su recuerdo he sentido animarse la escena cual si ayer hubiera sido escuchada, y he creído ver pasar la visión del viejo rastreador ya ido para siempre, como se van todas las cosas que hablan al alma de nuestro pasado.





AVENTURA LITERARIA EN UN TREN

Por
Edmundo de AMICIS

Sucedió la aventura a un escritor, en un viaje de Piacenza a Bolonia, cuando su larga barba a lo Moisés ostentaba apenas algún pelo rubio para dar fe y recuerdo de que antes de la edad de plata había tenido una edad de oro.

Después de haber buscado inútilmente un puesto en los coches de primera clase del tren llegado de Milán, encontró uno, en el momento de la partida, en el último, con gran satisfacción suya. Pero esta satisfacción le fué amargada al instante porque al subir, giró la vista sobre los viajeros y sorprendió al vuelo un movimiento de disgusto en una señora joven, que estaba sentada a la izquierda de la ventanilla abierta.

Sorprendida por su mirada, la señora trató de reparar su descortesía, sacando a prisa y mirando su reloj, como si hubiera hecho este movimiento por impaciencia de la demora del tren: pero él comprendió la ficción y subió con el amargor de quien entra en una sala y se da cuenta por el rostro de la dueña de casa de haberse presentado inoportunamente.

El asiento vacío estaba entre un muchacho, que se sentaba en el ángulo frontero a la señora, y otra señora de edad, que parecía su madre. Los demás viajeros, hombres y mujeres, tenían el aspecto de ingleses y alemanes: unos dormían, leían otros.

¡Pobre orgullo humano! El viejo escritor había pasado en Piacenza dos días gloriosos: había sido festejado a porfía por antiguos y nuevos amigos, por los aplausos de dos mil oyentes a quienes había conmovido desde el escenario con su elocuencia imaginativa y por la sonrisa de los niños que había encontrado en la calle. Había experimentado todos los goces que pueden dar el talento y la fama; había sido honrado con esa efusión de amor que va derecha al corazón, sin enturbiarse por ninguna complacencia de la vanidad, porque da a quien la recibe algo más dulce y más profundamente deseado que lo que sueña la ambición; y hete aquí que bastaba el acto descortés de una señora, que no lo conocía, para oscurecerle en el ánimo todos esos recuerdos luminosos. Era el efecto áspero de un contraste inesperado: el discordante acento, como dice Leopardi, que convierte en nada de un golpe el paraíso a que nos ha trasportado una dulce armonía.

Apenas sentado, se puso a observar a la señora con esa curiosidad penetrante y severa con que se mira a los desconocidos que nos han hecho un desaire, para encontrar en ellos algún indicio de vulgaridad o de dureza de alma, que nos haga indiferentes, por desprecio, a la ofensa recibida.

Pero al contemplarla, sintió más viva la amargura. Era verdaderamente una mujer hermosa, con esa belleza fina y pálida, activa y afable a la vez, que prefería él a cualquier otra: y para demostrarle que al aspecto correspondía la delicadeza de la educación, bastó el modo con que ella le miró, después de algunos minutos, casi no deteniendo la mirada en él, y sin manifestar curiosidad, con esa expresión vagamente benévola que es como una bienvenida de los ojos, debida hasta a quien no se conoce cuando entra en nuestra compañía.

¡Por qué una señora tan amable no había sabido reprimir su contratiempo, porque entraba una persona de más en el coche y por qué no lo había disimulado, aunque sólo fuera por respeto a sus cabellos blancos?

En la estación de Firenzuola d'Arda bajaron el muchacho y su madre, y él ocupó el puesto del ángulo, frente a la hermosa viajera.

Esta, en cierto momento, se levantó para bajar el vidrio de la ventanilla; se anticipó él. La señora se lo agradeció con un movimiento de cabeza, sin sonreír; después alzó las manos hasta la red, sacó un libro de una valijita, volvió a sentarse y comenzó a leer.

En el momento en que ella estuvo de pie, volviéndole la espalda, él observó la esbeltez elegante de su alta estatura, y cuando abrió el libro, la forma graciosa de sus manos enguantadas.

Entraba por la ventanilla un rayo de sol que la molestaba. Pensó él bajar la cortina: pero vaciló un poco,

forzándose en poner la cara sonriente, dijo:

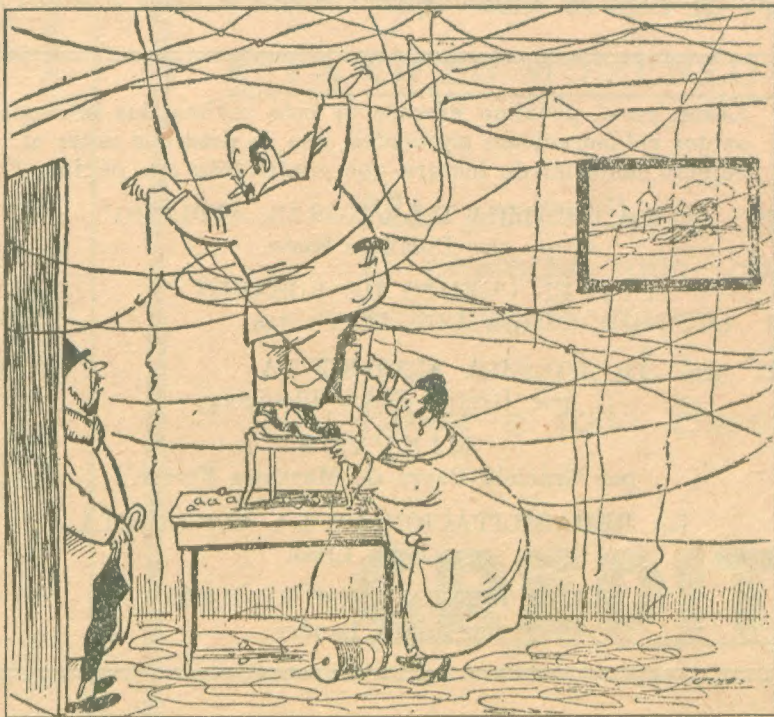
—Según parece, ese libro le divierte poco.

—Muy poco,—respondió la señora. Adelantó él su rostro como para leer el título, preguntando:—¿Me permite —y después dijo:

—Lo comprendo. Pero los libros que aburren, tienen al menos la ventaja de que se siente placer al hablar mal de ellos.

—No es este el caso, caballero. Este autor ya no me gusta; pero lo admiré cuando era niña y no puedo sentir placer en hablar mal de una cosa

¿SE PUEDE PASAR?



—Aquí nos tienes con la telefonía "sin hilos".

temiendo que la señora no pudiera ya leer. Después se resolvió, preguntándole si le molestaba la claridad.

—Es cierto,—respondió,—haga usted como guste.

Después de un rato, ella cerró el libro con aire de fastidio y lo puso a su lado sobre el asiento.

Ese acto le pareció a él una invitación indirecta a la conversación.

—Perdóneme —le dijo— si he interrumpido su lectura.

Ella respondió con una sonrisa:

—No me ha causado usted gran perjuicio.

Hizo él un movimiento que significaba:—Se lo agradezco;—pero casi en el mismo momento sintió como la sensación de un puñetazo en medio del pecho: había fijado los ojos en el título del libro: era un libro suyo.

Le costó trabajo algún tanto para reponerse de la sacudida; después, es-

suya. Le conservo mi respeto y gratitud.

—Es amabilidad de usted.

—No es sino justicia, caballero.

—Pero es una justicia que no tributan sino las almas amables.

—Honradas, diría yo.

—Usted me prueba que a la amabilidad va siempre unida la modestia.

—Sería yo indiscreto, señora, si le preguntara en qué cosa ha cambiado su opinión sobre el escritor que ha tenido la desgracia de decaer en su concepto?

—No hay indiscreción. Mi opinión se ha trocado precisamente sobre lo que más me gustaba antes. Me conmovía entonces, y ahora me parece que carece de sentimiento verdadero.

No pudo contener él un ligero movimiento de sorpresa.

—Dispénsame,—dijo la señora:— expreso tal vez una opinión contraria a la suya?

—Es un motivo más para que yo la ruegue que la exprese por completo.

—La expresaré mal. Quiero decir que me parece que este autor comprende todos los afectos más profundos y delicados y posee perfectamente el arte de expresarlos; pero no se le comprende nunca profundamente y hasta sus páginas más conmovedoras son obra de arte más bien que manifestación franca de su alma. Me parece, cuando lo leo, verme delante de dos personas: una que trata de conmoverme con su conmoción, y a veces lo consigue; y otra, detrás de él, el artista, tranquilo y atento, que le sugiere las palabras y estudia en mi rostro los efectos y se complace.

Este juicio, que no tocaba sólo al escritor, sino al hombre, le picó tan vivamente, que se asustó a la idea de tener que oír otros semejantes y más duros. Y le vino la tentación sin más ni más de decirle, en forma de burla, quién era, para impedirlos; pero se contuvo al momento, pensando que era demasiado tarde y que le parecería a ella un acto de orgullo y de vileza, hecho por no ser bastante sufrido o por terror a la crítica.

—No me doy cuenta bien de su opinión—dijo en cambio.—No tengo un gran concepto de él; pero lo juzgo desde este punto de vista de un modo diverso. Un escritor que carezca de sentimiento, lo puede fingir cuando es necesario; pero no se crea la necesidad de fingirlo continuamente. En él es la nota dominante. La nota dominante, en un artista, no puede ser preconcebida.

—Pero puede ser forzada. No digo que no haya sido nunca sincero en la manifestación del afecto; pero creo que ha abusado, ha fatigado su sentimiento, y que ha querido dar más de lo que tenía y que dice ahora más de lo que siente.

—Puede ser.

La señora calló un momento, y después continuó:

—Me parece también que tiene un gran sentimiento de sí mismo.

—¿De veras? Es singular. Reconozco en él otros muchos defectos, pero no éste. ¿Qué indicios se lo sugieren a usted?

—No sé decirlo bien. Se conoce.

—Me parece más bien que cuando habla de sí, lo hace en términos, por lo general, aun más humildes que modestos.

—Demasiado. Por esto me parece un artificio. Por ejemplo, he oído decir que es intolerante, que se resiente acerbamente de toda crítica.

—Ni aun esto lo creo, señora. Los intolerantes de la crítica se quejan públicamente, se sublevaran, se defienden. Que yo sepa, no lo hizo nunca él.

—Dispénsame: los que callan, a veces, son los más orgullosos, no los más modestos. La crítica los desconcierta hasta tal punto, es tan dolorosa para ellos, que no tienen fuerza de prolongar su eco con la polémica, y callan para no someterse a un suplicio peor. Hay enfermos que, bajo el hierro del cirujano, gritan, otros que se desmayan. Estos son los que tienen más miedo.

—Y aun esto puede ser cierto también.

Se quedó él pensando un poco: después, movido por ese sentimiento que nos hace alguna vez irritar expresamente un dolor nuestro para fortificarlos mejor el ánimo y soportarlo, dijo rápidamente, en tono resuelto, casi agrio:

—Más bien, señora, yo le haría otras críticas más severas que las de usted. Me parece a mí que en la expresión de las ideas y sentimientos, él se circunscribe voluntariamente, para no chocar ideas y sentimientos contra-



rios, dentro de los límites en que no se puede ser discutido por lo común de los hombres. Toma a veces el arranque para lanzarse contra una opinión que no es la suya; pero se detiene siempre antes de chocar con ella. Su pensamiento vacila y contemporiza, se desvía y retrocede. No se puede ejercer el oficio de escritor en estado perpetuo de paz con el mundo, y en este estado se quiere conservar a toda costa, porque carece de valor. Un escritor a quien le falta el valor, no puede ser sincero. No siendo sincero, no puede ser grande.

—En cuanto a esto, dispénsame: ¿sería sincero si hiciera violencia a su propio carácter?

—Quiere decir que es sinceramente pequeño. Y carece de valor también como artista. Tiene un lenguaje rico, pero no osado. No intenta las notas altas, porque tiene miedo de desentonar. No hay expresión de su pensamiento que tenga un eco profundo y original, un sello impreso por el golpe vigoroso de una mano segura. Es demasiado circunspecto, hasta en la palabra; es algo pusilánime en la lengua y el estilo, que camina mirando a cada rato donde pone el pie, que no da un salto, que no se arriesga jamás a un vuelo, que os infunde deseos a cada momento de darle un empujón para hacerle extender más los pasos, para que uno fuera más largo que otro y descomponerle un poco la corrección enfadosa de la marcha y de los pliegues del vestido.

—Algo semejante, pero menos bien que usted, lo dijo uno de sus críticos. No obstante, me parece demasiado.

—¿Qué crítico, señora?

La señora lo nombró: era uno de sus perseguidores más encarnizados. Y agregó:

—Demasiado severo, pero de gran talento.

—Sí—dijo el escritor, frunciendo el ceño. Después se enfureció más altamente contra sí mismo.—Digo, además, continuó, que es pobre de imaginación. Observe usted que es fecundo en imaginar circunstancias de hechos, pero no hechos. Y no ve en el fondo la naturaleza humana; presenta retratos, no almas. No posee ninguna facultad extraordinaria en la cual hasta los hombres inteligentes y cultos se ven obligados a reconocer una superioridad absoluta. No hay en él, sino una hermosa y rara armonía de facultades mediocres. Mueve el pensamiento ágilmente, pero en pequeño espacio; manifiesta bajo todos aspectos cada idea suya; pero pocas ideas, que disfraza de cien modos, sin lograr esconder la fisonomía que tienen un miopo del ingenio, que ve netamente mil pequeñeces de cerca: todo lo que es grande y lejano se le escapa.

—Mi crítica, caballero, no va hasta donde llega la de usted. Pero usted ha abierto a la mía nuevas vistas. Las usaré con ciertas amigas mías que están demasiado locas por ese escritor, para reducir las a un juicio más justo.

El no había previsto esto, y se arrepintió de haber ido demasiado adelante; pero sólo por un momento: la rabia de atormentarse a sí mismo le volvió a dominar, y continuó. La admiración que la señora manifestaba al escucharlo, y que indirectamente le hería hasta en el amor propio, le excitaba cada vez más a buscar en la elocuencia crítica, una satisfacción de vanidad al yo ficticio que él representaba. Y también continuó con la esperanza de provocar en ella, pasando la medida una reacción de la conciencia, que la obligara a la alabanza.

Pero la reacción no vino: la señora le escuchó hasta al fin, haciendo con la cabeza ligeros movimientos de asentimiento. Entonces no pudo contenerse más y trató de desviar la conversación.

—Por lo demás—dijo—nosotros nos ocupamos demasiado de los escritores

y los ponemos más arriba de lo que merecen. Les atribuimos muchas de las virtudes que están en nosotros. Lo mejor que dicen ellos, es casi siempre algo que nosotros pensamos y sentimos, y que cada uno de nosotros conseguiría expresar no menos bien que ellos, si estudiara. Nosotros los admiramos como nuestros maestros y no son sino nuestros traductores. Con la imaginación y con la observación podremos proporcionarnos nosotros mismos una gran parte de los más exquisitos deleites intelectuales que ellos nos dan. Miles de hombres oscuros tienen en sí, en igual grado de poder, esas facultades que nos parecen en ellos un privilegio. La admiración que les profesamos no es sino efecto de la indolencia de nuestra mente. Esto es particularmente verdad del escritor de quien hemos hablado; el cual no es una gran voz, como son los poquísimos hombres de genio, sino el eco de mil voces.

—Así lo pienso también. Pero usted me ha hablado al principio como si lo conociera. ¿Es amigo suyo?

—No es amigo. Le conocí hace años.

—¿Qué hombre es?

—¿Quién lo puede decir, señora? De ninguno se puede decir, a no ser en términos que se podrían referir a otros ciento. Tiene ciertas buenas cualidades, a cada una de las cuales corresponden un defecto y una debilidad. Sostengo lo que he dicho: que no se cree más de lo que vale; pero tiene una sensibilidad de amor propio morbosa (y no hay contradicción o es una contradicción comunísima), por más que hace lo posible por curarse de ella

siado en parecer mejor de lo que es.

—Por lo demás... yo no deseo conocerle.

—¿Por qué?

El tren se detuvo en ese momento en la estación de Parma; los demás viajeros bajaron: cuando arrancó otra vez el tren, el escritor y la señora se encontraron solos.

—¿Por qué no desea usted conocerle?—volvió a preguntar él.

—Porque en torno de un escritor, de cualquier modo que se juzgue, se tiene siempre alguna hermosa ilusión, que, al conocerlo, casi siempre se pierde. Por esto, si se me ofreciese la ocasión de serle presentada, no la aprovecharía.

—Pues bien: si él supiera también esto, sería para él otra puñalada.

—¿De veras?

—Sí. Le conozco. Si él supiera lo que usted ha dicho antes y sus últimas palabras, es tan miserablemente sensible, que se acordaría con amargura para toda su vida. Aun después de muchos años, estoy seguro, cada vez que ese recuerdo le volviera a la mente, ofuscaría su serenidad y turbaría su trabajo. Pero así son todos, más o menos, los artistas. Trabajan toda la vida en excitar, refinar su amor propio, para sacar goces siempre más exquisitos y profundos, y reciben el condigno castigo cada vez que son heridos en el amor propio. Entonces exageran en el propio concepto las verdades desagradables que han sentido, piensan que otras más desagradables les hayan sido calladas, prosiguen el trabajo crí-

acordaré siempre de esta hora que he tenido la fortuna de pasar con usted, y que es una de las más agradables que he disfrutado viajando. Y ya que usted ha sido tan amable conmigo, deseo que sepa quién es la persona que le conservará la más viva gratitud.

—Se lo agradeceré. Le quería pedir este favor.

La señora sacó de una carterita una tarjeta de visita y se la entregó. Miró él: era un nombre desconocido.

—Permítame usted,—le dijo—darle la mía.

Y al buscar su tarjeta, gozó de antemano el placer vivo y acre de la confusión, del susto que tendría la señora al leer su nombre.

Pero, al alzar los ojos y entregarle la tarjeta, se quedó estupefacto al ver delante otro rostro: un rostro ligeramente inclinado como por vergüenza, y que manifestaba con una sonrisa dulcísima una viva conmoción.

Apenas tuvo tiempo de abrir la boca, cuando la señora dijo:

—Su tarjeta es superflua, señor... y pronunció su nombre.

Después, juntando las manos, con voz afectuosa y trémula, dejó escapar una oleada de palabras:

—¡Perdóneme, se lo ruego! Yo le conocí antes de que usted me viera; hice un movimiento de impaciencia para que usted no lo sospechara, porque me había acudido al momento la idea de hablarle como le he hablado. Quería darme cuenta de que eran falsos juicios los que había oído, y que me habían afligido. Todo cuanto le he dicho, es lo opuesto de lo que pienso. Usted ha sido siempre mi autor predilecto, mi más querido amigo, mi más dulce maestro. He sido temeraria; pero para poderle querer bien en el porvenir más que en lo pasado. Perdóneme por la gran alegría que siento al conocerlo como lo había soñado; perdóneme como a una hija que le venera y le bendice este día para siempre.

Dicho esto, se levantó y le tomó las manos.

Tanto se sorprendió él de este golpe escénico, que no halló palabras que responderla; sintió el trastorno de ánimo de quien, después de recibida una triste noticia, recibe al momento otra que desmiente la anterior y le anuncia una buena ventura; se levantó él también, y casi maquinalmente, contemplándola con sonrisa amorosa, le entregó la tarjeta.

Ella la tomó, y le dijo:

—Le doy gracias; pero le pido otra forma de perdón.

Y adelantando el rostro con un movimiento gracioso y señalando con el índice su frente, agregó:

—Es esta.

La besó él en la frente, y le dijo:

—Gracias, hija mía.

—Gracias, maestro,—respondió la señora, dulcemente inclinó la cabeza sobre su hombro.

Estuvo él por hablar; pero se contuvo al sentir en la respiración de ella casi el afán del hanto: que era un hanto de contento y a la vez de pesar, no todo extinguido por el perdón: no quiso turbar con la voz la conmoción suavísima de ese momento.

El tren se detuvo y se abrió la portezuela.

—¡Adiós! —murmuró la señora, al separarse de él; y después de recoger rápidamente el libro y la valijita, bajó de un salto.

Se volvió todavía a mirarle con los ojos húmedos y con un movimiento vivo de la mano le envió un último saludo.

—¡Adiós! ¡No me olvide!

Después desapareció entre la gente. Y él se quedó solo para disfrutar en silencio una de las alegrías más puras y dulces de su vida.

Léase, en el próximo número de esta revista, las interesantes colaboraciones siguientes, que se destacan entre el copioso material de lectura que contendrán sus páginas:

LA POLÍTICA Y LA MORAL. APÓLOGO
por Domingo Sasso.

EL CUENTO DE ROSALES
por Félix B. Visillac.

LA CARRETA
por Héctor Pedro Blomberg.

MINUTOS
por Graciela Peyró de Martínez Ferrer.

LA REHABILITACIÓN DE LA ALPARGATA
por Félix Lima.

ELLAS TIENEN SIEMPRE RAZÓN
por Juana Landre.

y esconderla. Por ejemplo, estoy seguro de que si hubiera oído, a escondidas, lo que usted ha dicho de él, sufriría horriblemente.

—¿Lo cree usted? Así, pues, si alguien le refiriera mis palabras y él tuviera la ocasión de conocerme, ¿me trataría mal?

—Creo lo contrario. Estoy seguro de que sería más amable con usted que con otra, para reconquistarse su aprecio y su simpatía, porque le es intolerable el pensamiento de no agradar a alguien. De esto proceden, en mi opinión, todas sus debilidades de escritor.

—Será debilidad, pero es también indicio de bondad el deseo de benevolencia de todos.

—Pero no hay que mendigarla. No la mendiga sino quien conoce que no la merece.

—¿Es posible que él tenga conciencia de no merecerla?

—Tiene conciencia de no merecer como hombre la que inspira como escritor, y por esto se esfuerza continuamente, con quien lo conoce, dema-

tico sobre sí mismos, sin compasión, y caen en el exceso opuesto al del orgullo: de creerse demasiado menos de lo que son, de despreciarse, sin más ni más.

La señora se quedó algo pensativa; después dijo, sonriéndose, pero con cierta timidez:

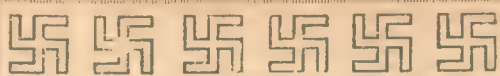
—Dispénsame: ¿no repetirá usted a su amigo, si lo ve, lo que se ha atrevido a decir de él una pobre desconocida, que no tiene ninguna autoridad para juzgarlo?

—No, señora,—respondió con una sonrisa el escritor;—aunque yo creo que toda mortificación del amor propio, en fin de cuentas, es saludable para todos, porque todos tienen que sufrir el castigo por pecados innobles de vanagloria. Usted no ha dicho sino verdades. Hemos llegado a Reggio, señora.

—Aquí bajo.

—Lo siento.

—Me ha parecido corto el tiempo y, se lo agradezco. Le aseguro que me

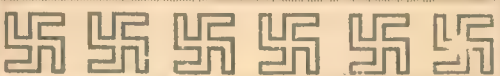


Claro - oscuro

Se ha ocultado entre nubes ya la luna; y las sombras, como mágicos crespones lentamente ensombrecen con borrones el jardín. Silencio sepulcral. Alguna que otra queja llega a mí. Lejos, una endecha, llena el alma de ilusiones, la brisa va entonando sus canciones y serena, aparece allá, la luna...

¡Estoy sola y estoy triste! Los ensueños palidecen la plácida quimera, y entre sombras, con fervidos empeños surgen las muertas flores a mi mente... Si parece que junto a mí estuviera el alma sacrosanta del ausente!

Sofía Espinosa



El bailador de tangos

por F. DEFILIPPIS NOVOA

"En modo tan solemne como siniestro que parece el oficio de algún ritual, va bailando un mancebo; es el más diestro de todos los mancebos del arrabal.

(Julían Enciso.—"El Tango").

Media noche. Algo así como un paréntesis entre los últimos minutos del día que se va y las primeras horas del que llega.

La indecisión pone en los rostros pinceladas de tristeza.

Se oye distante el canto de los gallos.

El muchero parpadea somnoliento y su luz baña la sala amplia y fría, en cuyos rincones conversan con la vista los mozos, mientras las mozas esperan que la orquesta—violines y guitarras—permita los requiebros del galán.

Atraviesa la sala y turba el silencio, que ya por duradero se hace fatigoso, el "dueño" del baile y también de la taberna donde mojan las muelas los graves danzarines.

—A ver muchachos cómo se portan aura que viene un tango de mi flor. Ojo a la pareja y a la quebrada y... paciencia si cualquier extranjos les abatata...

—¡Qué salga pa ráime!

Y una garcajada de orgullo acompaña la respuesta del Zurdo Pérez, el más famoso bailarín del barrio.

Lloran los violines, rezongan las guitarras en confusión de acordes, y un murmullo inesperado se extiende. Alégranse los rostros de las muchachas tanto como el albayalde lo permite y en mil arrugas sonríe el percal de las polleras, hasta ese momento tieso como las posiciones estudiadas de los compadritos.

Electrizado el ambiente, desenfrenado el amor propio de los "taitas", ansias de triunfo punza a todos y una nerviosidad molesta invade a los que, simples espectadores, ejercen de comentaristas, ponderando las actitudes de sus predilectos.

De nuevo el silencio; alguien ha chistado y la orquesta comienza lánguida y triste.

Entonces, nervioso taconeó estremece las maderas del piso y las primeras parejas arrancan a compás, perzosa, cadenciosamente; avanzan, giran, retroceden hasta que las notas salen vivas, incitantes, clamorosas de las cajas de madera, y el más audaz de los bailarines hace el primer corte. La

sala acompaña las cadencias con el tamborileo de sus cristales, y la luz del muchero, animándose, se alza, como espando, para quebrarse en las figuras que proyecta sobre el piso en sombras largas, oscilantes, fantasmales...

En desafío de habilidad cada bailarín hace prodigios. Triunfa siempre el Zurdo Pérez con su escuela de impecable estiramiento.

...Respiraciones jadeantes...

Cesa de golpe la orquesta; las parejas se detienen sorprendidas; el "dueño" del baile, con profunda ironía, presenta a un mocetón que peina melenas y viste con la pulcritud hiriente de los galanteadores del suburbio.

—Aquí está este mozo que pide la compañera al mejor bailarín para lucirse...

Y tose. Le imitan algunos, pero la burla calla cuando el Zurdo Pérez se adelanta con una sonrisa

compasiva en los labios y entrega al desconocido su compañera sin más recomendación que esta:

—No la nuble...

La orquesta prorrumpe; las parejas hacen corros, observan, y el muchachón audaz, con la mejor bailarina del lugar, cimbrea sobre los tacones, gira, avanza, retrocede con una gallardía que impresiona, con una majestad que hace reír. En él parecen fundidas la fatua prosopopeya del negro, la gracia del gitano, la descuidada elegancia del gaucho.

Algo así como misterioso respeto acusan sus cadencias; algo de enigmático también sus quebradas, algo de fiera su parsimonia.

La orquesta teje un ruego incomprensible; torpe admiración sella todos los labios y un destello de envidia resplandece en todas las pupilas...

"En modo tan solemne como siniestro que parece el oficio de algún ritual, va bailando un mancebo; es el más diestro de todos los mancebos del arrabal".

APRESURESE!...

NUESTRA SENSACIONAL LIQUIDACION ESTÁ EN SU MOMENTO CULMINANTE

Más pronto llegue, mayor será el provecho que obtenga de este acontecimiento comercial, cuya magnitud ha dado que hablar a todo Buenos Aires.

CREDITOS

En pocas horas puede obtener Vd. en nuestra casa un crédito a pagar en 10 meses. No cobramos absolutamente ningún recargo ni cuota alguna por adelantado.

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS

A.CABEZAS

SARMIENTO ESQ SAN NARCISO (BUENOS AIRES)

ENTREACTO

Por Joaquín de VEDIA

Termina el segundo acto. Por el pasillo de la derecha, caminando con la pesadez propia de un hombre abrumado por los años y las grandes fatigas morales, con aires de enfermo, abandona la platea un robusto joven de veinte y tantos años. Se detiene, enciende un cigarrillo, lanza una humada, y continúa su marcha, en dirección del vestíbulo. Llega, insinúa un bostezo como para que le vean aburrido los empleados de la empresa que junto a la puerta asisten al espectáculo en la cara de los espectadores y comienza a pasear la anchura del gran hall, mientras, conversando las parejas, silenciosos los solitarios, aparecen los demás señores de las poltronas. De repente, el joven, alzando los brazos al cielo en un movimiento de alegría que pone de relieve la suprema habilidad con que ha sido cortado su frac, y entornando los ojos en una mueca que revela a un protector, exclama, dirigiéndose a un tipo decento y correctamente entrazado, que por allí aparece:

—¿Usted por acá, mi amigo?

En la pregunta hay todo un dueño de casa. Es indudablemente un abonado, aquel muchacho que se ha divertido poco y que se ha entusiasmado menos. El otro, sencillo y sonriente, contesta:

—Psh, he venido a ver a esta mujer...

—¿A Sarah!... ¡Muy vieja!

Una sentencia, una fulminación. El hombre la vió en Europa, cuando estrenó *L'Aiglon*, durante la exposición. Está desmejorada, es una ruina.

—Luego, ese canto, ese canto, mi amigo es insostenible. Queremos otra cosa. La verdad, la naturalidad...

El otro calla: él continúa:

—Coquelin, ¿lo vió usted? ese es un actor verdadero, natural.

El otro dice con la cabeza que no está conforme.

—¿Cómo? ¿Coquelin aún, el gran Coq?

—Ese mismo. No le veo la naturalidad, ni la verdad.

El hombre, al verse contradicho, olvida la pose del neurasténico y tiene movimientos de atleta, mientras afirma que aquello es negar la evidencia. Coquelin es la naturalidad, la verdad mismas. Su interlocutor no se intimida y lo interrumpe:

—Su Coquelin se me antoja amargado, recortado, ¿qué se yo?, un actor académico que quiere evolucionar al realismo. Sarah, en cambio, es fiel a sí misma, a su origen y a su escuela. Yo prefiero entre un actor que canta y un actor que no canta, al más sincero de los dos. Es la sinceridad lo que constituye el principal mérito de un comediante, porque es la que nos da la unidad del intérprete con su repertorio. Sarah es sincera, y por eso no representa sino las piezas que mejor acenonantan con su estilo, tan declamatorio y tan rítmico como usted quiere. El otro no es sincero, que si lo fuese, ya se habría desolado por *Molière* o por *Rostand*, por el *Angier* de don Annibal o el *Angier* de M. Poirier.

Nuestro hombre puso cara de quien oye hablar chino sin ser chino, y menos protector, preguntó:

—¿Usted ha hecho estudios especiales sobre la materia?

—Yo no he hecho estudios especiales sobre la materia, pero conozco un poco de teatro porque voy poco a los teatros.

—¡Eso sí que está bueno! ¡Explíquemelo, quiere?—insistió el joven,

con su punta de titeito en el interrogante.

—Muy sencillamente. El teatro es un género de arte que ustedes contemplan desde los palcos, como leen muchos lectores que yo me conozco, y cuya erudición consiste en aprenderse de memoria los títulos de las obras expuestas en las vidrieras de las principales librerías.

Ustedes no saben un camino de teatro, porque a ustedes le distraen las actrices, los actores, las vecinas, los acomodadores, el que entra, el que sale, el apuntador que habla fuerte, el cómico que *s'impapera*, la decoración que se mueve, la luz que vacila. Infinidad de personas hay, que saben de pe a pa cómo representan todos los cómicos famosos el papel de *Hamlet*, por ejemplo, y que todavía ignoran a *Hamlet*. No le hablo a usted de tontos.

Los teatros son la fortuna material y la ruina moral del teatro. Todo lo que éste ha dejado y deja, está en libros; todo lo que ha perdido y pierde, entre bambalinas.

Marina

En la playa del mar, a la serena luz del poniente trágico y severo, escribió con el índice altanero el nombre del amor que la condena.

Del viento la satánica melena barrió las letras, con impulso fiero, y en las dormidas aguas, un reguero dejó, a su paso, de caldeada arena.

Luego, a la noche, como el dulce acento del llamado de un alma que murmura, se intimó en la quietud del firmamento;

y al levantar el mar su adusta frente,—símbolo de su pasión y su amargura,—volvió a la playa el nombre del ausente...

Godofredo LAZCANO COLODRERO.

La mejor herencia

Un mercader tenía dos hijos; el mayor era el preferido del padre, que de él quería hacer su único heredero.

La madre, que deploraba la injusticia de que su hijo menor era víctima, rogó a su marido que no hiciera saber nada a los niños. Propónase nivelar la suerte de sus dos hijos. El mercader consintió y no les dijo una palabra.

Cierta día que la madre lloraba sentada junto a una ventana, un peregrino que por allí pasaba le preguntó la causa de sus lágrimas.

—¿Cómo no he de llorar?—dijo ella.—Mis dos hijos me son igualmente queridos, pero su padre trata de desheredar al más pequeño en provecho del mayor. He rogado a mi marido que nada diga a los niños, esperando hallar un medio pa-

ra indemnizar al menor; desgraciadamente, nada posco, y no sé cómo arreglármelas.

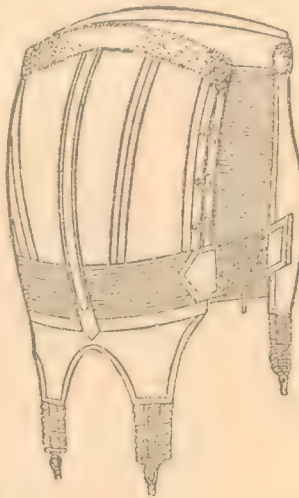
—Eso no es difícil—dijo el peregrino.—Ve a declarar a tus hijos que el mayor ha de heredarlo todo en perjuicio del menor; éste no tendrá nada, pero tan rico será como el otro.

Cuando el hijo menor supo que nada podía esperar, partió para el extranjero, donde aprendió ciencias y oficios varios, mientras el mayor, al lado de su padre, descuidó su educación al sentirse rico.

Cuando murió el padre, su hijo mayor, que nada sabía hacer, dispuso toda su fortuna, mientras que el menor se enriquecía en el extranjero.

León TOLSTOI.

UNICA CASA ESPECIAL EN CORSES, FAJAS y PORTASENOS



Eva

FAJA MODELO 13—Única que llena cumplidamente su misión de reducir el vientre, sosteniéndolo y permitiendo los libres movimientos del cuerpo.

Ideal para embarazo, eventración, etc.

\$ 20.—

FLORIDA, 138

SOLICITE CATALOGO

U. T. 4657, Avenida

—Entonces—¡qué rica cosa!—usted quiere el teatro sin teatros.

—No, mi amigo. Yo no quiero nada, a mí me agrada leer hermosas obras,

y sé que en el teatro de ustedes, en el de todas partes las hermosas obras que triunfan, triunfan por lo que tienen de malo, pues lo que de bueno tienen pasa en el teatro inadvertido. Esto del punto de vista del arte puro. Ahora haya teatros, para que ganen unos ochavos los pobres autores a quienes ustedes aplauden por aquellas cosas mismas de que ellos se avergüenzan.

—Ya va a empezar el acto; me voy. Hasta pronto, doctor. (No había sonado ninguna campanilla).

—Yo no soy doctor... Dígame ¿de quién es esta pieza que representa?

—¿No es de Corneille?...

—No, hombre, es de Hugo. ¡Ya ve usted! ¡Y no pierden estreno, ni debut!

Máximas y pensamientos

—Yo he salido de la casa de los sabios dando un portazo.

—Hablando, baila el hombre sobre todas las cosas.

—Si eres un esclavo, no puedes ser un amigo. Si eres un tirano, no puedes tener amigos.

—Hay quienes no pueden libertarse de sus propias cadenas, y, sin embargo, para sus amigos son salvadores.

—Sé al menos mi enemigo. Así habla el verdadero respeto, el que no se atreve a solicitar la amistad.

—Lo que se hace por amor se hace siempre más allá del bien y del mal.

—Hago demasiado tiempo que se escondían en la mujer un esclavo y un tirano. Por eso la mujer no es capaz aún de amistad: no conoce más que el amor.

—Sólo a los hombres se les debe hablar de la mujer.

—El verdadero hombre quiere dos cosas: el peligro y el juego. Por eso ama a la mujer, el juguete más peligroso.

—La felicidad del hombre es: "yo quiero"; la felicidad de la mujer: "él quiere".

—Hay una "moral de amos" y una "moral de esclavos".

—Me ha trastornado, no que me hayas mentido, sino el no poder ya creerlo.

—Esto es lo que he hecho—dice mi memoria.—Yo no he podido hacer eso—dice mi orgullo,—que continúa inflexible. Y, al fin, es la memoria quien cede.

Federico NIETZSCHE.



EL MUNDO ES UN ESCENARIO

y actor es cada uno de nosotros. Distintos son los papeles: éste es príncipe y aquél mendigo. Distinto es el éxito: para unos la gloria y para otros el olvido. Distinta es la recompensa; éstos recogen dicha y aquéllos cosechan desengaños. Sólo una cosa es común a todos y nivela a soberbios con humildes y a buenos con miserables: el dolor físico. Desde que se alzó el misterioso telón para la primera escena de la tragi-comedia humana, el dolor ha desempeñado su implacable papel de verdugo. Por eso, para la humanidad ha sido un hecho tan trascendental el descubrimiento de la

CAFIASPIRINA,

el maravilloso analgésico moderno que alivia, como por encanto, los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; los resfriados; el malestar producido por excesos alcohólicos, etc., y que, además de esto, levanta las fuerzas y **NUNCA AFECTA EL CORAZÓN.**

En tubos de 20 tabletas y **SOBRES ROJOS BAYER** en una dosis.



"LA SENDA FAMILIAR"

Por Juan BURGHÍ

En esta época de poetas que se pierden en retoricismos complejos y que, mediante una estética equivocada, pretenden hacer de la metáfora el único elemento de la poesía, Juan Burghi, poeta sencillo y de claro espíritu, persiste en hacernos ver que el elemento esencial de la poesía es la emoción. Y por su actitud, nos brinda un libro que es un oasis para el lector cansado de leer renglones cortos sin un ápice de emoción. Pasarán las obras de los que hoy se escondan en un "ismo" determinado, sin pensar que la poesía es cosa demasiado intensa y alta para poder caber en una escuela de arte y sólo en una escuela; y algunos de los versos planos de familiar emoción de este libro de Burghi, quedarán como un ejemplo de lo que es poesía, la única, la poesía de todos los tiempos, la que desafía escuelas y teorías y por sobre su efímera existencia, sobrevive. Burghi es poeta por su sentimiento y esto lo aparta de los que, por seguir las modas, hacen versos cerebrales y fríos, sin pensar que esto es lo que caracterizará el "arte" de los retóricos de todas las épocas.

Ejemplifiquemos:

HOMBRE, HERMANO...

Hombre, hermano: si sufres,
une a mi corazón tu corazón;
que yo sé de la angustia,
que yo sé del dolor...
Mas sé también, bajo la garra impía
de una amargura atroz,
serenar las borrascas del espíritu.

con el óleo de una honda comprensión
y la palabra mágica
que me inspira el Amor...
Hombre, hermano: si sufres,
une a mi corazón tu corazón...

Quien tal escribió es un hombre bueno;
y antes de poder llamársele poeta,
a un hombre es preciso ver si es bueno.
La poesía para él es esto tan noble
y tan puro:

Senda por donde huyo las groseras pasiones,
y me elevo hasta todas las grandes emociones:
por ti me llega al alma la belleza que arraiga
y, al florecer, impide que el espíritu enajene
en el cieno de todo lo torpe y material,
salvando la blancura del penacho ideal...

Amada Poesía: en la brutal dureza
de la Urbe que es toda sordidez y asfalta,
y donde todo ensueño naufraga o se sofoca,
sobre tu cumbre como sobre oportuna roca
cien veces he salvado lo mejor de mí mismo:

ese soplo divino de bondad e idealismo
que a nuestras pobres almas redime y dignifica
y a nuestra vil arcilla con su óleo santifica.

Concepto de la poesía que es bueno
escuchar de vez en vez para no olvidarnos
que eso es poesía precisamente. Sencillo
en su sentir, no quiere esto significar
que Burghi no sea un complejo en su pensar:

A veces, me sorprendo como si fuera otro
que va dentro mi mismo, cual extraño fantasma...
me siento algo remoto que volverá de nuevo,
como idea o recuerdo de otra vida lejána.

Y junto a ese pensamiento "ocultista",
he aquí estos sentimientos diáfanos:

Para mí no hay más gloria, ni religión,
que sentir hasta el fondo tranquila la conciencia
por tener la certeza del bien y la verdad...

Y humildemente espero que la última gota

de la clepsidra caiga junto a la carne rota,
y el espíritu alcance la gran serenidad...

Señor: durante un día,
durante todo un día he sido bueno;
bueno a pesar de todo:
de la frágil arcilla de mi cuerpo,
de mi egoísta corazón de hombre
y a pesar de mi mismo he sido bueno

El rosál que sonríe en mi ventana
ha sido mi maestro,
porque él me ha enseñado
que, hundiendo su raíz en el estiércol,
corona cada una de sus ramas
con una rosa de fragantes pétalos...
Como un rosál hoy floreció mi espíritu
con la flor de bondad de un día bueno.

Si a los trozos copiados, agregáramos
composiciones tan hermosas como
"Serenidad" o "El temor a la muerte",
nos daremos una idea de lo que es un poeta
de verdad, emocionado y sincero en su alma,
claro en su forma, y orientado hacia el bien,
que esto no debe olvidar el poeta que quiera
poner su estrofa en aras de la humanidad
que sufre dolor e injusticia.

Bien llegado, pues, este puro lírico
en este momento de desorientación tan
propicio al arrivismo de la audaz ignorancia.

Ernesto Morales

El viejecillo y los demonios

(Cuento japonés)

Erase una vez un viejecillo, que tenía un bulto — grueso como una naranja — en la mejilla derecha. Un día, como de costumbre, fuese al monte para cortar leña de arce. Mas a poco de llegar, comenzó a llover en tal forma y a soplar tan furiosamente el viento, que el viejecillo convenido de la inutilidad de toda tentativa para volver a su casa, se cobijó temeroso, en el tronco hueco de un árbol centenario.

Allí permaneció acurrucado y sin poder pegar los ojos, hasta que un confuso rumor de voces lejanas llegó hasta sus oídos, voces que fueron aumentando de intensidad hasta transformarse en una verdadera algarabía.

¡Qué cosa más rara! — dijo el viejecillo para su coleteo. — Juraría que en el monte estoy solo y sin embargo

estoy oyendo voces. — Y sacando valor de quién sabe dónde, se asomó con precaución, advirtiendo una caterva de seres de extraño aspecto: de piel roja y vestidos verdes; de piel negra como el ébano y vestidos rojos; algunos sin boca, nariz u orejas; los otros, cornudos y ciegos; por allí una pata de cabra; por todas partes rarísimas cataduras.

A poco de llegar, encendieron los demonios una gran hoguera, cuya luz era tan intensa como la del día. Sentáronse en círculo, en dos filas, y empezaron a beber y a divertirse como seres humanos, menudeando las rondas y libaciones, de tal suerte, que la mayoría de los asistentes, quedó por el suelo con una borrachera fantástica.

Un demonio de pocos años, se puso de pie, y rompió a cantar una tonadilla,

lla, mientras se acompañaba con danzas extravagantes, imitándole todos los diablos y diablesas. Una de ellas, después de una danza desenfrenada, declaró que la alegría de esa noche era en realidad extraordinaria, pero que hubiera deseado algo nuevo y nunca visto.

El viejecito — que fué en su tiempo gran pierna y famoso danzarín — sintiendo una verdadera necesidad de bailar, dió al traste con todos sus temores, y así salió del miserable agujero, pensando “que fuera lo que Dios quisiera”, pero que de un bailecito no se privaba aunque le costara el pellejo. Y diciendo y haciendo, con el sombrero picarescamente inclinado sobre los ojos y el hacha cruzada al cinto, comenzó sus evoluciones coreográficas.

Los demonios sorprendidos por semejante aparición, dieron un salto, exclamando ¡qué bicho es éste! pero viendo al viejecillo hacer toda clase de pasos y figuras, galanteando a las diablesas, sosteniéndose en un pie, dando volteretas inverosímiles y cantando coplas de subido color, toda la caterva de demonios rompió en un prolongado aplauso, riendo a mandíbula batiente de las contorsiones del viejecillo, quien, por otra parte, tenía ya una pinta del bien endemoniado, en el estómago.

—Qué bien baila—dijeron todos. Y una diablesa, morocha y bandida, preguntó: es necesario que venga siempre a nuestras diversiones, pero como podría faltar a su palabra, es preciso que nos deje algo en rehenes. Entonces todos los diablos se consultaron, decidiendo quitarle el bulto que tenía en la mejilla derecha, creyendo que sería muy apreciado por su propietario. En verdad, señores demonios — declaró el viejo — tengo este bulto hace tanto tiempo, que estoy muy encariñado con él y no me gusta darlo porque me he acostumbrado a dormir sobre su lado; pero podéis quitármelo, como así un ojo, a una oreja si es de vuestro agrado. Mas los demonios, tomaron el bulto y lo guardaron, diciendo al viejecillo que podía marcharse, no sin antes colgarle al hombro, un grueso saco de monedas de oro. Y como por momentos parecía despertar la aurora, la banda de las tinieblas desapareció como por encanto, mientras los pajarillos piaban alegremente en el monte.

El viejo se palpó la cara y halló que el bulto había desaparecido; y sintiendo un peso enorme sobre sus espaldas, encontró el saco felicitándose por la fortuna que contenía. Entonces, sin acordarse de cortar leña, retornó a su casa y contó a su mujer la extraña aventura.

Vivía en la vecindad, un avaro viejecillo, que tenía también un grueso bulto, pero en la mejilla izquierda, y al saber que su vecino había quedado libre de la fea protuberancia, decidió realizar el mismo plan para verse limpio de la suya, realizando fortuna al propio tiempo.

Marchóse pues, escondiéndose en el mismo árbol, para esperar la llegada de los demonios, los que no se hicieron aguardar mucho, divirtiéndose como en la primera noche.

El viejo salió de su escondite, encomendándose a todos los santos, los demonios, al verle, le dieron la bienvenida confundiéndole con el otro.

—¡Qué baile, qué baile!—gritaron. El viejecillo comenzó su danza, pero en una forma tan torpe y tan sin gracia, que los demonios enfurecidos le devolvieron su bulto, aplicándoselo a la mejilla derecha y expulsándole del lugar.

Y el avaro volvió a su casa sin dinero, llevando en un lado de la cara el bulto que le correspondía, y en el otro el que los demonios le quitaron a su vecino.

La trenza dorada

El príncipe, el joven príncipe, tan hermoso como un rey, está mortalmente herido.

Cuando andaba de caza por los bosques, distraído con el recuerdo de las doradas trenzas de su mujer, fué acometido por un jabalí, que le atravesó con sus agudos colmillos.

Allí está, tan pálido como un manojo de jazmines, tendido sobre una cama ensangrentada.

Alrededor de la cama están llorando tres mujeres: la madre, la hermana y la esposa.

—Vamos corriendo,—dice la madre, —a casa del nigromántico, que vive retraído en lo más recóndito de los bosques. Nadie más que él puede hacer un bálsamo que cure a mi hijo.

Cuando llegaron a la casa del nigromántico, éste les habló así:

—Puedo daros un bálsamo que curará al príncipe, pero es preciso que me deis en pago de ese bálsamo, tú, la madre, tu brazo derecho, tu, la hermana, tu mano blanca, con el anillo en el dedo, y tú, la esposa, tu trenza dorada.

—¡Nada más que eso!—dijo la madre—y dió su brazo derecho.

La hermana dijo:

—Toma mi mano blanca, con el anillo en el dedo.

Pero la esposa dijo sollozando:

—¡Ay! ¡tendré que dar mi trenza dorada?... No puedo dar mi trenza dorada.

Y el nigromántico se quedó con su bálsamo. Y el príncipe murió.

Allí están las tres mujeres llorando juntas al cadáver.

La madre llora sosteniendo la cabeza de su hijo querido.

La hermana llora a los pies del príncipe.

Y la esposa llora junto al corazón. ¡Junto al corazón que palpitó con un amor tan tierno por sus trenzas doradas!

Y en el sitio en que lloraba la madre... brotó un hermoso río, el cual está corriendo todavía.

Donde lloraba la hermana, brotó un manantial.

Pero donde lloraba la esposa, se formó un charquillo, que se secó al primer rayo de sol.

F. DOSTOIEVSKY.

La familia gramatical

La gramática, nodriza de la lengua, tiene diez hijos, a saber:

El “sustantivo”, gran propietario.

El “artículo”, paje del sustantivo y su introductor.

El “pronombre”, apoderado del sustantivo y su representante.

El “adjetivo”, lacayo del sustantivo, viste la librea que aquel le da.

El “verbo”, monarca, que siempre sale a campaña con su ejército, aunque a veces va oculto.

El “participio”, ministro misterioso que ora viste de rey, ora de lacayo.

El “adverbio”, especie de factotum, o correveidile, al servicio de unos y otros.

La “preposición”, notario público que da fe de las relaciones existentes entre los otros.

La “conjunción”, personaje enredador que ya se asocia a sus hermanos, ya les separa y enemista irremediablemente.

La “interjección”, especie de hada pequeña y bulliciosa que, o sale bien acompañada, o al parecer sola, aunque también entonces lleva oculto al rey.



“Las rutas de Simbad”

En el álbum de Wally Zenner

Rodaron por cien mares mis naves de aventuras impulsadas por vientos lejanos y propicios; en los cordajes blancos de las arboladuras soñaba la profunda canción de los alisios.

¡Ah, cuántas esperanzas portaron mis galeones a tierras ignoradas, de luna, sol y bruma!... Al frente, la ola virgen de amor y anunciaciones; detrás, la estela hirviente, rizada, de la espuma

Mis naves no cargaron colmillos de elefantes ni pérsicos brocados de púrpura y armiño; tan sólo restalaron, en piélagos distantes, mi lírico tesoro, mi espíritu de niño...

Y así, rodó en el mundo mi flota adolescente borracha de dulzuras, de fe, de inmensidad... ¡Ah, cuántas, cuántas noches, inmóvil sobre el puente, busqué en la lejanía las rutas de Simbad!...

¿Qué valen ilusiones?...

¡Oh, mares borrascosos, dad paso a mis navíos!... No soy un rey de Oriente, no soy un mercader... ¿Qué haréis con las alhajas de los tesoros míos? ¿Qué valen ilusiones recogidas ayer?

No hay oro en mis arcones, no hay seda en mis armarios, no adorno mis vestidos con perlas de Ceylán; mas, yo cargar pudiera quinientos dromedarios de cálidas caricias que nunca tornarán...

Mis cofres están llenos de suaves melodías, ¿las náyades no sueñan?... Oh, mares, la canción más pura es el más puro tesoro de armonías... Caudales yo no tengo, ¿queréis mi corazón?

Tomadlo... Mas, dejadme; que sigan mis navíos su viaje milagroso... — ¡quizá no han de volver! — ¿Qué haréis con las alhajas de los tesoros míos? ¿Qué valen ilusiones recogidas ayer?...

Eduardo María de Campo



SOR NATALIA, por el conde Villiers de L'Isle ADAM

Hace mucho tiempo, en Andalucía, en el ángulo de un camino empinado y fatigoso, se hallaba un convento de monjas franciscanas de la orden tercera.

Una larga capilla cuya puerta, nunca cerrada, abriase sobre tres gradas que terminaban en el camino que bordeaba el enorme muro del monasterio. En los alrededores se extendían las llanuras fértiles, los árboles perfumados, el aislamiento y el camino polvoroso.

Durante un largo crepúsculo de otoño, hallábase arrodillada, con sus hábitos de novicia, en el fondo de la capilla, una niña de finos rasgos, de una belleza encantadora. Se hallaba ante un nicho abierto en un pilar: del arco pendía una solitaria lámpara de oro alumbrando una virgen con los ojos entornados, las manos abiertas desbordantes de celestes gracias, una madre divina, en la actitud de la "Ecce ancilla".

Desde el camino llegaban, a través de los ventanales, los acentos frescos y sonoros de un cantor de serenatas. Las lánguidas frases de ardiente pasión, de audacia y de juventud llegaban, en la iglesia, hasta el corazón de la novicia arrodillada, que, con la frente sobre las manos, murmuraba a los pies de la Virgen, con desolada voz:

—Señora, ya lo veis: llorando os suplico que no me abandonéis en vuestra compasión, pues desfallecí y angustiada, aún llevando en el fondo de mis pensamientos vuestra imagen, voy a salir de aquí. Esa voz me llama con ferviente fidelidad. Si no voy, va a morir. ¿Cómo condenar sus transportes por tanto tiempo sufridos en silencio? Sabéis cuánto os amo señora y que mi mayor gozo era emplear mi vida en vuestro servicio. Aquí os dejo mi velo y la llave de mi celda... A vuestros pies los dejo... Pero no puedo más. Me ahogo... Esa voz me atrae...

De pie, vacilante, no osando levantar los ojos, sor Natalia colocó la llave y el velo a los pies de la Virgen del rostro iluminado y los ojos bajos, Después, apoyándose en las paredes,

llegó al portal, descendió las gradas y se encontró en el camino, que se perdía a lo lejos iluminado por la luna.

—¡Juan! —gritó.

Un joven de perfil dominador, de arrogante aspecto, de mirada ardiente de alegría, saltó de su caballo y envolvió con su capa a la que al fin iba hacia él.

Fueron seis meses de amor, de encantadores viajes a través de Italia, por Florencia, Roma y Venecia. El, siempre alegre, ella, pensativa: las caricias de su ardiente raptor no eran aquellas que la inocencia de su corazón había esperado.

Repentinamente al regreso de una excursión, en una hermosa mañana de sol, sin que ni una sola palabra la hubiese advertido el peligro, despertó solitaria, sin anillo nupcial, sin siquiera la alegría de un hijo. Su amante fatigado había desaparecido.

Con un profundo suspiro la joven dejó caer el papel que le anunciaba la soledad y el abandono, inquieta, resuelta a no sobrevivir.

Pocas horas después, cuando hubo repartido entre los pobres el oro que le quedaba, en el momento mismo de irse a separar de la vida un pensamiento, una cándida idea la oprimió.

Iría a ver nuevamente, una sola vez más para un supremo adiós e implorar su perdón, a la Virgen del convento.

Vestida de penitente y mendigando un poco de pan en el camino se dirigió hacia el monasterio. Hacia la capilla, mejor dicho, porque no podía ir a donde se hallaban sus fieles ex compañeras.

Después de varios días de camino, por la tarde de un hermoso día de verano, llegó, temblando, extenuada, ante el santo portal.

Entró, avanzando de rodillas hacia su celeste amiga, e inclinada, balbuceó entre sollozos.

—¡Oh! ¡Señora! ¡Soy indigna de elemencia! Yo no sabía entonces cuando la tentadora voz me suplicaba, qué abandono, qué oprobio reserva el amor mortal. ¡Oh, vergüenza! Voy a morir lejos de este santo asilo. ¿Cuál de vues-

EL PELIGRO DE LOS AÑOS



—Mira, Dorotea, te aconsejo que no te quites edad. ¡Ya estás viendo la recogida de menores que está haciendo la Policía!...



LA MODA

renovando constantemente a la mujer, la hace siempre agradable, siempre adorable y la consagra la soberana de nuestros sentidos.

La maternidad coloca a la mujer dos alas azules y nos la convierte en nuestro ángel espiritual.

Una madre moderna es, pues, la suprema aspiración de un hogar.

La moderna mamá deberá saber que en determinadas épocas del año y en ciertos estados fisiológicos de su hijito, la intolerancia del alimento lácteo es un hecho, que sin constituir una enfermedad, es un síntoma que conviene no descuidar, porque él acarrearía graves trastornos para la nutrición y salud de su tierno infante.

Un alimento de transición, para estas épocas y estos estados, lo constituyen los



CEREALES CERES

(Adaptados en nuestras Maternidades)

Reputados el mejor alimento infantil — Consulte con su médico
En venta en todas las farmacias

UNICO CONCESIONARIO **Vda. de Francisco López**
SANTA FE 2653 Buenos Aires

Al pasar

I

Fué junto al lago de la rosaleda una tarde galana del Enero, cuando se desprendió de tu sombrero un ajado clavel hecho de seda.

Había en la brisa cadenciosa y leda un virtuoso romance placentero; mientras el sol, filtraba milagrero sus rayos a través de la arboleda.

II

Por alcanzar aquel clavel caído rocé impensadamente tu vestido con mis dedos nerviosos y fatales.

Cayeron las cortinas de tus ojos, y al asomar tus cálidos sonrojos un suspiro voló por los rosales.

Encando A. Flores

tras hijas, no me rechazaría con un signo de espanto, mostrándome la salida de esta santa capilla? ¡Queriendo consolarme, perdí todo esperanza!...

Entonces, cuando las silenciosas lágrimas de Natalia caían sobre los pies de la Divina Elegida, al levantar la joven los ojos con una mirada suprema cargada de adioses hacia la imagen, se sintió temblar en un repentino éxtasis.

Había visto que los ojos sagrados

la contemplaban y que los labios de la estatua se entreabrían para decirle dulcemente:

—¡Hija mía! ¿No te acuerdas? Tú me has confiado tu velo y la llave de tu celda antes de abandonarnos. Yo te he reemplazado ahí, cumpliendo todas las obligaciones de tus votos. Ninguna de tus compañeras se ha apercibido de tu ausencia. Vuelve a tomar lo que me habías confiado, entra en tu celda y... no te vayas más.

En las selvas de las Guayanas

Entre jaguares y serpientes

No sé quién me habló de las riquezas escondidas en los bosques de las Guayanas — comienza diciendo en su relato el explorador, Mr. H. W. Stanton, — lo cierto es que el relato logró entusiasmar y despertar mi ambición de cazador y de minero.

Una mañana salí de Southampton a bordo del Pará con rumbo a Paranimbo, capital de la Guayana holandesa.

A mi llegada contraté, a un mulato llamado Enrique, a otro que respondía al nombre de Miguel y a once negros, para que me acompañasen en mi viaje a través de la selva.

Después de habernos internado bastante, y luego de dos semanas de marcha, una mañana estaba Enrique, quien hacía las funciones de cocinero, preparando la comida. En una olla hervía la carne de un "labba" considerado el animal más sabroso de los de la Guayana. Enrique había arrojado las vísceras del labba en un matorral cercano, en vez de echarlas en el río, que era lo acostumbrado.

En aquel instante estábamos en el campamento, sólo Enrique, Manuel y yo.

En mi hamaca se hallaba colgada a gran altura. Hacía dos días que no me levantaba. El clima había comenzado a hacer sentir sus efectos sobre mi organismo.

De repente oímos una especie de rezongo. Aquel ruido, semejante al que hacen los gatos me era conocido. Era evidente que un jaguar se hallaba cerca del campamento. Eché mano de mi escopeta, que estaba colgada a la cabecera.

—¡Tenga cuidado! — dije a Enrique. — Hay un tigre cerca. Ha sido atraído, sin duda, por el olor de las vísceras del labba.

Manuel, rápido como un mono se subió a un árbol cercano. Enrique no tuvo tiempo para huir y se quedó inmóvil, de pie, con un largo cuchillo en la mano derecha y un revólver en la izquierda.

El jaguar salió de la maleza justamente frente a Enrique. Era un animal magnífico, de cuerpo fino, largo, de color amarillo oscuro con grandes manchas casi negras.

Al ver a Enrique la fiera se detuvo y clavó sus ojos en el hombre. Enrique miró a su vez a la bestia. El jaguar avanzó dos pasos; Enrique hizo lo mismo, sin apartar la mirada del animal.

Tole el que se encuentre ante un jaguar debe proceder de igual manera. La fiera avanzó de nuevo y Enrique la imitó.

—¡Retírese, Enrique! — grité. — Déjeme hacer fuego.

—¡Cállese y no tire! — exclamó él acercándose al animal.

Era realmente emocionante ver aquel duelo silencioso entre el hombre y la fiera. Enrique, alerta y firme; el jaguar, agazapado, listo para el salto aponas vislumbrara una oportunidad. Ambos intensamente concentrados en lo que estaban haciendo. Se fueron acercando uno al otro, lentamente en instantes que parecían siglos. El jaguar no se atrevía a atacar. La enérgica e inmóvil mirada del hombre lo desconcertaba.

Al fin Enrique hizo fuego con su revólver, una, dos, tres veces. Luego, con la rapidez del relámpago se apartó hacia la izquierda. El jaguar saltó, pero Enrique era demasiado veloz para dejarse atrapar y estando la fiera en el aire le hundió su cuchillo en el

costado. El golpe no fué todo lo afortunado que debió y el hombre y la fiera cayeron al suelo, en lucha verdaderamente grandiosa.

En ese momento me dejé caer de mi hamaca y clavé mi cuchillo en el corazón de la bestia. Enrique resultó con una herida en el brazo izquierdo.

Aquella noche nos comimos asado el costillar del jaguar, que estaba delicioso.

Pocos días después, íbamos Enrique y yo por la selva. El iba detrás de mí. De repente sentí una cosa fría que se arrollaba rápidamente alrededor de una de mis piernas.

Antes de que advirtiese exactamente lo que me ocurría, una tremenda serpiente me había apresado entre sus anillos terribles.

—¡Socorro, Enrique! — grité. Intenté cortar la cabeza del reptil con mi machete, pero no lo conseguí. El animal, a su vez trataba de golpearme en la cara. Desgraciadamente él lo conseguía.

Mientras tanto su opresión se hacía más fuerte cada segundo. El fétido aliento de la serpiente me causaba un efecto indescriptible. Después... Recuerdo que la serpiente me golpeó con fuerza en las sienes.

Cuando volví en mí, estaba en mi hamaca. A mi lado se hallaba Enrique, echándole agua fría en la cabeza.

—Se salvó usted por milagro, — me dijo.

Necesité varios días para reponerme del formidable abrazo. Aún conservo la piel de la serpiente que, como se habrá supuesto fué muerta por mi fiel sirviente.

Poco después resolví ausentarme de aquellas regiones. Estaba enfermo y comprendí que no me curaría nunca si me quedaba en aquel país. Por lo demás las penalidades que se sufrían no estaban suficientemente compensadas con los beneficios que se lograban.

La vida estaba continuamente expuesta. En parte alguna se siente uno tan inseguro. Todas las mañanas, al despertarme, asombrado de ver un nuevo día, pensaba si aquél sería el último de mi existencia.

Víboras, serpientes, jaguares, constituían amenazas terribles y constantes, a lo cual había que agregar lo tremendo del clima. La malaria hacía allí estragos.

SECCION VERMOUTH

LAS MUESTRAS

ERAN DECISIVAS

—¿Cómo le va a Emilio en la jira que está realizando en automóvil?

—En realidad no sé qué pensar. No he recibido más que dos cartas de él. Una, fechada en una comisaría, y la otra, días después, en un hospital.

EL PLACER DE LOS DIOS

—Ya he tomado mi venganza, — exclama alegre el zapatero.

—¿Cómo es eso?

—Sí. Esa joven que acaba de salir es telefonista...

—¿Y qué?

—Le he dado el número de los botines cambiado.

IGUALDAD DE PARECERES

Un matrimonio compra un hermoso caballo, que resulta tan caprichoso que un día se desboca y destroza el carruaje en que iban ellos.

—¿Quién iba a pensar que un animal de tan bella presencia había de tener un carácter tan caprichoso? — dice la mujer.

—Querida. Algo por el estilo es lo que pensé yo luego de casarme contigo.

LA IDEA NO ERA DE EL

—¿Trabajar diez horas diarias? Pero cómo se te ha ocurrido tal cosa?

—No ha sido a mí. Esa es una idea del patrón.

SI NADABAN NO HABÍA DUDA

Agustina, una rolliza muchacha de Santa Fe, exclama de pronto, dirigiéndose a su patrona:

—Señorita Julia. Entre los huevos que compré había cuatro de pato.

—¿?

—Sí, los puse en el agua y cuatro de ellos quedaron flotando.

EN EL RESTAURANT

—Señor — dice el mozo al cliente que se dispone a encender un cigarro en el comedor —. ¡No puede usted fumar!

—Eso es lo que me ha dicho el médico... ¿Pero cómo diablos lo ha sabido usted?

ERROR DE INTERPRETACIÓN

—¡Qué escándalo! Anoche, cuando Pérez salió del club, fué llevado por dos hombres.

—¿Un rapto! ¿Y dónde está secuestrado?

—¡No seas imbécil!... Había bebido tanto que no podía caminar.

JABÓN QUE ENSUCIA

—¡Felisa! ¿Quieres darme otro cuchillo? Este no está limpio.

—Cómo que no está limpio si acaba de cortar con él el jabón.

VIEJOS CONOCIDOS

—Tengo idea de haberlo visto hace un mes en este mismo restaurant, señor. Su sobretodo me es familiar.

—Es posible que me haya visto. Pero el mes pasado yo no tenía este sobretodo.

—No. Lo tenía yo.

DEFINICIÓN... CON RÉPLICA

—El mundo es el escenario de un teatro... — dice ella.

—Sí. Pero en las obras que se representan muy pocos maridos tienen un rol de importancia — responde él.

SE PISÓ

Maruja. — Sus besos son de un hombre sin experiencia...

Basilio (tranquilamente). — ¿Y usted cómo puede apreciarlo?

LA SABIA NATURALEZA

—¡Papá! — pregunta Pepito. — ¿Los hongos crecen siempre en los lugares húmedos?

—Sí, hijo mío.

—¡Ah! Por eso tienen entonces la forma de paraguas.

MÉTODO EFICAZ

—No me explico por qué consigue usted dinero de su esposo con tanta facilidad.

—Sí. No tengo más que decirle que quiero ir a casa de mi madre, a pasar una temporada, y en seguida echa mano a la cartera.

TIRANDO PIEDRAS A SU TEJADO

—Es un buen muchacho, pero tiene muy malas relaciones.

—No creo tal cosa. ¿Cómo lo sabe usted?

—Porque se pasa la vida metido en casa.

UNA SERIA CUESTIÓN

—¿Está contenta su esposa en Mar del Plata?

—No. La preocupa mucho la idea de si la reconocerá el canario cuando regrese.

POCO ALENTADOR EL TIPO

—Señor, vengo a pedirle la mano de su hija para casarme.

—¿Está ella conforme?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿a qué viene a contarme a mí sus desgracias?

Una corrida de toros en las calles de Londres

La joven del auto y el burgués ingenuo

Durante varios días, tres toros sembraron el terror en los pueblos ribereños del Támesis.

Uno de ellos se escapó cuando iba conducido, no sabemos si por su dueño, al matadero de Kingstown. El animal se arrojó al Támesis y la corriente lo llevó a Hampton Wick, donde sitió un hotelito durante catorce horas. Los inquilinos se hicieron fuertes dentro del edificio y allí permanecieron hasta que el toro, perseguido por la policía, se lanzó otra vez a las aguas del Támesis.

Los otros dos toros se lanzaron también al río cuando eran conducidos a Richmond. Se ignora el paradero de uno de ellos, lo cual ha aumentado el pánico, pues nadie se atreve a salir al campo, ante el temor de un mal encuentro.

El otro toro hizo su aparición en

una "villa" de Kingstown. Encontró la puerta abierta y entró en el comedor. No hay que decir que se quedó dueño del campo. El animal hizo trias el piano, destruyó las sillas y salió de la casa, para dirigirse rápidamente a otros varios lugares.

Las correrías de este tercer fugitivo han sido realmente extraordinarias.

Apenas salió de la casa, en la que dejó patente su horror a la música, tropezó con un automóvil, que por cierto conducía a una deliciosa "girl". Como está demostrado de un modo notorio que la fiera astada nunca se distinguió por sus excesos de cortesía, en cuanto vió el vehículo arremetió contra él y corneó los neumáticos de las ruedas, que estallaron con violencia extraordinaria.

Asustado el toro, emprendió de

nuevo precipitada carrera, no sin arrancar de un derrote uno de los faros del "auto". Con el farol enganchado en un asta y sangrando por el testuz, el iracundo toro fué a dar en una calle estrecha, que no tenía salida. Allí, un orondo y heroico burgués, provisto de soberbio garrote, salió a contender con el bicho, sin duda con ánimo de reducirlo a la obediencia.

La respuesta no se hizo esperar; farol y enemigo volaron por los aires, y dióse el toro tal destreza a desnudar a su contendiente, que en pocos segundos lo dejó en cueros absolutamente, entre el regocijo de los espectadores, que presenciaban la hilarante escena desde los balcones próximos.

Pero ya el toro, rendido a fuerza de derrotar contra las paredes del callejón en salida y contra un camión cargado con sacos de arena, que los "policemen" se agenciaron para obtener el boquete de la calle, hubo de "echarse" — como se dice en términos taurinos — un matarife aprovechó el instante oportuno para acabar con la acometividad y la vida del furioso astado.

PIVOINE EL DESCONOCIDO

Por J. H. ROSNY

El señor Pivoine se había colocado desde hacía tiempo en la legión melancólica de los desconocidos. Desconocido ya a los veinte años, lo era todavía más a los treinta y cinco. Cuando un parroquiano del café Robespierre le dijo que se parecía a Pasteur su amargura no tuvo límites. Llevaba una barba del mismo corte que la del vencedor de la rabia, y no podía comprender que un hombre de sus méritos no fuese más que un sencillo empleado de un Banco de tercer orden.

Desde hacía tiempo no admiraba nada de lo que hacían sus contemporáneos. Si leía en un periódico que uno de sus antiguos condiscípulos había sido nombrado subsecretario de Estado, o condecorado con la Legión de Honor, o se había enriquecido, su alma se entenebrece.

—¡La suerte!—refunfuñaba.—No hay más que la suerte! ¡En el colegio valía menos que yo!... ¡Pero la intriga, la intriga rastrera..., y quién sabe qué más! ¡Ah, los idiotas que creen en la justicia!

Con treinta y cinco años, casado y con un niño pequeño, llevaba una existencia bastante difícil. Su sueldo no le hubiese bastado si el matrimonio no se hubiera condenado a una vida de gran estrechez. Detrás de la ventanilla del Banco, donde transeurrían monótonamente los años, Pivoine padecía horriblemente. La mañana y la tarde eran un desfile constante de gente abarrotada de cheques, billetes y valores. La fortuna pasaba continuamente por delante de las narices de Pivoine, sin sonreírle jamás.

Un día, sin embargo, hubo en el Banco gran agitación. El apoderado Lapomme había fallecido la noche anterior, y esta circunstancia había causado la alegría de algunos colegas, que se veían favorecidos por un ascenso: primero, el señor Carafon, que por antigüedad ocuparía el puesto del fallecido; luego, Pivoine, que ascendía un puesto, con un aumento de sueldo de cincuenta francos mensuales; después, otros empleados inferiores.

Al principio, Pivoine experimentó una gran alegría. Su entusiasmo, sin embargo, no tardó en decaer, y al fin, no pudo ocultar su descontento.

—¡Cincuenta francos! ¡Cincuenta francos a un hombre como yo, mientras que ese imbécil (se refería a un cliente del Banco) va a cobrar un cheque de diez mil francos! ¡Y que no cabe duda que es un imbécil! ¡No hay más que mirarle la cara!

La atención de Pivoine se fijó entonces en el rostro seco de su colega Carafon y pensó con rabia:

—¡Y pensar que ese cretino va a ser apoderado! ¡Quince mil francos anuales! ¡Y yo que me alegraba con mi ascenso a nueve mil!

Al terminar las horas de trabajo Pivoine estaba más amargado que nunca. El destino sólo se le aparecía en la forma de un Carafon con quince mil francos, y de un Pivoine con nueve mil.

Pasó una noche horrible, obsesionado por continuas pesadillas, y se levantó y fué al Banco de malísima gana. En la oficina se comentaba la ausencia de Carafon, que por primera vez desde hacía veinte años faltaba a su obligación. A las once y media se supo que Carafon acababa de heredar de una pariente lejana y dimitía.

—¡Entonces—exclamó Pivoine sin poder ocultar su júbilo—el apoderado soy yo! ¡Soy yo quien tendré quince mil francos de sueldo!

Habló con el director, y éste le confirmó su

ascenso inesperado. Por primera vez en su vida Pivoine sintió una alegría completa.

Salió de la oficina y marchó a pie para saborear su felicidad.

—¡Apoderado! ¡Soy apoderado!—iba diciendo en voz alta.

Creía oír de nuevo la voz del director anunciándole la grata noticia. Pero entonces recordó el rostro del director y no pudo menos de exclamar:

—¡Valiente buey! Porque no hay duda que tiene todo el aspecto de un buey. ¡Y, sin embargo, gana treinta mil francos al año! ¡Treinta mil francos! ¡Eso es suerte y no la miseria de mi aumento!

Volvió a agriarse su humor y empezó a recor-

dar. A los treinta y cinco años, cuando su condiscípulo Farinal era subsecretario de Obras Públicas; cuando Laborde, otro condiscípulo, era millonario; cuando Sivelien, también compañero de colegio, era oficial de la Legión de Honor. ¿qué era él, Pivoine?

—¡Si al menos me encontrara con una herencia! Una herencia de cincuenta mil francos, por ejemplo. ¡Eso sí que sería felicidad! ¡Quién iba entonces a ser más dichoso que yo? ¡Nadie!

Llegó a su casa de un humor insoportable. Su mujer lo recibió muy contenta, y mientras él le daba cuenta de su ascenso ella exclamó riendo:

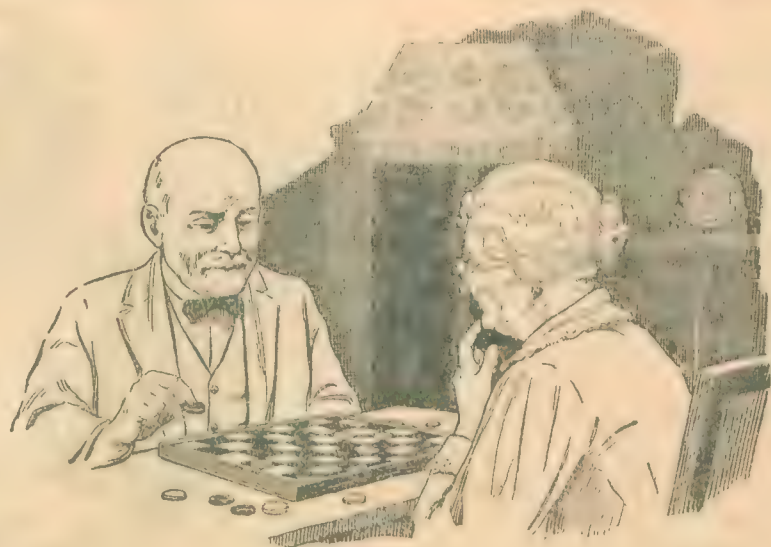
—¡Qué verdad es que la suerte viene siempre por rachas! ¡No sabes? Nos han tocado sesenta mil francos en la Lotería de Bellas Artes.

—¿Qué dices?

—Toma—y le alargó la lista de la lotería.

Pivoine vió su número premiado y sonrió; pero luego, haciendo un gesto de disgusto, tiró la lista al suelo y exclamó con rabia:

—¡Sesenta mil francos! ¡Y pensar que hay quien ha ganado el premio de un millón!



En el crepúsculo de la vida...

Al transponer el umbral de la última etapa de nuestra vida, cuando disminuyen las energías físicas y las facultades espirituales, a consecuencia de la deficiente asimilación de los alimentos, es cuando más necesita el organismo integrar elementos nutritivos de gran valor, para restituir las reservas gastadas.

La Malta Palermo es el tónico reconstituyente natural que reintegra las fuerzas vitales de los ancianos, enriqueciendo la sangre y levantando el espíritu decaído. Es muy agradable en la mesa.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAÍS

CERVECERIA PALERMO S. A. — BUENOS AIRES



Malta
PALERMO

De Herschel

El observar la regularidad fuerte y pausada de la Naturaleza, la gran escala de sus operaciones y la seguridad con que alcanza sus fines, contribuyen de manera irresistible a dar sosiego y firmeza al espíritu y volverlo menos accesible a la intranquilidad y a la desesperación. Y esto se consigue no degradando nuestra naturaleza con débiles complacencias, sino inculcándonos, como interno resorte, el sentido de la nobleza y de la fuerza que, al revelarnos nuestra potencia y dignidad, nos elevan por encima de todo, y al requerir el ejercicio de las facultades que nos permiten comprender magnificencia tanta, forman, como si dijéramos, una cadena entre nosotros y los grandes bienhechores de la humanidad; y así participamos de los pensamientos y de los descubrimientos que les elevaron por encima de los mortales y los aproximaron al Creador.



Manuelita Rosas

De esos tristes tiempos, flota como esencia perfumada y honda de una extraña flor, el dulce recuerdo de tu adolescencia vivida a la sombra del "Restaurador".

¡Manuelita Rosas! ¡Santa Manuelita! Vives en la vida de una tradición: Cuando los secuaces rojos de "tatita" mataban al grito de ¡Federación!

Tu grato recuerdo por siempre subsiste como las consejas de viejos breviarios... ¡Cuántas! cuántas veces te quedaste triste ¡por la suerte triste de los "unitarios"!

¡Cuántas! cuántas veces, por días enteros, flor inmaculada sobre el tiempo aquel, lloraste la suerte de los "mazorqueros": trágicos fantoches de don Juan Manuel.

De esos tristes tiempos, flota como esencia perfumada y honda de una extraña flor, el dulce recuerdo de aquella existencia ¡que amustió la sombra del "Restaurador"!

Eduardo O. ZAPIOLA.



PUCHITOS

El rey de Inglaterra ha regalado a la capilla Real de St James, como presente de Año Nuevo, un órgano.

En Francia no pueden venderse como "frescos" los huevos que han permanecido un cierto tiempo en heladera o frigoríficos.

La pepita de plata más grande que se conoce ha sido extraída de una mina de Columbia Británica; pesa 36 onzas.

Los boletos expedidos durante el año pasado en el London y North-Eastern Railway, llevaban una numeración que comenzaba en 155.000.000.

Las viudas de guerra que han vuelto a contraer matrimonio de entre el número de las que recibían pensión del gobierno inglés, ascienden al 36 por 100.

Una pareja de pitirrojitos, de Norte América, enviados al Jardín Zoológico de Londres, tienen a lo largo del cuerpo en su parte superior una faja de un color azul fuerte.

Los depósitos de carbón del Canadá se calcula alcanzan a una séptima parte de los mundiales.

Se ha encontrado una variedad de pitirrojitos que no lucen sólo su color tradicional. Están manchadas sus plumas con lunares y difiere también su tamaño del de los anteriormente conocidos.

Ricardo Strauss ha compuesto una pieza especial para piano. Se toca solamente con la mano izquierda y está dedicada a un notable músico que perdió el brazo derecho en la pasada gran guerra.

El cuerpo de bomberos de Londres, no recibió aviso alguno de incendio, durante las primeras seis

horas de este año. El hecho no se producía desde el año 1918, en que ocurrió por primera vez.

El primer niño nacido este año en Washington, ha recibido infinidad de regalos de la New Year's Baby Association.

Durante la Exposición de Wembley, en Londres, funcionó una sección en la que se podían dejar los niños de corta edad al cuidado de personal competente. Tres niños dejados allí no han sido reclamados más.

Si en el Canadá fuera tan densa la población como en los Estados Unidos, habría unos 100.000.000 de habitantes en lugar de 9.000.000 que son los que ahora cuenta.

Un paraguas transparente, que permite al que lo usa ver por donde va, y tijeras en que pueden

ser cambiadas las hojas, son nuevos inventos patentados por mujeres.

El matrimonio es un buen incentivo para el ahorro, a estar a lo que afirma un estadista norteamericano. Afirma que mientras un hombre casado de 24 años es un 5 por 100 más pobre que los solteros de su edad, al llegar a los 48 años, es un 20 por 100 más rico.

La mayoría de los que se dedican a la apicultura en Inglaterra, son mujeres.

El sistema de sobrealimentarse se practica mucho más en el norte de Inglaterra que en el sur.

Londres está adoptando gradualmente el sistema norteamericano de desayunarse con cereales y fruta.



Tengo que purgarme...

¿Cómo?

¿Cuándo?

¿Con qué?

¿Porqué dice este hombre: Tengo que purgarme?

Tiene que purgarse porque, con el cambio de estación, algo hay que no le va bien. A lo mejor tiene una punta de granos y barros, o anda con dolor de barriga, o algún reumatismo antiguo lo obliga a renguear; quizás algún eczema lo hace rascarse todo el día o tiene el aliento cargado.

Este hombre tiene razón; ha de purgarse, pero... la elección es difícil; hay muchos purgantes, a cual más malo de gusto, que requieren cuidados o que pueden hacerle mal.

Vamos a aconsejarle

La Santeína

(Dioxidifitalofenona)

que, bajo forma de una rica pastilla de chocolate, puede tomar en cualquier tiempo a cualquier hora sin mayores cuidados. Laxante a dosis de una, purgante a dosis de dos o tres, la Santeína es el purgante soñado.

SE HALLA EN LAS FARMACIAS Y EN

Farmacia Franco-Inglesa

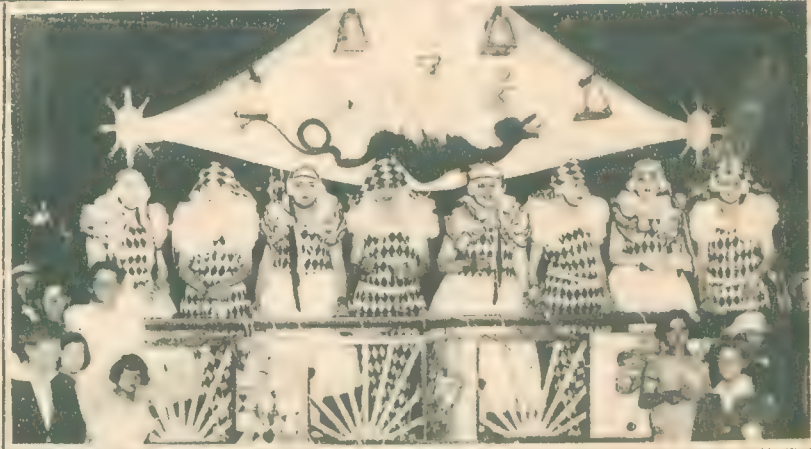
LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



Recorriendo el espínel Carnavalesco?



Dos palcos del corso de Belgrano, muy bien aprovechados.



Otro palco, no menos atrayente, del corso realizado en la Avenida de Mayo.

Simpáticas ocupantes de uno de los palcos del corso de Flores



Otro sugestivo conjunto femenino, del mismo corso.

Señoritas Antonia, Angela, Magdalena y María Spagneletti y Luisa y Filomena Massafiero, en uno de los palcos de la Boca.



Vista parcial de la concurrencia que asistió al baile organizado por el Club Boca Juniors y efectuado en la cancha de deportes que dicha asociación posee en las calles Brandzen y Del Crucero.



Ofelia Lucia Dollenz, bañista de Ostende.



Una instantánea del corso de la Avenida de Mayo, obtenida por la tarde el último día de carnaval.



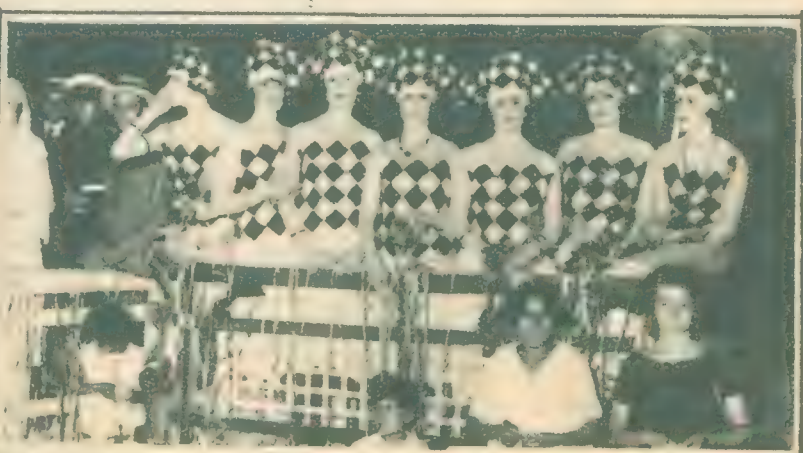
Niñas de Rodríguez, pierrots.



Dos grupos de máscaras que tomaron parte en el concurso de disfraces llevado a efecto en el balneario municipal.



"Los hindúes porteños", una de las carrozas que desfilaron por el corso de la Avenida de Mayo.



Siete simpáticas "cuadrículadas", que se distinguieron en uno de los palcos del corso de Belgrano.



Media docena de "ruletas" del corso de Flores, donde muchos se hubieran jugado hasta el último cobre.



El conjunto "Las hijas del prado", formado por las señoritas Angela y Catalina Ravera, Leonora y Angela Batanzo, Ilda Tesoriere y Eulema Olcese, en un palco del corso de la Boca.



En muchos de los palcos del corso de la Boca (dos de los cuales reproducen estas fotografías), pudo advertirse un interesante exponente femenino de este simpático barrio.



Justa Leonor y Silvia Estela Vera, pierrota.

Vista parcial de la tribuna improvisada en la cancha de Boca Juniors, mientras se realizaba el baile de carnaval.

Félix y Marujita Mañalich.



Un palco del corso de la Avenida de Mayo.

Corso de la Boca. Vehículo ocupado por la familia Marquez Nicolich.



Otra lucida representación femenina boquense, en los conjuntos "Hadas nocturnas" y "Rubí glacié", que se destacaron en el corso.

Foto. León, Méndez y Otero

NOTAS GRAFICAS DE MAR DEL PLATA



Señoras Luisa D. de Bruyn y Agustina Mansilla de Castilla Sastre.



Mirá, vieja, en Buenos Aires la gente se derrite con 33 grados a la sombra y aquí, en Mar del Plata, gozamos de una temperatura otoñal.



La nena María Amalia Pillado Ford.



Durante el último baile en el Ocean Club. — Sentados: María Teresa Ayerza, Sofía Bera Madero, Adela Agote, Carlos Sastre, Dolly Robirosa, María Fidela Cazón, Raúl Mousseur, Elvira Madero, Horacio Ayerza. — De pie: Gustavo López, Manuel Olazábal, Carlos Baybaut Roca, Federico Bullrich, Martín Vergara, Fernando González Guerrico, Luis Robirosa, Marco de Marchi, Alberto Font, Alberto Rodríguez Larreta, Carlos Madero, Inés Ayerza, Susana de Bary, Luis Madero, Federico Harilaos y Jorge de Marchi.



Jorgito Perea, "capitán de barquillo", con capote de gala.



Clasificación: distinguida.



Chicha Gasstebayle.



Manuel Sánchez y Miguel Pesce (hijo).



Un aspecto del baile realizado en el Ocean Club el 21 del pasado.



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la fiesta infantil realizada en el Parque Hotel.



Señora de Otaegui.



Señores Angel Amato, F. Bonaventura, Fernando y Alberto Amato y José Bianco Spataro.



La comparsa del Ocean Club formada por las señoritas de Madero, Unzué, de Marchi, Cranwell, Zuberbuhler, Ocampo, Torres Duggan, Moreno Bunge, González Guerrico, Sastre, de Bary, Ayerza y varios caballeros.



Señor César Pillado Ford, con su esposa e hija.



Algunas de las parejas que tomaron parte en el baile llevado a efecto en los salones del Regina Hotel.



Familia Rossi y Pedotti.



Ivona y Margot de Bruyn.

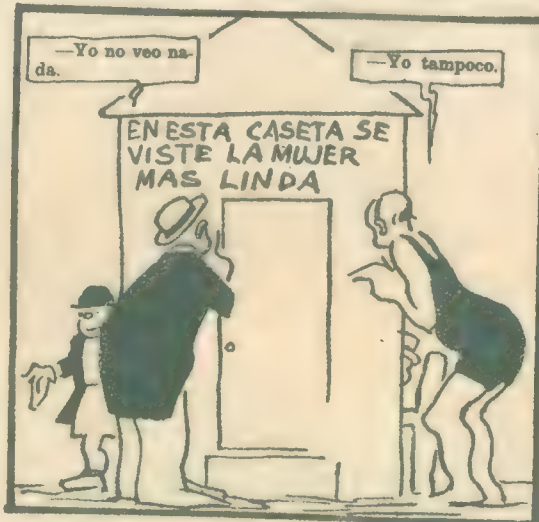
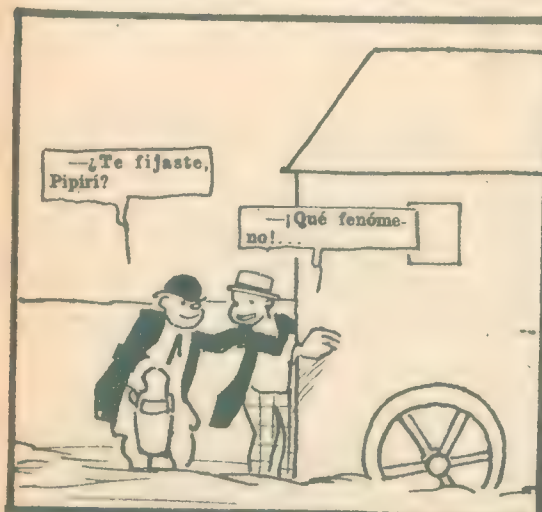
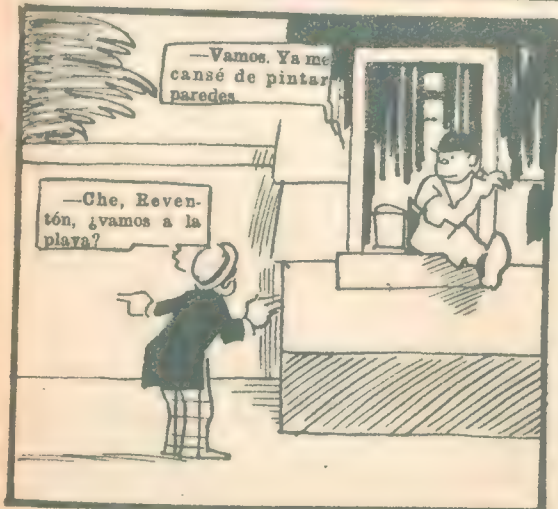


Instantáneas obtenidas en un intervalo del baile del Regina Hotel.



PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí, por Blay





EN EL *Sierras Hotel*



ALTA GRACIA. — Señora Clotilde Ugalde de Israel y señoritas Carmen Martí Vélez Sárasfield, Clotilde Enciso y Clotilde Israel.



Señoritas Guarino y Suárez.



Señora de Pinto e hijo y señorita Tina Ramirez.



Señora P. de Gregoire.



Un grupo de excursionistas, listos para la partida.



Señora de Suárez Pinto y señorita Bravo.



Doctor Fruto y señora.



Señora de Bonfan y señoritas de Lorenzo.



Señoritas Barraco, Cullen y doctor J. L. Zavala.

EL CARNAVAL EN LA CASA DE GALICIA



Dos instantáneas obtenidas durante las fiestas de carnaval realizadas en la Casa de Galicia. — A la izquierda: algunas de las señoritas que tomaron parte en el baile de máscaras realizado el 23 del pasado. A la derecha: pequeñas máscaras que concurrieron a la matinée infantil organizada por dicha asociación

Fots. Giras.

ez las
razó
que
24, la

pláti-
como

legre-
quí...
pote!

? cha-
to en

inie.
que

s. Jió
re.
Carlos
aquí
en li-

. Ze
lo, la

iosa-

e ha-
sa-
la
nees,
y en
sus

gias
sun-
de
pa-
lifi-

era
en

es
ras,
con-
illa
sa-

ve...



EN LAS PLAYAS URUGUAYAS



Lolita Valverde, una simpática bañista, posando para "Fray Mocho".



Lola Carelli, figura de la vida social, en la Avenida, después de haber estado en la "Marina", en las playas de Pocitos.



Lolita y Lola, poniendo en un grave aprieto a nuestro dibujante!



Señora Rosa V. de D'Amico, señorita Lola Leone y señor Oreste D'Amico.



Doctores Luis Gighione y E. Muñoz, acompañados de sus secretarios particulares.



Señor Guglielmi e hijo.



Enrique Soler, resistiéndose a las olas.



El autor de "Pipir" na dando en seco.



Señoritas Lola Leone y María Gandie



Señores Ota y Cantalejo, gozando de la pesca.



Señores Miguel Marchese y Luis María Novelo.



Esperando la vez de "un momento", del "chassirette" en acción.



"La Bilbainita" y "La Soberana", dos tonadilleras de peso pesado.

Páginas olvidadas
**LA MISA
ALEGRE**

Por Nicolás GRANADA

No se debe jugar con las cosas santas; pero ¡qué diablos! cuando nace un dios, se desprende del firmamento una estrella para servir de guía a los reyes del Oriente, la naturaleza se viste de primavera, los pastores entonan villancicos, y los ángeles cantan gloria en las alturas, bien puede uno estar alegre, y hasta exteriorizar su alegría bajo las bóvedas del templo que celebra en esa noche, una misa cariñosamente bautizada con un prosaico nombre de gallinero.

Don Carlos Palomares (¡que de Dios haya!) un sacerdote que aún ha alcanzado la generación presente actuando como párroco en la iglesia de San Carlos, fué por años de que no quiero acordarme, cura vicario de San Isidro Labrador.

En aquellos buenos tiempos aún existía la clásica y castellana iglesia vieja, aquella de la torre chata y labriega, la de las cornisas musgosas, tan amadas de las palomas, y las campanas acatarradas, tan solicitadas por los chicos, que tocaban en ellas jaca-randosos fandangos, haciendo langü-tear de lo lindo a los badajos parlanchines.

Era aquella la iglesia del "niño Dios", pues tenía algo de pesebre, sin que esa humildad villanesca, quitara nada a la enteneceadora expresión de piedad y recogimiento con que congregaba todos los domingos y días festivos a los vecinos respetables, trabajadores, y honestos, que tenían en sus vetustos libros parroquiales toda la historia de su vida, todos los recuerdos de su pasado, y aún algunas páginas blancas, para ser llenadas con el testimonio de su muerte cristiana.

Yo amaba mucho aquella iglesia, a la que había concurrido desde niño al lado de mi viejo padre: un militar que creía en Dios y se arrodillaba en el templo, y sin desconocer la suprema elegancia artística de la actual, que habla el alemán en medio de nuestro aún no mistificado paisaje criollo, yo no sé por qué, pero me parece que al levantar orgullosamente hacia el cielo su flecha altanera, al aguzar en los nervios sutiles de la ojiva, la aplanada techumbre del primitivo templo, al cubrir de mármol sus pilastras, de "vitreaux" sus ventanales, e iluminar con luz eléctrica sus altares, ha desterrado hacia el desierto el espíritu humilde y patriarcal de la pareja labradora, y se me antoja ver a San Isidro y Santa María de la Cabeza, cargados con sus chismes primitivos de labranza y sus espigas de trigo, partiéndose en coche de segunda hacia la pampa, que invaden los cereales dejando en la casa gótica un matrimonio que los representa con ventaja en cuanto a elegancia y cultura moderna, ante la sociedad "high-life" que les ofrece sus suntuosos holocaustos.

Pues, como decía: era en aquellos buenos tiempos en que el moreno tío José Marcó, dragoneaba de electricista eclesiástico, con su larga caña con mecha y apagador; que Cecilio, el actual decano de los carteros del correo central, cursaba sus primeros estudios de monaguillo, los cuales consistían en encender el carbón del incensario, y chuparse el vino de las vinajeras; que el señor Loaiza cantaba a raja pulmo-nes, con voz gutural y desafinada, el Humilde Isidro
Que arando el suelo
Recojis glorias...
¡Oid nuestros ruegos!...



poesía de dudoso origen, dedicada en tiempo de sequía a formular el "Aal petendam pluviam" de las piadosas ranas costeras, y que yo creo debía a veces sus decantados efectos propicios, más que a la eficacia del concepto poético o a los encantos de la melodía inocente de que estaba vestida, a los desaforados gritos del inspirado cantor.

Don Carlos Palomares, que era andaluz, había sido educacionista, y hasta en un tiempo se dedicó a la venta de vino de Jerez de la Frontera (aten ustedes esas moscas por el rabo) sin dejar de ser un buen sacerdote, era un ser alegre, decidor y chistoso que amaba a los muchachos, y aún se permitía de vez en cuando echar una flor a

alguna chica bonita, por supuesto que dentro de los respetos debidos a su sagrado ministerio, que, no obstante, no alcanzaba absoluto dominio sobre el malicioso chisporroteo de sus risueños ojillos verdosos.

Llegaba la Nochebuena, y como un domingo se encontrara en el atrio de la iglesia con el grupo de los buenos mozos de la época (así lo asegura por lo menos la tradición), se le acercó con aire de pasacalle torero, y sin más ni más le espetó el siguiente discurso:

—¡Chicoz! Oztez sabrán como ee acerca er aniversario der nacimiento er Niño Jezú, que, zi no miente er armanaque, debió tené lugá er 25 del atuá mes e diciembre.

La igrezia que po lo general le guz-

ta hacé zuz cozas con luz, ezta vez las hace entre gayoz y meia noche, razón po la cual le ha puesto a la miza que ze celebra depué e las doce der 24, la miza er gayo.

¿Eztán ustés enteraos?

—Sí, padre... ¡pero esto es plática... ó...!

—No, niño... Ezto é diquelá, como icimo en mi tierra.

—¡Ah!

—La iglesia debe celebrar alegremente ezta fiezta, con mucho de aquí... (hizo unas castañetas) y mucho ¡olé! ¡y viva la Pepa!

—¡Ah! ¡Habrà baile también?

—¡Ave María Purísima! ¡No chanelaz barbian, que estoy hablando en jerográfico!

—¡Ah!

—Bueno: Azuecha y no me interrumpaz con eze zalero ó roteño que Dìoz ta dao.

La igrezia ezta probe...

El grupo de los buenos mozos lió media vuelta como un solo hombre.

—¡Pero oigan! —gritó don Carlos angustiado. — Acérquense que aquí no hay arcancia pa laz ánima benditaz!

No se trata é largá la guita. Ze trata tan zolo é cantá en er coro, la miza alegre é Nochebuena.

El grupo se echó a reír bulliciosamente.

¡Cantar misa!

Pero si ninguno sabía jota de latín, aunque la mayor parte habían salido aprobados en la materia por la Universidad, regida en ese entonces, por el canónigo doctor Agüero, y en la que el señor Lársen mechaba a sus alumnos con el idioma de Cicerón.

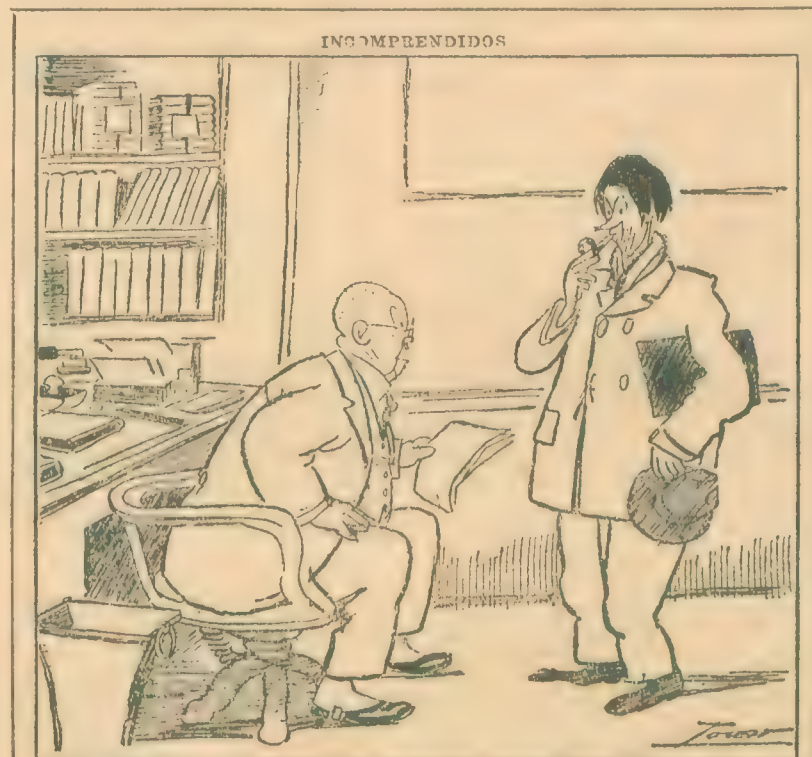
Además allí había reglas litúrgicas que les eran desconocidas a los presuntos cantantes, como que ninguno de ellos había tenido vocación para padre (de la iglesia, bien entendido).

Don Carlos allanó todas estas dificultades.

En cuanto al latín, según él, no era cuestión sino de terminaciones en "us", en "um" y en "ibus".

Para los feligreses, la misa más estaba en la mímica que en las palabras.

Como era gente sencilla y de conciencia, más creía en la campanilla del monaguillo, que en el misterio sa-



EL EDITOR. — Yo no comprendo que para ser literato se necesite ser un melenudo.

EL LITERATO. — Como yo tampoco comprendo que para ser editor se necesite ser un pelado.

grado de la transustanciación, que ni veía ni alcanzaba a comprender.

Ellos iban allí para ver nacer a Jesús, y si en el momento del gloria se le antojase llorar a algún niño de la concurrencia, eran capaces de creer que era el divino recién nacido que le pedía "aquello" a la Santísima Virgen.

Los buenos mozos reían y se consultaban con la mirada. La extravagante idea de cantar misa, aunque fuera en el coro, iba poco a poco haciendo camino en su voluntad o su capricho.

—Pero ¡es un disparate! — dijo al fin uno de los del grupo. — ¡Ha pensado, usted, padre, en el euredo que se va a armar en el coro, cuando usted diga, por ejemplo: "Dominus boviscum" y nosotros le contestemos: "Requiescant in pace"? —

—¡Maz bonito! ¡Maz bonito! — gritó don Carlos, riendo a carcajadas — porque yo entonces lez menudeo: ¡"Aleluya! ¡Aleluya!", y Cecilio y el chiquito Márquez, hacen un ezeándalo con las cuatro campaniyaz acoyaraz.

—¡Vamo hombre! ¡Quién dijo miedo? Además, tengo ahí ar pare Camargo, quez un flaire ó cabayería, y al otro flairecito loco que ezá en la capeyana; doz manzo, que, puen muy reque-tebien cervirlo a ostés de ceñuelos.

Este último razonamiento era convincente.

Bajo la dirección de dos sacerdotes, aunque fueran del arma o de la casa de Orates que fueran, ya podían aventurarse en aquella empresa sacrofilarmónica.

Aceptaron, pues.

Había que ensayar, eso sí... —¡Qué ensayá! — gritó al oír esta proposición el señor Palomares. — ¡Ná! ¡Improvisao! ¡Improvisao! Ar buen vino, no se le estapa sino pa bebez-lo... ¡Si lo sabré yo, que soy e la tierra en que loz pajaritoz pican laz uva, y cantan luego malagueñaz!

Llegó la noche del 24. Una noche espléndida, tachonada de estrellas, que parecía habían acudido en montón con sus luces prismáticas y titilantes, a contemplar el pequeño y errante planeta en que se había operado el más grande y divino misterio: el nacimiento de un dios, del seno puro e inmaculado de una virgen.

Las cañas blancas y los nenúfares violáceos que crecen en el bajo, bordando las orillas del agua, mandaban en el aire su saludo de aromas.

Los árboles murmuraban voces de fronda en la penumbra, inclinando suavemente sus ramas, como si sintieran pasar junto a ellos legiones de arcángeles blancos.

Las matas lucían tachonadas por el pederío viviente de las luciérnagas, y en las charcas sombrías y las praderas treboladas, las ranas y los grillos tocaban sus malimbos y chirinías, a que las chicharras hacían fondo con su áspera o interminable nota, desde los ceibos y los espinillos en flor.

En el pueblo nadie dormía. La rústica y pintoresca plaza, se poblaba poco a poco de grupos que discurren pausadamente, cuchicheando entre sí. Eran las familias del pueblo, que se acercaban al aún cerrado templo, para ocupar un buen puesto en su nave, así que girara sobre sus goznes la vieja puerta.

De repente se oía un chirrido de ruedas mal engrasadas, al que hacía coro el retintín de las campanillas.

Era un carretón chacarero, que haciendo un paréntesis a su acarreo nocturno de repollos, batatas y zapallos, entraba triunfalmente al pueblo, cargado hasta los topes con el ampuloso y prolífico aduar labriego, maravillado ya por aquella excursión nocturna, en la hora de su segundo sueño habitual.

El grupo de cantores improvisados estaba ya en el coro alrededor del gran misal, sobre el que recibían breves ins-



trucciones del padre Camargo, que les infundía valor, diciéndoles:

—No hay que achirlarse, muchachos! Sigánme a mí, y si se enredan, griten cualquier cosa.

Con el fraile loco no había para qué contar, pues todo se le iba en restregarse las manos, hacer genuflexiones en dirección al lejano altar mayor, persignarse y exclamar:

—¡Quoniam! ¡Y cuánto tarda este alumbramiento!

De repente hendió el aire un insólito y alegre rumor.

Eran las campanas echadas a vuelo por los chinelos dueños de la torre.

Todo el pueblo se aglomeró en el atrio, invadiendo hasta el rústico jardín del señor cura, que se extendía a

res eriollos para el Evangelio, que, según él, era una lástima no estuviera escrito en décimas y se cantara con acompañamiento de guitarra.

Melchor Belaustegui quería demostrarse en el momento del "credo". Nunca había cantado ni por broma; pero allí iba a echar el resto.

Hasta un inglés protestante, Mr. Hughes, acompañaba al entusiasta grupo y proponía con convicción profunda y entusiasta que se metiera en cualquier parte el "God save the queen".

Cuando revestido de sus ornamentos pontificales y acompañado por los diáconos y monaguillos, apareció en la puerta de la sacristía el padre Palomares, un verdadero alarido se desató

El coro sin director, se desató en el más desarrapado galimanis.

Cada cual cantaba con el tono que le daba la gana y con la letra que le parecía apropiada, las cosas más extrañas a aquella misa festiva, pues el misal había sido revuelto y confundido.

Solo Mr. Hughes permanecía fiel en su rincón, mugiendo su amado "¡God save the queen!"

El padre Palomares, autor de aquella infernal zarabanda, tuvo dos o tres veces intención de disparar del altar.

En medio de aquella Babel, la puerta del coro se abrió repentinamente, y un grupo de damas se adelantó a toda prisa hacia el de los improvisados cantores.

Una de ellas, la delicada pianista a quien he hecho alusión al principio de estas líneas, la inolvidable y siempre querida y respetada Justina Islas de Forel, sacó dulcemente de un brazo a su primo del banco del armonio, y poniendo sus manos privilegiadas sobre el teclado del maltrecho instrumento, arrancó de él una dulce y bellísima armonía, a la que se siguió el "Pietà Signore de Stradella, gemido en notas de ansiosa y ascética plegaria.

¡Aquello fué una magia, un encantamiento!

Un divino perfume de amor y de oración, se expandió suavemente por los ámbitos del templo.

El padre Palomares y los demás sacerdotes suspendieron por un momento la mística ceremonia, creyendo ellos mismos que un coro de ángeles acababa de descender de lo excelso para reemplazar a los demonios enfurecidos por el nacimiento del divino niño, y esta creencia se acentuó más, cuando al terminar la primera oración jeculatoria cantada por el oficiante, cayó desde el coro como un puñado de flores deshojadas, el eco de un armonioso conjunto de voces frescas y bien timbradas que decían larga y dulcemente: "¡Amén!"

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

la izquierda, en el lugar que había ocupado primitivamente el viejo cementerio.

Al segundo toque se abrieron de par en par las vetustas puertas de la iglesia, que apareció brillante como un asena, y cubierta de flores frescas.

Tío José daba la última mano a la iluminación, encendiendo las velas del "ojo", como le llamaban a este símbolo de la Divina Providencia, que, enmarcado por un triángulo radiante, coronaba en la altura el churrigueresco altar mayor.

Pepe Guido, que como primo de una eximia e inolvidable pianista, se daba los aires de virtuoso por afinidad, había ocupado el asiento del armonio, previamente preparado para el primer trueno musical, con todos sus registros de fuera.

Gabriel Real de Azúa, se componía el pecho en un rincón.

Carlos y Federico Vernet discutían sobre si la palabra "agnus" (cordero), se debería pronunciar como estaba escrita, o "Añus" que les parecía más clásica y hasta más decente.

Pastor Frias, tenor consagrado por Ferrari en la Sociedad de Estudio Musical, reclamaba para sí un solo sobre el aria de Marta, uno de sus triunfos del Coliseum, aunque fuera adaptándole la letra del "Qui tollis".

Eduardo Harbaiz se reservaba para las solemnes e interminables notas de los "¡Amén!"

Estanislao del Campo, proponía ai-

del casi desquiciado "harmonium", que pareció querer reventar a impulsos del ventarrón promovido por sus fuelles vigorosamente pisoteados por el organista.

Todo el mundo levantó la cabeza hacia el coro.

Jamás se había oído en aquella humilde iglesia un bramido semejante.

El padre Palomares, parece que se sintió él mismo sobreecogido, porque aprovechando el primer "¡Dominus boviscum!" hizo hacia las alturas un ademán con la palma de la mano extendida, como diciendo:

—¡No tan carvo, muchachos, que ze le vean lo cezo!

Entonces el órgano quedó repentinamente filando, como un grillo, una nota sutil, a que un comedido añadió el trémolo, pues todos los demás registros se habían hundido de un manotón.

—¡Una marcha! ¡Una marcha! — decía "sotto voce" el padre Camargo al organista.

—¡Una marcha? Allá va — dijo Pepe, y se descolgó con el "trágala", acompañado con un solo bajo.

Al oír esto el fraile loco que era español y pertenecía al partido abso-lutista, se creyó aludido y quiso irsele encima a Pepe.

Hubo que sacarlo y cerrarle la puerta del coro a la que empezó a golpear desaforadamente, gritando:

—¡Más servilón serás tú! ¡Quoniam! ¡Liberalote excomulgado!... — Tuvo que salir el padre Camargo y llevarse-lo a cuestras.

France y Molière

De todos era sabida la lentitud de composición del gran escritor, quien, sin embargo, vióse una vez obligado a salirse de su marcha ordinaria.

Luego de publicadas sus "Bodas corintias", a pesar del triunfo alcanzado, el escritor, que no disponía de grandes medios de fortuna, pudo sentirse satisfecho al firmar un contrato con un editor por el que se comprometía a escribir un prefacio y las notas precisas para una edición elzevriana de Molière. Pasó el tiempo, los éxitos le hicieron olvidarse de aquel compromiso, y tampoco el editor acudió a recordárselo, aunque él no lo olvidaba.

Hacia 1908, cuando France acababa de obtener un gran triunfo con "La isla de los pingüinos y era muy discutido por su "Juana de Arco", el editor se presentó a reclamar su prólogo, dando un plazo de euarenta y ocho horas.

Anatolio France corrió a casa de su ahogado, que era Poincaré, y le dijo:

—¿Qué debo hacer?

—Pues... es bien sencillo. Darle lo que pide. ¿Qué son para usted cincuenta páginas para pasado mañana?

—¡Oh!, imposible.

—Usted tiene genio...

—El genio no es más que una larga paciencia.

—Vamos, siéntese y escriba...

Anatolio France cogió la pluma y Poincaré dictó:

Molière es parisién...

Después agregó:

—Ya está... No tiene usted más que continuar...

Al día siguiente, por la noche, las cincuenta páginas estaban escritas... y eran una obra maestra.

El público y su orientación

Por **Peso LIVIANO**

Hace algún tiempo que se viene produciendo en los espectáculos de boxeo y cada vez con mayor exceso, un hecho que si llegara a convertirse en costumbre podría, fácilmente, ser un factor de verdadero peligro para la buena marcha de tales festivales. Nos referimos a la intromisión violenta y casi ejecutiva con que cierto público, descontento de algunos fallos y personalizándose con miembros de los jurados pretende, de manera insolita y agresiva, descalificar de hecho a los mismos, valiéndose de la protesta a grito airado, exteriorizada en lenguaje por demás inculco y no siempre en defensa de la mejor causa. Y lo peor es que en algunos casos, las tales protestas han tenido carácter de represalias por tal o cual acto emanado de esta o aquella autoridad. Y el público, sugestionado por algunos órganos de publicidad, ha comenzado también a hacer política. Pero ya sabemos, a trueque de dolorosas experiencias en otros géneros de sports, las pintorescas escenas con que finalizan casi siempre tales actividades populares. Por lo demás no están en lo cierto quienes afirman que la mayoría no se equivoca en estos casos. Ya sabemos cuál es la psicología de las multitudes cuando intervienen factores de impresionismo y sugestión.

¡Cómo se agranda para el público en general, el foul en que ha incurrido el púgil que está enfrentando a su favorito y con qué facilidad le pasa inadvertida la grave falta cometida por el que goza de sus simpatías! ¡Cuánta importancia da a las furiosas arremetidas por más desordenadas que sean, con tal que el que las lleva saque golpes de todos los ángulos aunque se pierdan éstos en el vacío! ¡Y qué valor escaso atribuye a la serenidad, a la elegancia, a la justeza del golpe, a la nobleza del juego, que es el verdadero arte digno de aplauso! De ahí la injusticia de algunas protestas; de ahí la enorme distancia que media entre la multitud y los jurados para apreciar con toda equidad un combate. Mientras aquella contempla a la distancia el espectáculo en su conjunto, dejándose impresionar por los golpes de efecto y por las arremetidas desesperadas, éstos, junto al ring, tranquilos, con la serenidad de quienes van a cumplir una misión de justicia, no dejan escapar la más mínima incidencia de la lucha. Y pueden valorar así, con toda equidad, las verdaderas aptitudes de los púgiles, desde la justeza del golpe, hasta la limpieza de juego, que escapan por lo común a la mayoría de los aficionados. Cuantas veces hemos sido testigos de atronadoras silbatinas a fallos verdaderamente justos, tanto más dignos de aplauso cuanto que, nos constaba, habían exigido a los jurados un esfuerzo de atención casi doloroso. Imaginémosnos, pues, el efecto desmoralizador que deben producir esos inmerecidos reproches, a quienes no guían otros propósitos al aceptar cargos tan ingratos, que los de coadyuvar con integro espíritu de justicia, a una estricta clasificación de valores. Por de contado que todo esto no quiere decir que ha de restársele al público un derecho que le es inalienable, como el de aplaudir o silbar, según le venga en mientes, siempre que lo haga en una forma culta. Pero de ahí a creer que

debe erigírsele en juez supremo hasta el punto de descalificar o imponer caprichosamente referees y jurados, hay una enorme distancia. Claro está que a toda empresa de espectáculos, de cualquier índole que sea, lo que en primer término le interesa es contentar al público a toda costa, sin detenerse a examinar mayormente la lógica de sus exigencias. Pero ¡cuidado! Ello puede entrañar un grave peligro.

Malo, muy malo es que ese monstruo de cien cabezas se acostumbre a que se le ofrenden sacrificios.

Por sus enormes fauces, en alguna noche de excesivo entusiasmo, podrían desaparecer no sólo referees y jurados, sino también cosas muy caras a las mismas empresas. Y ésto lo decimos porque hemos constatado en más de una ocasión, el pasivo acatamiento que se presta al repudio de algunas autoridades por el público, en virtud de una mal entendida complacencia. Hay que volver, cuanto antes, máquina atrás en ese sentido. No se debe, por halagar al público, al mismo tiempo engañarlo, haciéndole creer que le asisten derechos que no tiene. Es necesario que los aficionados discretos, los organizadores y la prensa en general, orienten al público en otro sen-

tido. Hay que hacerle comprender, ante todo, que el desorden y la falta de consideración a las autoridades constituidas, no pueden traer, fatalmente, nada más que el desprestigio de nuestros espectáculos, y por ende, su fin. Es un problema muy complicado o muy simple, según desde el punto de vista que se le estudie. El público impone sus gustos a las empresas, pero es influenciado por los diarios, los cuales, a su vez, sufren la presión indirecta de aquéllas. Un verdadero círculo vicioso. Ahora, de esperar que este círculo se rompa, debe ser, lógicamente, por el lado de la prensa sana y honesta. No es cuestión de dedicar la atención casi por completo al aspecto material del asunto, por más que se le disfraze con alegatos pseudo-técnicos y pseudo-morales. No es cuestión, tampoco, de embarcar al público en partidismos ni politiquerías. Es muy halagador el insospechado desarrollo que está cobrando en este pueblo el viril deporte; son por demás elocuentes los pingües negocios que se están realizando con él; es muy lógico, también, que se dediquen páginas enteras a su aspecto técnico y financiero, pero, sino mayor, por lo menos igual importancia tiene el aspecto moral en su más amplio y alto concepto. Lo repetimos: hay que orientar al público en otro sentido. En vez de fomentar su espíritu de intolerancia y contradicción, en obsequio a conveniencias particulares, hacerle admirar y encariñarse con el bello gesto, y aplacando su inclinación excesiva por las características menos simpáticas del box, despertarle el culto por la forma, la nobleza y la línea. Que no sólo se solace ante un knock-out o un rostro tumefacto, sino también, en toda ocasión en que pueda aplaudir un gesto hi-

dalgo, cifrando su más grande aspiración en que, cuando suba a cualquier ring del mundo un argentino, baste saber su nacionalidad para que se tenga la certeza de que habrá un contrincante caballeroso. Sólo así haremos patria. De lo contrario, pronto se llegará a no encontrar autoridades de verdadera responsabilidad moral que tengan, al propio tiempo, la suficiente heroicidad para ser juguete y escaño de las multitudes. Y entonces el box, sin el soporte moral de los verdaderos sportsmens, se convertirá en un mercado de bajas especulaciones y apetitos subalternos, cuyo inevitable fin no sería de muy difícil pronóstico: su prohibición, nuevamente, como espectáculo público.

Buenos Aires, febrero, 1925.

Del condado de Tolstoi

El fundador de la casa era contemporáneo de Pedro el Grande y guardaba de una de las puertas interiores del palacio de este emperador.

Un día que, fiel al cumplimiento de su deber, se hallaba firme en su puesto, aproximóse a él un noble diciéndole que deseaba pasar. El guardia le contestó que era imposible, pues el emperador había dado orden de que nadie pasase a verlo aquella tarde.

—Pero yo soy príncipe—dijo el noble.

—Sin embargo, señor,—replicó el soldado—no podéis entrar.

Para un noble ruso, semejante contestación en boca de un plebeyo no puede tolerarse, y el príncipe cruzó con su látigo la cara del guardián.

—Pegadme, alteza,—gimió el otro—pero no por eso os permitiré el paso.

El emperador, que desde su habitación oía voces y ruido, salió a ver qué era ello, refiriéndose al noble con mal gesto. Luego el Grande escuchó en silencio; luego, volviéndose al guardián, le dijo:

—Tolstoi, habéis sido maltratado por este caballero, por obedecer mis órdenes; ahora tomad mi bastón y dadle un palo en la espalda.

—Mire V. M.—exclamó el noble—que este hombre es un simple soldado.

—Os equivocáis; yo lo hago capitán—dijo el emperador.

—Pero yo soy oficial de vuestro corte.

—Y yo lo nombro a él coronel de mi guardia imperial.

—Mi categoría, como V. M. no ignora, es la de general.

—Entonces le haremos general, y así seréis apaleado por uno de vuestra categoría.

El noble sufrió el castigo filosóficamente y el joven soldado Tolstoi recibió al día siguiente el nombramiento de general y el título de conde.

A FORISMOS

—En la naturaleza todo lo que se demuestra es verdad y de ella se saca la ciencia; mas no todo lo que es verdad se presta a demostración, y de esto último el ingenio humano forma el Arte. He aquí el fundamento de la división establecida.

—Al ver que un medicastro improvisa su carrera, mientras que la tuya marcha con calma, no desmayes; cada población tiene tanto por ciento de clientes sensatos necesarios para hacer la fortuna del tanto por ciento de médicos decentes que pueden, por ley de naturaleza, partir las madres; sólo que como son los menos tardan más en encontrarse.

—De todas suertes, téngase por fijo, que si un médico decente, ante los éxitos de un medicastro, trata de imitarle, perecerá de hambre y vilipendio.

Para obrar mal con éxito, los malos.

—Sé delicado en todo, de palabras y de obra: que la delicadeza es de todas las formas de respeto a los demás, la que te hará más respetable.

—En otras artes, el práctico que yerra, yerra; en la médica, el práctico que yerra, mata.

Veranear en sitios muy frescos es dejar sin verano la piel y en incessante invierno los riñones. Perjuicio es éste que de ordinario se revela a largo plazo, pero que, a veces, se sufre en la inmediata otoñada.

—Cuanto más decente el médico, mayor su predisposición a desprenderse de un determinado cliente por culpas de éste: clientes velocidosos, injustos o insensatos, ni honran ni aprovechan.

—Después de cuatro siglos de investigación terapéutica metódica, todavía debemos más a los salvajes

que a los sabios: tal es en Medicina el poder de la ciencia acumulada, aunque la acumule la ignorancia.

—Con sólo la hidroterapia se pueden obrar maravillas sin cuento, pero es mayor maravilla hallar un hidroterapeuta de verdad, que es como poner un "gladium in dextera furiosi".

—En la primera juventud son ventajosos al organismo los amores difíciles, porque se resuelven en mucho rondar y poco dispendio.

—Los niños son como los pueblos: siempre se quejan con razón, aunque ignoran la razón por qué se quejan.

—Vivienda soleada, piel limpia y treinta gramos de aceite de ricino en la alacena, he aquí los tres puntales maestros de la higiene de la infancia.

—Lo infantil es mundo aparte. Tienen los niños sus juegos, sus experimentos, sus inventos, sus propagandas, sus tradiciones, sus últimas modas, su poesía, su música, su romancero, su filosofía, su todo en todo, y la consiguiente repulsión por ingerencia de mayores en ese mundo propio. Debe, pues, la pedagogía vigilar y moralizar ese mundo espontáneo; no imponerle argumentos ni reglamentos extraños a su naturaleza.

—Juego es espontaneidad, libertad; educación es sugestión y norma; es decir, lo contrario y contradictorio. Desistan, pues, los modernos pedagogos de la preternatural identificación de enseñanza y juego, porque su efecto es, ni aprender, ni jugar.

—En el despuntar de la razón toda providencia es poca, porque de la jornada del vivir, tal la auro- ra, tal el día.

Doctor **LETAMENDI**

Brindis

A Henry Ford.

Señores: Yo quisiera que estas notas hermosas, del progreso orgullosas, llevarán por doquiera

la misión lisonjera de aleantar venturosas, en su saber piadosas, al que ya nada espera.

Hay un hombre que pudo, en el trabajo rudo, realizar la quimera

de inundar nuestra esfera con la grandeza móvil de un modesto automóvil.

Lleno de grato encanto esta copa levanto en honor de ese noble señor que se llama Henry Ford.

Perfecto **MÍGUEZ**.

EL MILAGRO, por Samuel E. de MADRID

(Del libro en prensa "Camino de Eros")

¡Cómo ha reverdecido mi corazón, dulce Amada, ese caritativo rocío de tus ojos inefables!

¡Cómo se ha transformado mi ser, miserable ser, humano ser, maledicente y estéril y egoísta!

Ayer pasaba como todos por el camino; pasaba como la mayoría de los hombres; pasaba como una sombra perversa y envidiosa; envidiosa hasta de la luz que dibujaba mi figura en el polvo.

Ayer no había dulzura en los pliegues de mis labios reseco y apretados.

Ayer no había piedad en mi pupila ni en mi corazón.

Cruzaba el Cosmos como un accidente de la Creación.

Un día, desconocido y desamparado hasta en la última hora, me llevarían como un animalito muerto que han hallado en un vericuetto con el pelaje enlodado y los ojos absortos y opacos.

Y esa hubiera sido mi historia; la triste y verdadera historia que no halló mano sincera que osara escribirla en la losa grisácea en la fosa común: "Andar... andar mucho... y un día... descansar..."

¡Ah! ¡Cómo ha reverdecido mi corazón, dulce Amada, ese caritativo rocío de tus ojos inefables!

Mi corazón ya no es ese corazón de romero tético e indiferente, hundiéndose en la sombra como una sombra también.

Dulce Amada: tus ojos y tus labios han amasado un corazón nuevo que bate animosamente juveniles quimeras desconocidas y emociones jamás presentidas.

Mi corazón, dulce Amada, baña mi cuerpo con la savia de la ternura y de la paz.

Mis pupilas, dulce Amada, buscan la carne del doliente para arroparla en el calor de la mirada hermana.

¡Dulce Amada, ahora soy como una ánfora abierta a toda la sed de los mundos!

Avecillas viajeras

Hoy he saludado a las primeras avecillas que girando indecisas en el fondo ya grisáceo y mortecino de nuestro cielo de otoño, irán a lejanos países en busca de nuevos ropajes de sol.

Aún no habían convenido la ruta... Volaban trazando grandes círculos y se aproximaban unas a otras como consultándose.

Por fin, una de ellas, lentamente avanzó sobre las demás y ya a la cabeza de la leve legión, les señaló la ruta.

Y se perdieron en el horizonte.

Adiós, avecillas, que el Amor os acompañe. Adiós.

Yo nunca podré imitaros, cuando mi Amada se aleje llevándose todo el calor de mi corazón.

Mi corazón no podrá volar como vosotras, avecillas viajeras, porque sus labios le cercenaron las alas.

Y si se aleja, mi corazón será como esos pajarillos caídos a los pies de los árboles.

Píjan por la madre cariñosa; sólo llega el ciego para vender sus ojos y erizarles el plumaje...

Los ojos de los viejos

El Tiempo hizo en sus ojos, lo que tú cuando bebiendo, ríes en el cristal de nuestro vaso.

Riendo también, riendo y llorando, el Tiempo veló aquellas pupilas.

¡Nunca te has fijado, Amada, en los ojos de los viejos?

¡Ah! ¡Los ojos de los ancianos! ¡Han visto tantas cosas! ¡Se han exaltado tanto! ¡Han centelleado, han jurado, han bendecido tanto, tanto!...

Yo he visto algunos, pequeñitos, turbios, lacrimosos, sanguinolentos... Ojos perversos en cuyos cristales empañados y rojizos pareciera que Dios trazara con su índice justiciero, una rúbrica imperecedera, execrable. Otros...

Yo he visto otros ojos... Ojos grandes, brillantes todavía... Desde lejos se diría que aún se encienden.

Pero acércate y mira. Verás que el Tiempo no los ha perdonado. Puso en ellos un sutil velillo azulino, como si quisiera acostumbrarlos a la visión celeste...

Los ojos de los viejos...

Pasarán muchos años y tú y yo tendremos asimismo los ojos implorantes. ¡Viejitos!... ¡Horrible, tal vez?

¡Ah! ¡No! Tú lo serás y yo también. Y así no lo notaremos.

Seremos dos viejos juiciosos y buenos.

¡Habremos vivido tanto!

Yo te diré: "¡Recuerdas el primer beso que te di?"

Y tú: "¡Calla loco, calla!"...

Y nuestros ojos se han mirado tanto, que se han acariciado tanto, nuestros ojos viejos y sin brillo, como uvas llenas de polvo y de rocío, se buscarán una vez más y se estremecerán de gozo al encontrarse en el fondo de sus cuencas...

LLEGAS MUY TARDE, AMOR...

¿Por qué viniste tan tarde, amor?

Yo te esperaba en mis años mozos, y llegas ahora para romper la serenidad de mis años viejos; dame a beber en la dorada copa el vino de los dioses, y apenas he gustado el licor inmortal, lo apartas y me dejas más sediento que nunca; dame con la miel en los labios, y con el sabor y el deseo de los panales... ¡Amor cruel! ¿cómo te burlas de mí!

Quiere el destino poner ante mis ojos la felicidad, sólo tal vez para convencerme de que jamás puede ser mía... ¡Amor! ¡Llave de oro que abres en mi corazón la fuente de las lágrimas; amor, delicado secreto de la vida, cuán tarde llegas a mi puerta llamando blandamente! ¿Por qué tan tarde? Estaba ya mi casa sosegada; todos mis apetitos dormían, y en el hogar solitario había apagado ya toda lumbre de pasión y de codicia; ¿por qué tiendes, amor, tu secreta escalera, si ya no tengo fuerzas para subir tan alto? ¡Si! Me siento viejo; los años me abrumen; y, sin embargo, entre las cenizas de lo pasado relumbra todavía el ascua de mi corazón...

¿Dónde el Espíritu que tornó la fría vejez de Fausto en ardorosa juventud? ¿Dónde el cofre y las piedras preciosas y la llave de oro que abriera el corazón de Margarita? No una gota, todo el jugo de mi sangre diera para detener el vuelo del momento fugitivo, para tornar mi vida a sus primeros cauces. El tiempo huye; todo se desliza, todo se acaba, y "la muerte llega, tan callando"... ¡Ven a mí, juventud! ¡Cierra mis ojos a la verdad y ábrelos a las dulces imágenes del sueño. Florida enramada, insula dichosa donde el amor no muere ni envejece, dorados racimos de inagotable vendimia, codiciados manjares, vinos de púrpura y de ámbar divina, embriaguez!...

El pensamiento de la fugacidad de las cosas me persigue como una obsesión. Parece que he nacido ha poco y que estoy a punto de morir. ¿No ha sido mi vida un breve sueño? ¿Acaso he vivido? ¡Tarde comprendí mi error! Volví la espalda a la vida, me empecé en vivir con los muertos y en disecar mi corazón. ¡Vano empeño! Mis cabellos blanquean, pero mi corazón es todavía mozo y se venga de mí, volviendo por sus eternos fueros.

Y me digo, a veces, que he amado mucho en el mundo, y que este corazón travieso y desconsiderado no tiene razón para vengarse. ¿No es grande y puro amor el que sentí siempre por los bellos libros, por los hermosos paisajes, por el arte, por la historia y la filosofía? Más que esos grandes apasionados que mueren de amor, he amado yo en este mundo, pero con amor depurado y filosófico. Yo amé a la humanidad en su pasado y recogí en mi alma, piadosamente, el aroma de vida de las cosas viejas. La belleza y la sabiduría, la naturaleza y el arte, me han hecho derramar lágrimas dulcísimas. ¿No es este amor, Dios poderoso? ¿No es éste el verdadero amor, purificado de toda humana escoria, tal como lo sentía Platón, tal como lo imaginaron y sintieron nuestros poetas del siglo de oro?

Ricardo LEON.

CESAR BORGIA. — NAPOLES

Por el conde de GOBINEAU

(Traducción de Sara FABREGAT)

Palacio del Virrey. — Sala muy adornada de pinturas y dorados. Delante una mesa, cubierta de terciopelo rojo con flecos de oro, sentados en sillones de brocado con el respaldo esculpido, el virrey don Gonzalo de Córdoba y don César Borgia, frente a frente uno del otro. — Se estrechan las manos.

César Borgia. — Pongo toda mi confianza en Vuestra Excelencia.

Don Gonzalo. — Está bien colocada.

Don César. — Sois un gran capitán, la gloria de este siglo. El honor de vuestro nombre me garante vuestra sinceridad.

Don Gonzalo. — Me hacéis justicia.

Don César. — No he encontrado, en estos últimos tiempos, más que procedimientos infames. He consentido en ceder a los cardenales del cónclave el Vaticano y el fuerte San Angel, que me hacían el sueño de Roma, y he dado pruebas también de una moderación tan grande que mi enemigo no lo puede negar. Sí, don Gonzalo, si he salido de Roma ha sido por mi voluntad. A continuación de esta acción generosa, las promesas que se me habían hecho no se han confirmado. El cardenal de Amboise, además, se ha conducido como un torpe alejando sus tropas antes las bellas frases de Julián de la Rovere. El que no ha titubeado en hacer elegir a Piccolomini, que no ha sido Papa más que veintidós días, y, en seguida ha tomado la tiara para sí; vos y yo tenemos el enemigo más encarnizado en ese ambicioso, falso, pérfido y rapaz Julio II. Por las intrigas de este hombre mis pueblos de la Romaña se han sublevado; los venecianos me han quitado mis mejores plazas, la fortuna de las armas me hizo traición; ellos me han apisionado y ellos me han puesto en libertad. Los franceses se han conducido indignamente conmigo. Los he servido muy bien y mucho tiempo. Hoy día estoy con vos, el Rey, vuestro señor, y vos debéis contar conmigo como yo cuento con vosotros. ¿Tengo razón?

Don Gonzalo. — Suplico a Vuestra Alteza que esté convencido. Además tenéis mi palabra, don César.

Don César. — Esa seguridad me es bien dulce y me consuela de tantos quebrantos. Una vez más, yo no deseo más que serviros bien, y puesto que me confiáis tropas para obrar en Toscana, en favor de los Médicis, no debéis dudar que yo me desprenda de todo mi poder no teniendo en cuenta más que los intereses del Rey Católico.

Don Gonzalo. — Os quedo reconocido a tanto celo.

Don César. — Mi intención es la de embarcarme hoy mismo en las galeras de Su Majestad que están en el puerto y os pido permiso para ello.

Don Gonzalo. — ¡Id con Dios, Alteza y que todo su poder os acompañe!

Don César. — Agradezco nuevamente a Vuestra Alteza por haber sido para mí un amigo en medio de tantas desgracias. (Se levantan). ¡Disponed de mí, os lo ruego, Don Gonzalo, como de vuestro más apasionado servidor!

Don Gonzalo (abrazándole). — Es un honor del que yo estoy profundamente emocionado.

Don César. — Que Dios guarde a Vuestra Excelencia.

Salón de espera que precede al gabinete del Virrey. — En el momento en que Don César sale de hablar con Don Gonzalo, los cortesanos, los oficiales, los solicitantes que llenan la habitación, se levantan y se desubren.

Don Núñez Campeio (capitán de las guardias del Virrey, a Don César). — Monseñor, os arresto en nombre de su Majestad.

Don César (retrocediendo dos pasos). — ¿Qué significa?... ¡Soy amigo del Virrey!... ¡Tengo su palabra!

Don Núñez. — ¡Aquí tenéis su orden! ¡Leed!

Don César (mirando el pergamino). — Esto es una perfidia infernal.

Don Núñez. — Debéis rendiros. ¡Vuestra espada!

Don César (echando miradas a su alrededor no viendo nada más que espadales). — Yo no he cometido jamás semejante infamia.

Don Núñez. — A excepción de Sinagaglia. ¡Vuestra espada! Qué decís, alteza, o es necesario que la tomemos.

(Don César tira su espada al suelo violentamente; la recoge. El duque es llevado por los soldados).

Un cortesano (a un personaje vestido de negro que escribe asiduamente sobre sus rodillas). — ¿Qué hacéis ahí, señor Sannazar? ¿Esta escena os habrá inspirado una poesía?

Sannazar. — Considerando a este gran culpable, súbitamente he recordado esta divisa: "Aut Cesar aut nihil", acabo de componer este dístico.

Los cortesanos. — ¡Veamos! ¡Veamos! Sannazar (leyendo). — "Omnia vincas, sperabas omnia, Cesar; Omnia deficient, incipit esse nihil".

Los cortesanos. — ¡Encantador! ¡Encantador! ¡Qué espíritu!

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

MANERA SENCILLA DE REFRESCAR EL AGUA

En un recipiente o botella de barro poroso, en la que se ponga agua, se verifica rápidamente la evaporación de la que contenga en su interior. Esta evaporación se acelera si se coloca la botella en una corriente de aire, y se enfría de un modo muy notable el agua, sobre todo si se cuida de provocar la evaporación mucho tiempo antes de beberla.

Un paño empapado en agua, arrollado en torno de una jarra o botella de vidrio, enfría del mismo modo el contenido de ésta por la misma acción de la evaporación.

ALCALOIDES

Estos son los principios inmediatos nitrogenados que existen en las sustancias vegetales; llevan este nombre porque nunca se unen con los ácidos como una base ordinaria para formar sales. Los alcaloides están, con frecuencia, unidos en los vegetales con ácidos (acético, málico, tánico, etc.). Los principales alcaloides son: la atropina, extraída de la belladona; la cocaína, de la coca; la nicotina, del tabaco; la quinina, de la quina; la estricnina, de la nuez vómica, y la digitalina, del digital. Ciertas sustancias pueden contener ciertos alcaloides con propiedades diferentes; así, el opio, contiene alcaloides excitantes (tebaina, papaverina), y alcaloides calmantes soporíferos (morfina, codeína), de donde se sigue la diferencia de acción, en ciertos casos, del alcaloide y de la sustancia de donde se ha extraído; aún en los casos en que esta acción es idéntica, la dosis terapéutica es considerablemente inferior para el alcaloide (100 y aún 1000 veces inferior).

Los alcaloides son verdaderos venenos para el organismo, y sólo deben emplearse por prescripción médica. De ahí esa campaña que han acometido contra el uso de los estupefacientes, dando motivo a que la Liga de las Naciones se ocupe de su reglamentación, tanto con respecto a las plantas que lo producen como a su aplicación terapéutica.

Consultorio femenino

Ruby Betty. Capital. — Locionaos la cara algunos minutos, mañana y tarde, con agua muy caliente mezclada con un gramo de sublimado por cada medio litro de agua hervida.

Las aguas sulfurosas naturales son mucho más eficaces.

El agua destilada de fresas, la leche de cabras, la leche de burra, tienen mucha fama.

Mary Luz. — Cuando usted quiera limpiar un traje de crespón marroquí, lo mejor es llevarlo al tintorero si el género es muy bueno o de lo contrario lavarlo por completo, aunque encoge algo. La marca del alcohol no influye.

Matilde V. Olavarría. — La crema Simón no es para los granos. La pomada Brown es para las pecas. Para los granos debe tomar un purgativo de la sangre. Suprima las comidas picantes.

Estulah O. Coronel Pringles. — Para fortalecer su cabello cada mes, en cambio del lavado acostumbrado, frótese el cuero cabelludo con dos yemas de huevos frescos batidos con 500 gramos de agua de cal. Después de esa limpieza y de secarlos completamente, se cepilla cuidadosamente y se untan ligeramente con aceite de almendras dulces.

Luísa Angélica. Avellaneda. — El agua oxigenada de doce volúmenes mezclada con veinte gotas de amoníaco por 1/5 de litro, es un buen aclarador del cabello.

NOTA. — Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de 'Fray Mocho'". — Calle Bolívar 879, Buenos Aires.

Secretos de tocador

ACCIDENTES DE LA PIEL

Creo innecesario recomendar los cuidados que deben tenerse con la piel cuando ésta atraviesa una crisis pasajera.

En la mayoría de los casos, debe recurrirse a un tratamiento general, y en consecuencia consultar a un médico.

Ciertos estados, llamados herpéticos, molestan a los atacados, pero estos pretenden combatirlos recurriendo a recetas destinadas únicamente a corregir los vicios superficiales de la piel.

Se cree obtener una curación completa y rápida, pero el mal no hace más que empeorar, la belleza no vuelve y la salud se altera.

Es en el régimen alimenticio sobre todo donde se encuentra la causa de los accidentes de la piel. No existe nada más dañoso para la piel que la constipación habitual debida al abuso de ciertos alimentos demasiado condimentados.

Felizmente, todo esto puede combatirse resignándose valientemente a los regímenes de laxantes y lavajes, que constituyen el secreto de la belleza de muchas elegantes.

Vale un novio
\$
10.000?

Las ganadoras del Concurso pueden, a cambio del Novio, optar por el premio de \$ 10.000. — Intervenga en el
Gran Concurso SUNSET-SETSUN
Pida las bases en la Farmacia o a Rivadavia 926 Bs Aires

UNA SORPRESA

habría de ser para muchas señoras si, investigando la causa de muchos de sus malestares, llegaran a descubrir que obedecen, en la mayor parte de los casos, a la falta o insuficiencia de la higiene personal íntima.

En efecto, basta el menor abandono en el indicado sentido para que tal circunstancia sea la causa originaria de numerosas enfermedades propias del sexo.

La desidia en la "toilette" íntima favorece grandemente la invasión de las bacterias, y una vez infectado el organismo, las hemorragias, congestiones, fibromas, ovaritis y hasta el cáncer, pueden constituir la consecuencia natural de la negligencia en la higiene individual de la mujer.

El empleo cotidiano de un buen bactericida como el Lysoform, que puede adquirirse en cualquier farmacia, envasado en frascos de 100, 250, 500 y 1.000 gramos, y entre cuyas excelentes cualidades se destacan las de ser inodoro y completamente inofensivo, es previsión suficiente para destruir en germen semejantes calamidades.

Si las señoras y las jóvenes supieran todo lo que significa para el organismo el hábito de una escrupulosa antisepsia íntima, basada en lavajes diarios con soluciones tibias de Lysoform, es seguro que habrían de convertirse en esclavas de una sencilla costumbre que asegura la posesión de una perfecta salud general, y con ella la consiguiente tranquilidad de espíritu.

Use usted el Jabón Lysoform, para tocador, fabricado a base de Lysoform. Precio al público: \$ 0.45 cada pastilla. Solicite una muestra gratis y comprobará su excelencia. — Mendel y Cía. — Guardia Vieja, 4439. Buenos Aires.

Para mejorar la urticaria es preciso abstenerse en la alimentación de pescados, moluscos, crustáceos, chanchos, comidas demasiado condimentadas, bebidas alcohólicas y ciertas frutas.

LOS POROS

Para cerrar los poros dilatados, se debe lavar la cara con agua fría.

Esta crema conviene a las pieles grasas:

Agua de rosas 100 gramos
Jugo de bulbo de iris 20 "
Cera blanca 30 "
Tintura de benjuí 10 "
Alumbre pulverizado 6 "

Locionad con frecuencia la piel mañana y noche con un agua de toilette preparada según la fórmula:

Agua destilada 250 gramos
Bicarbonato de soda 1 "
Esencia de violetas 6 gotas

El polvo de almidón, la fécula de patatas y sobre todo el bicarbonato de soda, son preciosos recursos para las personas que tienen que combatir la adiposidad de la piel. La fécula de patatas se emplea como sigue:

Se toma una cuchara de postre llena de fécula de patatas, se desleía con un poco de agua fría, se extiende sobre la piel con un lienzo mojado y se deja secar sin enjuagar. Un cuarto de hora después, se pasa un algodón hidrófilo sobre el que se recoge todo el residuo de la fécula.

Es preciso tener a su disposición un polvo eficaz a propósito a las necesidades de la piel.

A las personas que tengan la piel grasa les recomiendo emplear la receta siguiente:

Pulverizad finamente 125 gramos de alumbre, tamizad y agregad 60 gramos de iris de Florencia en polvo. Se puede perfumar agregando otro polvo de jazmín, violeta o rosa.

AGUA DE QUINA PARA LA CABEZA

Se prepara haciendo hervir 80 grs de quina en 500 grs. de agua, se deja enfriar, se agregan 2 grs. de cochinilla y 2 grs. de carbonato de potasa; luego se filtra por papel especial, agregando 80 grs. de alcohol perfumado con gotas de alguna esencia (rosas o alcega).

El abanico bordado



El abanico es un arma bien femenina que permite a las hermosas coquetas velar en un momento oportuno una mirada brillante, una sonrisa pícarosa, a veces... un bostezo de tedio. El abanico, puede ser también un adorno coquetón hermosamente bordado.

1. Os presento el abanico, al señor abanico correctamente estilizado y con un bordado muy delicado. Punto de hierba para las presillas, el pasado para las florecillas y en forma de terminación una borla de seda de oro o plata, según el objeto a decorar.
2. Traje de casa y terciopelo inglés azul marino, clásico en su forma, la solapa y el cinturón drapado con duvetina roja. Una lluvia de abanicos bordados con seda roja vivo en el cuerpo y en las mangas y en la terminación del cinturón con seda azul.
3. Vestido de cachemir gris. El cuerpo descotado lleva como adorno

un abanico. La falda con tabloncitos encontrados sostenido cada uno de ellos por un abanico bordado.

4. El forro es de terciopelo marrón y la túnica recta con las mangas largas, de crespón de china color oro con un adorno compuesto de abanicos bordados con seda marrón y oro.
5. Sombrero de terciopelo negro con el fondo recortado en franjas y el delantero respuntado con hilos de plata, sobre cada oreja, una borla de plata termina el adorno.
6. Bufanda de duvetina roja con la extremidad ornada por un abanico azul obscuro.
7. Pijama cuyo pantalón es de terciopelo negro y la casaca de terciopelo jade con plastrón negro terminado por un abanico bordado con negro sobre el verde. Abanicos seguidos uno después de otro coronan la faja de terciopelo negro que termina la blusa.

EL PREMIO DE LA GLORIA,

por
Carlos Aureliano MIRANDA

El físico de Artemio parecía un papel de estraza y de sus miradas, escapábase una como luz siniestra. En verdad, jamás lo había visto en esa forma a pesar de convivir en su intimidad y conocer lo víctima que era del insomnio. Ahora, su aspecto no me infundía la confianza suficiente; luego, no podía olvidar aquella manifestación del neurópata: "Tenga usted cuidado... Esta clase de "anormales" son propensos a exacerbaciones repentinas y en una de ellas, anulados, van hasta el fin trágico".

Entré, pues, medio cohibido... Tal vez pensaba más en el neurópata que en el individuo que tenía ante mí. Aquella tarde—debo hacer presente que era una tarde excesivamente fría y excesivamente gris—su físico expresaba un estado extraño y en el fondo de la "garçonniere", revestida con una tapicería de damasco, su figura adquiría un aspecto singular... Cuando me vió entrar, se incorporó súbitamente. Su actitud, por lo mecánica, tenía todo el relieve de una sacudida espasmódica. Confieso que el neurópata gobernaba en ese instante toda mi cerebración. Era, como dice Baudelaire, "una miseria humana". Yo no era yo; había tras de mí un "doble" y este no era sino el alienista con el espantajo de su amistosa prevención.

—Te puedo asegurar que desperté bajo una excitación nerviosa extraordinaria. Creo que si mi médico me hubiese colocado un aparato registrador, el grado de pulsaciones hubiese llevado a su espíritu el consiguiente desasosiego.

—¿Hubiese supuesto un ataque cardíaco?—le interrumpió con cierto aire irónico. Con ello no procuraba sino elevar la "presión" del ánimo de Artemio.

—¿Pero él sufría de aortitis?—preguntó Osvaldo.

—Nada de eso; lo que había era más bien un derivado de su neurastenia. Esta le hacía ver fallas en todos los órganos: hoy era el corazón, mañana el cerebro, etc.

—¿Un fronterizo?—articuló aquel.

—Ni más ni menos. Todos los neurasténicos están a un paso del manicomio...—expresó Ovidio dejándose caer sobre la muelle hamaca persa. Esta, como una expresión de refinamiento, estaba amarrada por cabos de seda a unas cadenas que se fijaban en un caballete de bronce empavonado.

—¿Y qué te dijo al verte entrar?—preguntó Osvaldo mientras acercaba el fumador de sándalo.

A poco, la habitación apareció envuelta en una atmósfera pecaminosa.

—Hombre, era aquello un caso claro de que su neurastenia iba en aumento. Ni bien me vió entrar ganó la puerta y pareció más que interesado en mi presencia, en la necesidad de absorber aire. Comprendí y no lo interrumpí; al contrario, lo seguí y penetramos en la alameda que por el lado oeste bordea a la casa. Como ya te he dicho, el crepúsculo prometía y el ambiente predisponía para la exaltación de la neurosis. "Te puedo asegurar", me dijo, "que yo debo estar a punto de desequilibrarme"...

—¿Por qué?—le interrumpí.

—¿Por qué?—replicó y en sus labios se reflejó toda la certidumbre de que yo procuraba neutralizar con mi interrogación el pensamiento que a él lo dominaba.

—Sencillamente; porque nunca has estado tan bien de salud—le repuse.

El me miró y en aquellos ojos yo percibí un vejamen para mí al darme la pauta de que él me reconvenía mi falta de sinceridad. Porque, en efecto, mi actitud era una falta de esa naturaleza. El se sabía enfermo y mi actitud no significaba sino una burla.

—¿Pero eso es lo que hacemos todos!—interrumpió Osvaldo.

—Pero eso no quiere decir que frente a un hombre de las condiciones de Artemio no mintamos y no lo injuriamos con nuestras frases convencionales. Así, él, pareció clavarse en medio del camino y envolviéndome en una mirada poco amistosa me significó:

—Todo te está permitido pero menos la libertad de jugar con el respeto que te debo infundir. Lo que anoche me ha sucedido no es para que tú lo tomes a broma y quieras hacer un juego de palabra...

—Nunca he pensado abusar de tu

—El miedo es una copa estúpida, Artemio,—le repuse.

—No sé lo que puede ser,—me contestó mientras su vista divagaba sobre todas las cosas con la curiosidad indiferente de los desorbitados.—El silencio de la noche—continuó—debía ser pleno porque yo sentía claramente cómo los grillos desgranaban su música monócorde. Por intervalos volvía a quedarme dormido. Tenía algo en mi cabeza y temiendo a no sé quién, prendía las luces; luego, las apagaba. Cuando ya iba a entrar en la penumbra del sueño, una sombra extraña volvía a desplazarse sobre la circunvalación respectiva. En esta forma, la idea de mi evaporización corpórea era un hecho que "se me iba entrando" hasta asumir la convicción de que la muerte se había dado cita para asistirme en el último trance de mi trasmutación.

—Sin embargo, tú no me negarás que el doctor ha diagnosticado: ¡neurasténico!

—En efecto; pero la civilización no es sino producto de los neurasténicos. De los seres ricos en fibrillas nerviosas.

—Ah, querido, una superioridad como la mía no es un bien que pueda desearse; por eso quiero que prestes atención a la relación que deseo hacer...

—Te escucho,—le repuse comprendiendo que él no quería desviarse de su propósito: él deseaba contarme y yo debía resignarme a escucharlo.

—La tolerancia es un medio de cura; Jübert lo proclamaba; de ese modo enriquecía a su espíritu no sólo con las lecturas que realizaba, sino con la conversación de los otros. Así, luego, en sus silencios, elaboraba la prosa que su pluma no trazaba...

—Pues bien, Artemio tenía esa admirable ubicuidad que a los neurópatas fija más de un interrogante. Bueno. Aquella tarde, Artemio estaba en pleno autoerótica. Mesurado en sus maneras y con un discernimiento extraordinario. Yo debí experimentar toda la fuerza de aquella situación, porque a poco me olvidaba de mis equívocos y lo escuchaba con el interés de quien escucha algo que puede serle provechoso.

—¿De modo que el anormal?...

—Se tornaba un vehículo de belleza al suscitar en mi espíritu el interés de escucharlo...

—¿Como si fuera una paradoja!—expresó Osvaldo con un ritmo en la frase que daba la impresión de cómo el equívoco suele hacernos incurrir en error a propósito del verdadero significado de los individuos.

—Así es: Artemio me resultaba interesante al relatarme el proceso de aquel insomnio. Yo veía desfilar frente a mi espíritu una escenografía por demás interesante. De pronto se detuvo y me dijo:

—¿Sabes quién fué el autor de este insomnio?

—No se me ocurre...—le repuse experimentando una sacudida, ya que aquella salida de tono cambiaba el "plano" de mi proyección mental.

—¿Pues Lucrecio!—repúsome.—¿Su célebre diálogo de los muertos y mi hambre me han impedido descender el velo?

—¿Tu hambre, Lucrecio!—le repuse sin salir del asombro que semejante interrupción me producía.

—Así es: necesitaba profundizar el significado de sus críticas para explicarme la metamorfosis del sentido crítico helénico... De manera que Lucrecio y todo el cielo constelado de dioses, me habían transportado a una situación ajena a la reconciliación con Morfeo...

—¿Otro impostor!—le repuse, medio fastidiado porque el relato no mantenía unidad y lo que yo veía a través de mi imaginación era una aglomeración de situaciones cómicas...

—¿Ya ves cómo el mal se desplazaba en él para infiltrarse en ti!—expresó Osvaldo con cierta ironía y mientras se acercaba a la ventana y ojeaba hacia el jardín. Sobre la línea de horizonte el lucero parecía hacerles un guiño. En tanto, rasgaba el aire el graznido de un buho...

—¿Mal síntoma!—expresó y volvió a su asiento...

—¿Supongo que no pensarás que estoy "lelo"?—Mi situación frente a Artemio era un poco violenta, pues precisamente el neurópata me había expresado: "Usted percibirá en sus

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. AMADEO NATALE

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Médico 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 9819

Dr. VICTOR MORASCHI

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO de IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 213

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oídos del Hosp. San Roque.
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sebléau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375—U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal.—Señoras y Partos.
Bm. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

amistad, pero creo que exageras y no tengo por qué alentarte en tus exaltaciones.

—¿No, no!—me interrumpió reanudando la marcha.—Yo estoy enfermo—continuó—y quiero que tú analices sin prevención lo que me ha sucedido.

—Cuenta—le repuse, aparentando un interés mayor al que realmente podía suscitarme un relato más de sus insomnios.

—Pues bien, el proceso de mi estado había llegado a una situación que debía ser el epílogo fatal de mi existencia... Quise reaccionar, proclamar el gobierno de la voluntad, pero estaba presa de una inhibición total.

—¿Te sentías desplazado?

—Absolutamente. La amarra era una especie de vorágine; sentíame precipitado y sin fuerzas para reaccionar.

—¿Ha de ser cosa fea tener la convicción de que uno se va a morir!—le interrumpí.

—No creas; por anticipado, hay una serie de hechos que crean el ambiente "apto" para deslizarse en ese estado de la eterna supervivencia cósmica... Porque tú has de saber que nuestra materia obedece a leyes que sólo el sentimentalismo puede pretender relegarlas a un segundo término.

—En eso estoy de acuerdo con Lavoiisier y no con el abate Moreaux.

—Así es, querido: la materia se disgrega pero no para aniquilarse totalmente, sino para juxtaponerse en sus partículas fundamentales, que dan el ritmo de la vida.

—Tu exposición me está revelando que tú eres un clarovidente. Esto es: un enfermo inteligente—le interrumpí.

maneras matices de una modalidad extraña. Son circunstancias que nada tienen que hacer con su "fijación real" pero le darán la clave de la presencia de ese "doble" que puede convertirse en su sicario!

—Quiere decir que estabas con miedo—expresó Osvaldo.

—El antecedente no era para menos... Así transcurrieron unos segundos; luego, pareció posesionarse nuevamente de su papel de narrador y continuó:

—Anoche me he sentido cerca de Papini con el título de una de sus obras: "El hombre parado".

—¿Y su introspectivismo?—le repuse creyendo que lo que me iba a referir era el asunto de la obra.

—Nada de introspectivismo: me he referido al título. Era yo un hombre parado, maniatado y a voluntad de lo que llenaba el cubo de mi habitación... Ahora estaba ahí, frente al hecho cierto. Lucrecio no me había dejado dormir y el insomnio me llevaba por vericuetos realmente extraordinarios... Era todo menos el tema que se me había ofrecido para mitigar el hambre, pues has de saber que un amigo me había propuesto que diera una conferencia. Por tema tenía: "Lucrecio y la decadencia del Olimpo"... Con el producto de esta conferencia contaba para comer una semana y pagar a la planchadora... ¿Has entendido por qué esa conferencia tenía que hacer con el hambre?

—¿Me doy cuenta, Artemio!—le repuse. El insomnio suyo no era digno de mis burlas y sí de mi respeto. De este modo me propuse escucharlo con un sentimiento más humano...

—Yo no pensaba en nada que tuviese atinencia con Luciano—significó me reanudando la conversación; luego continuó:—En esta situación me hallaba frente a una incógnita: ¿era un producto de mi estado exacerbado o bien significaba la visión exacta de un hecho lo que mis ojos veían?... Pendiente sobre mi cabeza, de cuando en cuando, parecía titilar una estrella. Una fosforescencia excesiva se proyectaba en toda la extensión de mi pieza, luego, automáticamente, parecía extinguirse. No era, sin embargo, así: la luz hacía eclosión en otro sitio y como un bólide se precipitaba sobre mi cabeza...

—¿Singular!—interrumpió Osvaldo. —Así es,—luego siguió refiriéndose al hecho que según él obedecía más que a un estado de insomnio a un proceso de autosugestión. Esta debía, según él, derivarse de una sesión de espiritismo. En efecto, la acción tóxica de madame X pareció gravitar con exceso sobre su espíritu: sentíase en contacto con espíritus que le habían sido caros en su vida de andariego...

—¿Qué enormidad!—subrayó Osvaldo, que tenía tanta fe en los espíritus como en el logro de premio a la virtud.

—Esa perturbación de sus sentidos no había sido ajeno a la depresión de su gusto estético...

—¿No! Pues la acción de esos demagogos habían afectado su sensibilidad y de ahí que su obra se resintiera. Estaba su espíritu perturbado y la expresión artística no era plena. En su desenvolvimiento integral, notábase la inseguridad... Era, a veces,—continuó,—como un ojo de cíclope escudriñándose. Hubiese querido precipitarme a la calle y disparar hasta caer vencido. En esta forma, la ataxia muscular me hubiese reportado el bien de hacerme insensible... Pero nada de esto podía sucederme puesto que la conciencia vigilaba y de haber llevado a la práctica ese pensamiento hoy estaría en la comisaría por amor; luego, aislado en el Hospicio...

A esa altura del relato tuve ganas de substraerlo y para ello traté de levantarme. El pareció intuir y me repuso:

—Ya sé... Comprendo que te estoy fastidiando pero escucha: Yo estaba desplazado; vale decir, virtualmente era un muerto. Quería incorporarme en el lecho pero la luz me enfocaba con una intensidad tal que me obligaba a sepultarme en la inmovilidad más espantosa... En uno de esos instantes debí quedarme dormido y sentí desposarme con la gloria...

—¿Con la gloria?—interrumpió Osvaldo.

—No te apures. A todas partes se llega y sobre todo cuando uno se ha propuesto relatar la vida de un desorbitado como era Artemio. Así—conti-

—No sé. El concepto de la inmortalidad no puede deducirse de lo que es la antítesis del racionalismo. Artemio es un individuo colocado al margen de lo formal.

—Con ese juicio tú has negado el elemento básico en que se sustenta la gloria.

—¿La gloria?—expresó Osvaldo mirando al narrador con una expresión que daba la medida de la extrañeza que aquel juicio le suscitaba.

—Así es: la gloria no es nada más que la exaltación de nuestro individualismo y este se conforma dentro del círculo de un orden imaginativo.



El manantial

Las horas que pasan

Desfilan las horas breves y ligeras
bajo el manto helado de este día frío.
El alma se oprime, sin querer, de pena
llorando, en silencio, los ensueños idos.

Un perfume vago de misterio inunda
la inefable angustia de esta tarde triste.
Desfilan las horas como aves en fuga
detrás del cortejo de las nubes grises.

Todo en el espacio tiene una doliente
paz dulce y tranquila de anciana en reposo.
Hay ternura en las cosas vivientes
y un amor inmenso se presiente en todo...

El alma se siente transformada y limpia
dentro de esta dulce llovizna que cae,
mientras el recuerdo de mi antigua vida
me llena de gratas dulzuras distantes...

Ojos celestes

Ojos que son un verso transparente y sencillo,
diáfanos como un día primaveral y claro,
tienen la gran dulzura de los besos de un niño,
o del trino melodioso de un canario.

Hay en ellos el alma de las cosas hermosas:
agua, luz, sol, perfume; y esa divina gracia
que habrá tenido Cristo cuando hablaba a los pobres
con su sonriente cara iluminada...

Son puros como el rústico canto de los zorzaes
cuando en las mañanitas triunfa la luz del sol;
son ojos que debieran tener todas las madres:
sería, así, más santa la gloria de su amor...

Pedro Aristóbulo LIEBBE.



nuó:—En ese intervalo, tuve un sueño tranquilo y experimenté la emoción de que aquel ojo era la estrella que se me revelaba para esos esponsales. El, sólo él, sería en adelante la fuerza que habría de hacer polarizar hacia mí ese virtuosismo inaccesible del arte. A través de su prisma, percibía el matiz tantas veces buscado en la informe mezcla de los colores... ¡Oh! Yo era el vencedor, la gloria misma. Sólo que el ojo me había impuesto una condición: debía erigirle un templo en mi espíritu y concretar me a él...

—Pero este relato me da la sensación que tú, yo y Artemio constituimos una trilogía.

—No. Tú escuchas y puede que de su interpretación deduzcas leyes para tu tesis sobre la inmortalidad,—expresó el narrador mientras encendiendo un cigarrillo pareció ensimismarse.

—¿Estás loco!

—Esa es la locura que sustenta a tu tesis...

—De manera que yo...

—Irás a parar a un manicomio como Artemio...

—Yo investigo con entero discernimiento...

—También Artemio investigaba con idéntico concepto y ya ves: ¿qué le ha deparado ese afán por conocer el misterio del esmalte blanco de Bernard Palissy?... Así, de esa honda preocupación surgía su total derrumbamiento. Una excesiva atención, ejercida por sus órganos ópticos a través del microscópico, había terminado por fijar en el fondo de la retina una mancha roja.

—¿Eso?—expresó Osvaldo pleno de estupor.

—¿Eso, sí! Y para colmo, lo que

OBRAS DE Carlos Correa Luna

Historia de la Sociedad de Beneficencia

(1823-1852)

\$ 3.50

Don Baltasar de Arandia
\$ 2.50

LA INICIACION REVOLUCIONARIA. EL CASO DEL DOCTOR AGRELO—UN CASAMIENTO EN 1805 —LA VILLA DE LUJAN EN EL SIGLO XVIII— ANTECEDENTES PORTEÑOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN.

A \$ 1.— el ejemplar

En todas las librerías y en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar 879. Buenos Aires.

aquella noche había precipitado los hechos era una luciérnaga...

—¿Estás loco!—respondió Osvaldo mientras el narrador adquiría una actitud extraña. Parecía sufrir una trasmutación radical.

—No, Osvaldo. Cuando aquella noche entré a la habitación de Artemio yo tuve la sensación real de lo sucedido: sobre el "plafonnier" una luciérnaga emitía su fosforescencia a intervalos. Artemio estaba absorto contemplándola.

—¿Loco?—expresó Osvaldo mientras su físico trasuntaba la emoción de que era presa.

Origen del jazz-band

La modernísima orquesta, descendiente del antiguo "charivari" nos viene de Norte América y data del año 1915.

En aquel entonces lucía sus habilidades en el café "Schiller" un negro llamado Jasbéo Brown que hacía un ruido espantoso con la serie de instrumentos que tocaba. Cuando aún no había bebido, es decir al principio de la velada el ruido era soportable, más cuando los "cocktails" habían excitado su inspiración, aquello era una algarabía infernal y que a pesar de la terrible disonancia entusiasmaba a los parroquianos.

La concurrencia aumentaba gracias al original músico y sólo se oía "otra vez Jasbéo" y luego por abreviación "otra vez Jazz"; de ahí el nombre de Jazz-Band que de Chicago pasó al mundo entero.

Una opinión

Dos sabios norteamericanos, los doctores Garret y Sante Naecaratti, especialistas en enfermedades mentales, aseguran que las personas que tienen el cuerpo pequeño y largos los brazos y las piernas son de inteligencia superior a la media.

Esos señores han llegado a tal conclusión en vista del resultado de sus observaciones sobre trescientos estudiantes de la Universidad de Colombia.

En los trescientos casos observados siempre encontraron que una inteligencia superior correspondía a largas piernas, largos brazos y cuerpo pequeño.

"Henry Ford, John D. Rockefeller, D. W. Griffith y el general Pershing, dicen los doctores Garret y Naecaratti, son ejemplos que ilustran y confirman nuestra opinión, así como Washington, Lincoln y el presidente Wilson."

COLABORACION ESPONTANEA

Tríptico

Sueño

¡Ah, para qué negarlo, si sólo soy un sueño!...
Desque nací he soñado. Soñando moriré.
Y aunque en todo esto puse mi más hermoso empeño
por ser tan sólo un sueño, nada conseguiré...

¡Gracias!

¡Gracias, Serenidad! Tengo aún el alma
fresca como una flor recién abierta...
¡Cuánto me ha de durar esta honda calma
sobre la inmensa soledad despierta!

Anfora sellada...

Cae la tarde en el seno de las cosas dormidas.
Cae la tarde en su seno. Desfallece una flor.
Y mi espíritu cierra sus dos alas tendidas,
sus dos alas tendidas que besara el dolor...

Y al primer parpadeo de una estrella azulada,
con el pulso sereno, ¡lo que nunca jamás!,
busco la superficie de la ánfora sellada
para cubrir su boca... ¡para no abrirla más!

José A. FERRATE ACOSTA.

Nuestro amor

Nuestro amor comenzó en una tarde,
bajo un cielo cubierto de espumas;
y creció en un invierno, cobarde,
ribetando de candidas brumas.

Nuestro amor se hizo grande una noche
de feliz primavera salvaje...
Se envolvió en el dolor al derroche
de ese anhelo de amar hecho ultraje.

Hoy que vive en el cáliz de fuego
de un estío incrustado de historias,
permanece en silencio; está ciego
por mirar el fulgor de tus glorias.

Si algún día se muere ¡tendremos
una voz de recuerdo que guarde
la oración de lo ido, y diremos:
"Nuestro amor comenzó en una tarde"...

Alberto M. DURELLI.

Naufragio

Yo soy un alma errante sin dicha ni ventura,
que vaga ya sin rumbo por densa obscuridad;
camino por el mundo llorando mi amargura,
buscando en las tinieblas amparo a mi orfandad.

Y en pos de mi naufragio las alas de la vida
arrastranme impetuosas cual nave el huracán,
y así cual ya no siento volver la fe perdida,
así mis ilusiones perdidas hoy están.

No tengo ya en la vida ni un pálido consuelo:
hoy vivo ya sin calma, sumido en el pesar,
llorando como un niño, postrado en mi desvelo
lo mismo que el proscrito sin patria y sin hogar.

Busqué para mis males alivio en otros seres,
hallando en todos ellos tan sólo ingratitud,
y entonces, ya rendido, sin ansias de placeres,
hallé temprano ocaso mi amarga juventud.

Por eso muchas veces maldigo mi existencia
y arrojo sobre el mundo, también mi maldición,
mas, sólo escucho entonces la voz de mi conciencia,
llevando muerta el alma y herido el corazón.

"Sé bueno, y Dios, contigo, será también sensible"
—nos reza en sus mandatos la santa Religión;—
si es cierto que es aquello verdad indiscutible,
¡oh, Dios! ¿por qué me niegas tu santa protección?

Alfredo BAGNALASTA.

Galante

Hoy he sentido un cansancio vago,
mezcla de desaliento y de impotencia;
hoy he sentido que mi vida toda
floraba una aspiración ya muerta...

Quise rendirme como un león herido
en medio de la trágica pelea,
doblegar mis rodillas, extenuado,



como un gladiador sobre la arena,
pero vino a mi mente tu recuerdo
y endiosando mi pobre prepotencia,
¡levanté muy arriba mi estandarte
y reaviví la fe de mi quimera...

Sé que eres escudo y acicate,
¡oh, mi Amada gentil y sensible!
y en el fragor de todos mis trajines
como amorosa ofrenda,
he tejido con rimas de mis versos
mi oración amorosa de poeta.

José María ABALLONE.

Pensamientos

Más cautiva una mujer con su talento, que con
su belleza.

La adversidad es la fragua donde mejor se
forja el hierro de las grandes voluntades.

Coquetería, es profunda sabiduría de mujeres.

La mirada es una correspondencia inviolable del
correo de las almas.

Con el amor pasa lo que con el saludo no siem-
pre se retribuye.

Para amar de verdad a una mujer, hay que
estar decidido a todo.

No siempre se llega al pináculo sin desandar
camino.

Hablar de las vidas ajenas, es una necesidad
de muchos.

A. R. POSSE.

Ideaciones

El realismo y el ensueño son como la fuerza directriz
que obliga a concentrar el pensamiento sobre la hoja en
blanco donde escribimos. Los dos factores que se amalga-
man en nuestra época, es para los espíritus selectos y
obstinados que quieren vivir en el esfuerzo y la proeza
de darlo todo con desinterés y amor humanos.

He nombrado las dos opuestas concepciones que dirigen
nuestra mente cuando analiza los pormenores de la vida:
la una realidad tangible de dolor y de miseria, la otra
fantasía y lirismo de belleza como si se hablara con Dios.

¿Cómo no tener argumentos cuando el corazón educado
en la suma bondad y el cariño, contempla todas las taras
morales que cubren a tantos imbéciles que vegetan y
sufren su propia egolatría chata y deforme bajo el peso
de lo pequeño?

Unase ahora a este ardoroso corazón los horizontes y
las enormes regiones de idealismo donde nos lleva el
ensueño de nuestro propio sentir y palpar de bohémios
incorregibles; porque así fué nuestra niñez, nuestra ado-
lescencia y la eterna manera de ser arrogantes caballeros
de otro mundo, tendremos la sustancia y el vigor sufi-
cientes que nos hará esculpir la prosa o el verso de frases
musicantes que deleita y conmueve las almas, en los
gores emocionales o en las serenidades de orientaciones
para gustarlas y amarlas por su belleza inmaterial como
espíritu transmitido en multiplicidad de sentires.

Nota musical que arroba nuestro oído; obra de arte
cuyas líneas traducen a nuestros ojos una honda emoción;
prosa y verso alado que, a semejanza de un fino cristal,
nos trae claridad en el juego de frases y palabras no
escuchadas, sean en el eterno derrumbe de la humanidad
que se aniquila, los únicos dioses que subsistan; ellos
serán en el pentagrama, en la paleta o en la lira, los
altares inamovibles donde el sacerdocio puro oficiará las
inmaculadas oraciones transmitidas intensamente a la le-
gión de almas purificadas en el bien y el amor, para
que sean los únicos victoriosos y triunfadores que su-
pieron vivir en la elevada cumbre de las ensañaciones,
en el paso fugaz por la existencia.

Torcuato IMONDI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre... \$ 2.50	Trimestre... \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre... " 5.00	Semestre... " 6.00	Semestre... " 4.00
Año... " 9.00	Año... " 11.00	Año... " 8.00
N.º suelto... 20 cts.	N.º suelto... 25 cts.	
N.º atrasado... 40 "	N.º atrasado... 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no soli-
citadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógra-
fos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una
credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande... cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " chico... " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande... " " "	9.—	2.—
" " " " chico... " " "	6.—	1.50

DONDE ADMIRAMOS LOS VERSOS DE TRISOTIN Y APRENDEMOS COMO SE MATA A UN HOMBRE

(Fragmento del libro "El crimen de las máscaras", por Manuel Ugarte, recientemente aparecido)

En este capítulo estamos doblemente en la escena. Sobre el teatro y el Carnaval se superpone el "sketch" que Polichinela ofrece a sus amigos. Los muñecos no saben si deben poner, se o quitarse la careta para que no los reconozcan. Se oye decir:

—No soy yo, pero me parezco mucho.

En el jardín irisado de bombillas eléctricas, alzan sus chorros rectilíneos las fuentes de colores, y las máscaras, locas, conversan y rien frente al teatro diminuto, donde va a triunfar Trisotin, que tiene la especialidad de descubrir y dar como propio lo que ha leído la víspera.

El poeta prodiga su complacencia de dueño de hotel, acostumbrado a repetir una sonrisa ante todas las caras. Arrebatado por una carrera portentosa, se ha fabricado virtudes con sus defectos y con sus desventajas. De él se cita, con veneración, la estrofa célebre:

Eran tres los ladrones de la higuera:
Uno arriba, otro abajo y otro afuera.
El de arriba los higos recogía,
El de abajo en un cesto los ponía,
Y con justicia era
El malandrín de afuera
Quien, sin riesgo ni pena, los comía.

Entre los invitados están todos los personajes que conocemos, y algunos más: el doctor Fausto, Agatocles, los Hanlon Lee, Confucio, Mascarilla, el Boxeador, Falstaff, Gulliver, Epaminondas, Rigoletto, Heliogábalo, Cleopatra, el Ilusionista y Erostrato, a quien acaban de nombrar director del Archivo Nacional.

Pierrot espera ansioso a Lucinda, y así que la presiente a través del disfraz de amazona de Versailles, se adelanta, preocupado.

¿Por qué han elegido las orquestas sus más tristes sinfonías para una velada que debió ser tan alegre? Las máscaras no parecen advertirlo, pero hay en la voz como el cosquilleo de una lágrima.

—¡Por fin!

—¿Por qué, por fin? — inquiero, altiva, la que llega; — sabías que debía venir; y es bueno que nos encontremos, porque hemos de hablar hoy largamente. Pero ahora déjame... He prometido bailar un "fox-trot" con Blondín antes de que empiece la comedia... Ya está aquí... "Bonjour"...

La silueta de Blondín es un rábano clavado en un escarbadientes. Su cara, roja, reposa sobre una osamenta sintetizada por una espina dorsal que el frac ceñido acentúa.

La pareja se funde en el torbellino.

Un payaso, con traje inverosímil, cejas desiguales y boca enorme, aparece, multiplicando los saltos y las muecas, seguido por la burla:

—¡Aoh! — dice. — ¡Aoh, "la miusie"!...

Empieza el violín.

Pero ¿qué lejano temblor hay en las notas de la extraña sinfonía? ¿De dónde viene el dolor que se difunde gradualmente, inmovilizando el gesto? ¿Qué angustia llora en las cuerdas heridas por el arco deshilachado, bajo la mano nerviosa? ¿Por qué misterio se transforman las perspectivas y los resortes del mundo?

—¡Aoh, "la miusie"!... — repite el jugador, cerrando los ojos para mecér la cabeza con el ritmo.

Nadie ríe.

Parece que las almas se elevan al roce inmaterial de la armonía. Un anhelo, una zozobra, un confuso hervor de emociones ahoga en las gargantas el grito de los eternos carnavales. Realidades intangibles, ignotas, se dibujan en blanco sobre los corazones...

Es una vasta catedral, un campo florecido en primavera, un niño que ríe en la cuna, un anciano bendiciendo, la novia rubia en la primera cita, una tumba lejana, la inmensidad del mar... cuanto dejó una estrella dentro de cada vida en el supremo momento. La bestia hirsuta se agazapa y retrocede ante el milagro de su purificación, y es el asombro ante poemas que no se pudieron realizar. Banderas al viento, perfume de rosas, rumor de clarines, besos maternos, hostias que se levantan... ¿Quién sigue las espirales del ensueño que brota al conjuro del armónium interior?

empuja a las almas a caer después de las elevaciones. Cuando cesa la armonía y se corta el hilo de luz, se abre, en paréntesis, el tiempo que tardan los espíritus en volver a la tierra. El mareo se disipa. Surge la vergüenza de las superioridades. Hay un esfuerzo para recuperar el yo rastreado. Y todos se aplican de nuevo la careta para silbar al bufón.

Un encapuchado arroja una serpentina, otra da la señal de la algarazara.

Acaso piensa el clown:

—Es justo que riáis, puesto que os hice llorar. ¿Pero por qué avergonzados de la ascensión y envaneceros de la caída?

El clamor le corta la palabra, y a nadie sorprende ver al histrión—¿poeta?, ¿artista?, ¿rebelde?—sitiado por la jauría que acosa a los juglares de las quimeras.

Sólo se atreve a intervenir en su favor Pierrot:



—¡Caballero, habla usted con un hombre que ha tenido el valor de escribir y publicar sus memorias!

—¡Vaya una cosa! ¡Yo he tenido el valor de leerlas!

En medio de la angustia creciente han cambiado las situaciones. Ahora es el payaso el que se burla del mundo, de la vida.

—"Miusie"—repite, como si, vengador de su idealismo, persiguiera a todas las muchedumbres, en el encarnizamiento de una revancha.

Siguen temblando las cuerdas del violín bajo los dedos crispados, y las madres ven reaparecer a sus hijos muertos, las novias rememoran el primer roce de los labios, los ancianos creen respirar el perfume de su juventud, y los que han purgado en la penumbra las culpas de su propia pequeñez imaginan que se abren paraísos en la iluminación de todas las perspectivas.

Pero hay una gravitación fatal que

—Dejad a ese hombre—grita desde lejos;—respetemos el secreto de su música...

Tartufo encabeza el ataque:

—¿Quién será este otro vagabundo? —inquiero.

Frente al viento agresivo, Pierrot insiste:

—¿Por qué hostilizarle, si no os hace nada? Las notas se han perdido en el aire, y sólo queda el acróbata de la armonía, que ni mendiga, ni increpa... Permitidle descansar, y seguirá su camino...

Un tribuno se encara con el sofador:

—¿Quién te consulta? El teatro nos pertenece. Aparta, si no quieres que te arrojemos también...

El grupo atropella al payaso. En la

PEDRÍN

BROCHAZOS

PORTENOS

El nuevo libro de FÉLIX LIMA

se encuentra en venta en las librerías del centro, en Gath y Chaves, en las administraciones de FRAY MOCHO, Bolívar, 872, y de "El Oeste", Rivadavia, 3949, en las librerías de Belgrano y Flores, en Independencia 3590, en Rosario de Santa Fe y en Montevideo, y en todos los quioscos de las estaciones de ferrocarril de la República.

Precio: \$ 2.50.

lucha con el violín, que exhala su última nota en un crujido de la caja, convertida en astillas bajo los pies de las máscaras, y la ola se pierde en los pasillos, llevándose al que no reaparecerá jamás.

Razonando el asombro, Pierrot monologa en su consciencia:

—También soy yo un payaso que irrita los odios con la clara sinfonía interior. Mañana me expulsarán de las callejuelas del mundo. Y, sin embargo, todo mi ser tiende al ideal y a la justicia. Nunca entró un hábito malvado hasta mi corazón... ¿En qué reside la diferencia? ¿Por qué este destierro?...

Las risas le vuelven a la razón:

—¡Cómo se divierte en el baile!—grita el enano cabezudo, señalándole con el dedo.

Pero un portavoz anuncia que empieza la comedia, y todos se agrupan alrededor de la plataforma sobre la cual van a hacer los aficionados una partida de póker con las rimas de Trisotin.

Pierrot se dirige de nuevo a Lucinda:

—Parece que la estrella que llevo en el alma fuera una maldición. Eres, a un tiempo, la serpiente y Eva...

Lucinda, contrariada:

—¿Lo ves? Interrumpes la alegría. Te he visto, hace un minuto, defender al payaso, como antes al salvaje... Me recibes con reproches... Siempre el mismo...

—¿Cómo quieres que respire en estas fiestas? ¡Cuántos gestos absurdos! ¡Cuántas palabras inútiles! ¡Cuántos cadáveres que gesticulan desatinadamente!... Pasan por la escena como retratos, ajenos a todo lo que realmente existe. Los animales comprenden mejor la vida que nosotros, porque no rien nunca. ¡Quién pudiera condenar al destierro a todos los fabricantes de flores artificiales!... He aventurado, como un tahur, mi vida contra la ilusión de un beso. Pero hasta la naturaleza nos engaña. Más brilla el surco mentido de la luna que la realidad del faro. Y el faro finge también. ¿Has visto la luz sobre el mar? El reflejo forma sobre el agua una i. Lo único real es lo que parece accesorio: el punto...

Interrupción severa:

—¡Tregua al delirio! Y escuchemos la comedia...

En el minúsculo escenario se enredan los hilos de una intriga que nadie entiende.

Un heraldo declama:

BANDO: El Alcalde Macera, ante la Ley, y en su nombre, hace saber que hay un hombre que ha perdido una quimera; si la encontrara cualquiera, sea del lugar o extraño, mando que repare el daño y haga la entrega inmediata, porque a aquel hombre le mata la pérdida de su engaño.

Salen por el foro la Condesa y el Marqués:

—Os he aceptado este ramo...
—...Y con el ramo aquel beso...
—...por una razón de peso...
—Decid cuál es.

—¡Porque os amo!
—¡Qué se quite la hechicera ese antifaz, yo dispongo!...
—¡Si el antifaz me lo pongo para poder ser sincera! Y la mejor prueba es que si algo me denunciara y vos me vierais la cara, no os amaría, Marqués.
—La audacia, ¡por Satanás!, me encanta a un tiempo y me abisma...
—¿Cómo podré ser yo misma si no llevo el antifaz?

Otro personaje amenaza con su espada al seductor:

—¡Atrás, cobarde!
—¡Mal rayo!

—¿Conocéis el poder mío?
—Sólo invoca señorío quien puede ser un vasallo.
—Acaso decís verdad, mas ved si vuestros criados tienen pañuelos marcados como éste...
—¡Su Majestad!...

La máscara macabra del Prólogo (no cabe duda, es la misma, con su impasibilidad siniestra) reaparece cautelosamente y se dirige a Pierrot:
—¿Quieres tener una idea tangible de la nada? Recuerda los tiempos en que el mundo no había sido creado aún, evoca las épocas en que no había épocas, rememora los siglos en que los siglos no eran conocidos, y, cuando hayas recordado, evocado, rememorado, olvídalos todo... Eso es la nada...

—Broma de Carnaval—ríe Lucinda, saludando con el abanico al enmascarado, que huye.

Pierrot, firme en su ensueño, continúa:

—Me atraen los paisajes, los sentimientos y las ideas más que las sombras que se interponen entre nosotros y la felicidad. Cuando te encontré, Lucinda, se abrieron para mí bruscamente las ventanas del mundo, y entró a mi corazón toda la música de los astros...

Lucinda mueve el abanico nerviosamente.

—Muy bien; pero, como eres poeta, comprenderás lo que te voy a decir. El alma puede ser un jardín recién rastillado, donde la huella marca en seguida; pero si siempre pasa el mismo rastrillo, no siempre se advierte la misma huella. O, mejor aún. Los sentimientos resbalan por el corazón como los cisnes por la superficie del lago, dejando un abanico de inquietudes que no duran siempre...

Pierrot oye alaridos de trenes que se precipitan silbando en la noche. Un monstruo demente apostrofa el silencio, pidiendo auxilio:

—¿Qué dices?
Lucinda hace un esfuerzo—¿sugestión de los suyos?, ¿incertidumbre propia?, ¿cansancio?—y afronta la dificultad:

—¿Qué posees?
Pierrot, ingenuo:
—Llegué tarde al mundo; todo estaba distribuido: no quedaba ni un pedazo de tierra que no tuviese propietario...
—¿Eres amigo de los que mandan?
—La hoja de un árbol en primavera

tiene más importancia que la influencia del Ministro...

—¿Qué me ofreces, entonces?
—¡Mucho más! Mi amor y una idea... Nunca pude adquirir la noción de las cosas materiales. ¿Has oído hablar de esos aviadores del ideal, cuyas alas, al agrandarse, absorben todo el cuerpo, y sólo dejan, entre ellas, como punto de arranque, la chispa de oro del espíritu? Mi pobreza es tanta, que sólo tengo tesoros en el reino espiritual; mi obscuridad tan completa, que sólo gozaré de crédito en el porvenir. Pero la grandeza está ahí. Vivimos bajo la tiranía de los vanidosos, y cada hombre vale en la vida lo que él dice valer. Yo seré más que ellos, por haber callado. Y mi amor, que ha hecho brotar flores de sangre en todos los refugios interiores, me hará obtener para ti los tesoros más altos. Una idea es como el sol cuando sale: primero, claridad difusa; después, punto rojo en el horizonte, y, por fin, esfera de fuego capaz de abrasar al mundo. No me hagas conocer la amarga melancolía de los sueños que ya no son. Cuando no pueda verte, arrojaré mis ojos al mar...

—Sin embargo, estoy prometida. Debo casarme, la fecha ha sido fijada ya...

Un revuelo de máscaras rodea a la pareja y opina tumultuosamente:

—Interrumpir una ríña de enamorados es ganar cien días de indulgencia.

Patriotismo

Hay muchas maneras de amar la patria, y lo justo es que cada uno la ame del modo que le sea más natural y que más contribuya a dignificarla. Nosotros hemos perdido hasta tal punto el sentido de la perspectiva, que no damos importancia más que al derramamiento de sangre. Los que no luchan con las armas o por lo menos, con arrebatados discursos, son la obra muerta de la sociedad y miramos con desprecio. Ya decía Goethe a este propósito, contestando a los que le acusaban de falta de patriotismo:

"Yo he procurado llegar a donde más alto he podido en aquellas cosas a que me sentía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con

un ataque desesperado; mis huérfanos murieron en la miseria, y otros se llevaron la gloria...

—Yo, un enamorado idealista, que hubiera dado su sangre para rescatar un suspiro de la amada. Me suicidé a sus pies... y ella se sacrificó por otro...

—Yo fui una madre, nada más que una madre. Salvé a mis hijos de la peste, les entregué mi fortuna... y después me abandonaron...

—Yo fui un juez. Mis sentencias eran justas, como si emanasen de Dios mismo. Pero aquellos a quienes no quise servir infamaron mi nombre, y me obligaron a morir en la expatriación...

—Yo fui el tribuno popular que se levantó contra los engaños. Las muchedumbres me condujeron en hombros. Para salvarlas, tuve que censurar un día sus errores, y mi cadáver fué arrastrado por las calles...

—Yo fui...

Pero las rigas cortan la visión. La hilaridad del público es tanta, que un instante se interrumpe la comedia.

Un astrólogo se precipita por un tobogán, agitando, en un alarido, los muñones de sus brazos ensangrentados:

—¡Me han cortado los brazos! ¡Me han cortado los brazos!

—¿No han reconocido ustedes a Sobón, que busca en vano una mirada de Lucinda?—dice una de esas personas

pasión; no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra; si alguno ha hecho tanto como yo, que alce el dedo".

No se puede hablar con más claridad y justicia; mucho vale la sangre, pero más vale la obra del espíritu. Los hovos, los cafres, los hotentotes, los matheles y los zulús derraman también su sangre por defender el suelo patrio; en los pueblos cultos eso no basta: hay que luchar por el engrandecimiento ideal de la familia en medio de la cual se ha nacido, y ese engrandecimiento exige más que el mero sacrificio de la vida.

Angel GANIVET.

que uno no conoce, no quisiera conocer, y con las cuales, sin embargo, conversa siempre.

La comedia prolonga el ritmo de su cantilena aconsonantada:

—Yo he sido siempre, Almirante, como cumple a un caballero: con los hombres, altanero, y con las damas, galante. De suerte que, en este instante, bajo los ojos de Dios, juguemos algo los dos: esta es la dama a quien amo; para la dama fué el ramo; el acero es para vos.

—Repetidme lo que oí y miradme cara a cara, porque a don Pedro de Alara no le hablaron nunca así...

La hija del tabernero surge en mitad del jardín:

—Un generoso señor, una dama, un desafío... Se trata de amor, ¡Dios mío! ¡Aquí se trata de amor!...

Lucinda vacila, a pesar de todo, prisionera del hilo frágil que aun la une a la ilusión efímera de Pierrot:

—Déjalos que griten—dice— aun podemos salvar la barca que te obstinas en perder. Basta un esfuerzo, uno solo... Pero lo tienes que hacer tú...

—...
—¡Vive como ellos!

EL FOOTBALL EN EL RÍO DE LA PLATA

POR ERNESTO ESCOBAR BAVIO
(Antiguo cronista de sports de "La Nación")

En 360 páginas, la historia completa del popular sport en el continente, desde el año 1893, hasta la actualidad.

Adquiera un ejemplar en: Editorial Sports, Bolívar 879; Gath y Chaves, Cangallo y Florida, Jorge G. Brown y Cia., Cangallo 684; Librería Penser, San Martín y Cangallo; Barbera, Matozzi y Cia., Esmeralda 332; Librería Moen Balder, Florida 431.

Precio del volumen: 3 pesos

Los pedidos del interior deben ser acompañados, además, de 0.30 para el franqueo certificado.

—¿Y eres tú quien me lo pide?

—Hazlo por mí.

—Por ti estoy dispuesto a entrar en querrela con los astros...

—Cambia entonces la dirección de tu espíritu, abandona tus rebeldías, respeta el imperio de mi padre... Sólo nos separa, en realidad, el gusanillo de luz que te empuja a contradecir, a negar los axiomas de Villaloca. De todo lo demás me encargo yo. Pero ayúdame a defenderte en mi incertidumbre... y en la opinión de los demás...

—Te oigo asombrado.

—¿Por qué?

—Porque pretendes que olvide lo que a mí te acerca precisamente...

—Quizá tienes razón... ¿Cómo resolver el conflicto?

—¿Conflicto?... ¡Entre la estela y la nave!... Mira. Hay luceros que brillan más que todas las lámparas. El espacio es más amplio que la comedia de Trisotín. El mundo es más grande que esta fiesta de beneficencia... Y hay caminos de ensueño que van, al atardecer, hasta la hoguera misma del sol. Hay noches de estío en que la luna deja caer sobre el mundo todos los tesoros de Goleonda. Alejémonos para oír las músicas que cantan dentro de nosotros. Basta un gesto. Menos aún: basta un abandono tuyo, para que con las manos apretadas y un solo corazón salgamos de la fiesta y recuperemos nuestro propio ser...

—¿Huir contigo?

—¿Por qué no?

—¿Estás loco?

—Locos estuvieron cuantos escucharon su corazón o su consciencia. Mi alma no oye más que el eco de tu armonía total. La presencia se hace perfume; la esperanza, evocación, y no quedan ya en presencia más que dos almas. Cierra los ojos para ver la luz del único cielo que nos ofrece en vida la eternidad. Y huyamos hasta el confín remoto, en el vértigo de nuestro amor...

—¿Me querrás siempre?

—Más que siempre. Si es que muere, moriremos juntos. Los ahogados son la fiesta de los pájaros del mar. Dos pasos en el jardín, ganamos la espesura, y siguiendo el fulgor de las luciérnagas, nos alejamos lentamente, con los labios unidos, por el sendero azul...

La comedia está a punto de terminar.

En el tablado se reconcilian el Almirante, la coqueta y el seductor. Pero las máscaras no nos dejan enlazar los consonantes, ni oír lo que contesta Lucinda al insensato que la empuja a partir.

EL HISTERISMO,

por
el doctor Max KEMMERICH

En su libro intitulado "El cerebro y el alma" demuestra el filósofo Erich Becher que no existe correlación necesaria entre la memoria y el cerebro, porque hay fenómenos de nuestra facultad retentiva que de ninguna manera se pueden interpretar como funciones del encéfalo. No tiene escape: el espíritu está independiente de la materia, y cuando se une a ella no lo hace como siervo sino como dueño y señor.

En este particular son muy instructivas las experiencias médicas que Schleich nos refiere en su famosa obra "El mecanismo del pensamiento". El autor llama al cerebro el "taller" del alma, que tiene su residencia en todo el vasto palacio de nuestro organismo. Puede ser que esta definición no desaloje al materialismo de sus últimos reductos; pero de trascendencia inconcebible son las conclusiones que de necesidad se infieren de los fenómenos del histerismo. Citamos aquí el siguiente relato del ya mencionado libro de Schleich:

Una joven bastante histérica está sentada en su diván, mientras en un rincón del cuarto se halla sobre una mesita un ventilador eléctrico. Apenas he entrado en el aposento para reconocer a la paciente, cuando ésta me pregunta toda asustada: ¡Dios mío, qué zumbido tan fuerte! "¿Qué haríamos si fuera una grande abeja?" "Pues, señorita, en este caso abriríamos la ventana y la espantaríamos para que saliera". "No, no, señor, el animal me pudiera picar. ¡Jesús si me picara en el ojo!"

Mientras yo trataba de calmarla, alegando que aun este daño no sería irreparable y mucho menos mortal, se hinchó el párpado inferior de la pobre, que había prorumpido en vivas lamentaciones, y pronto se había formado un tumor (edema) muy doloroso, del tamaño de un huevo de gallina y de consistencia pastosa, con una inflamación claramente visible".

Schleich arguye con razón que aquí se trataba de una formación de tejidos celulares a impulso del histerismo, o en otras palabras, de "una ilustración palpable del problema metafísico de la encarnación". El caso prueba convincentemente que "el espíritu crea al cuerpo y no inversamente".

Schleich cita un gran número de casos parecidos, que todos demuestran que el espíritu es el agente misterioso que forma el cuerpo y que el llamado histerismo—uno de los términos que la ciencia necesita para llenar al menos con un nombre las lagunas de sus conocimientos—es un "problema metafísico". Schleich tenía una paciente que estaba con fiebre cuando a ella se le antojaba. En docenas de veces y bajo la vigilancia escrupulosa de médicos competentes registraba el termómetro clínico temperaturas de hasta 42° C, que se producían en el corto lapso de 10 ó 15 minutos. Un caso análogo es probablemente el milagro de la estigmatización, conocido desde el tiempo de Francisco de Asís y que aún hoy se repite a veces, pues hace poco se me informó de que un fenómeno idéntico se había presentado en una monja de 19 años que vive en un convento muniqués. En todo caso demuestra esto "el indubitable imperio del alma, o sea de la voluntad sobre el cuerpo."

Schleich habla también de una se-

ñora que le consultó por una dolencia articular. Ella le preguntó: "¿Qué tenía la señora que acaba de salir?" "Un salpullido" fué la contestación. La paciente se estremeció y dijo: "Entonces lo tendré yo también". Y efectivamente tuvo ella diez minutos después en el dorso de su mano un enrojecimiento ligeramente endematoso con orillas encendidas. Muy conocidas son las apendicitis imaginarias con tumores, dolor y fiebre. El operador no encuentra en tales casos nada que sea anormal. ¡Los tumores y la inflamación desaparecen como por ensalmo!

Verdaderamente estupendo es el siguiente caso que Schleich pudo observar en un hospital de sangre: Había ingresado un sargento a quien un proyectil había perforado las artrodias de ambos húmeros produciendo en las articulaciones una purulencia sumamente fuerte. Eso no obstante progresó la cura tan prodigiosamente que el herido ya no tenía fiebre y podía mover sus brazos con bastante libertad. Pero, entonces ingresó otro soldado a quien una bala había lesionado el cerebro. El pobre, que casi había perdido ya la conciencia, estaba con calentura y padecía temporalmente de convulsiones. Se le encamó frente al ya

citado sargento. Por imprudencia se deslizó la palabra: "Tal vez se trate de tétano", diagnóstico que, como más tarde se vió, fué enteramente errónea. "Tres días después, es decir, cuatro meses después de su ingreso tuvo nuestro sargento, cuya grave herida estaba casi curada ya, el primer acceso de tétano". Tenía todos los síntomas de esta enfermedad, todos menos la fiebre. Una inyección de antitoxina en la médula espinal no surtió efecto. La vacunación de un conejo con el líquido céfalo-raquídeo del paciente—ensayo que se considera infalible—dió un resultado negativo. Tampoco fué posible descubrir en la sangre bacilos de tétano. Cuando se manifestó al sargento categóricamente, que no tenía tétano ni cosa que se le pareciera, sanó el paciente en pocos días. El caso en cuestión fué un "tétano histérico".

Más de una vez se ha observado ya una muerte aparente por histerismo, "y hasta se dan casos de una muerte verdadera por autosugestión". Schleich mismo pudo registrar el siguiente suceso. Un negociante muy acaudalado le suplicó un día fervientemente que le amputara el brazo. Dijo que se había punzado el dedo con una pluma de escribir y que sin la abla-

ción moriría indefectiblemente de una infección de la sangre. "Hubiera reído a carcajadas si la expresión de suprema angustia en la cara del paciente no hubiese refrenado toda su burla. Dijo que ya se había dirigido a varios cirujanos de reputación, también al profesor Bergmann, pero que todos se habían negado a hacer la operación. Me rogó encarecidamente que le amputara el brazo, en cuyas palpitaciones irregulares ya se delataba inequivocamente el efecto del veneno. Claro que tuve que mandarle a casa, consolándole lo mejor que pude. Le volví a ver en aquella misma noche. La temperatura estaba absolutamente normal, y no se veía el menor indicio de hinchazón o inflamación en la herida que yo, después de haberla succionado, había limpiado y vendado cuidadosamente. Pero, el paciente estaba en un estado de agitación indescriptible: ¿Por qué no se procede a la amputación? ¡Todavía sería posible salvarme!

Al día siguiente había muerto. Mi amigo Langerhaus hizo la autopsia. Nada de infección. La sangre no contenía rastros de toxinas. Una muerte inexplicable. Mi diagnóstico: "Fallecimiento por histerismo".

Todos estos casos enseñan con la mayor claridad que "el pensamiento tiene la fuerza de alterar la materia, de crearla", y hasta de destruir la vida, lo cual, según la teoría materialista, debería ser imposible y contrario a la ley de casualidad. Lo que Schleich, un médico y naturalista, dice sobre este tema es tan hermoso y a la par tan convincente que no queremos dejar de consignar aquí sus palabras: "Es casi como si se nos desvelara el gran arcano del mundo; vemos demostrado el hecho de que "efectivamente la idea tiene fuerza plasmadora", de que un "nisus formativus" está tejiendo el tapiz de la vida. Comprendemos que la creencia de Platón: "Al principio fué la idea, y ella creó la materia", que la palabra de Hans von Bülow: "Al principio fué el ritmo" y la sentencia que inicia el Evangelio de San Juan: "Al principio era el verbo (logos)" no son más que variaciones de una misma verdad fundamental, que sostiene que el pensamiento comunica vida a las formas. Acaso nos parezca plausible que por fuerzas represivas se produzca la atrofia en las articulaciones, músculos y miembros afectados, y que otros órganos desequilibrados por la falta de toda influencia retardatriz, se desarrollen hipertroficadamente; pero lo que no comprendemos es que estos mismos fenómenos se presenten también en virtud de un agente puramente espiritual, que sean el efecto de una idea, la obra de un soplo, el producto de la fantasía. Lo que no concebimos es el mecanismo de que se vale la imaginación, esa potencia etérea que adultera las impresiones de nuestros sentidos, para ingerir sus manos en los tejidos obligándolos a formar millones de células. En este sentido el histerismo ha llegado a ser para mí una fuente de nuevos conocimientos, un documento en que está escrito: "Casi omnipotente es la idea". Veo con honda satisfacción que el histerismo confirma y comprueba la tesis enunciada por los antiguos filósofos indios de que en el mundo sensible no existe ni puede existir nada que no tenga su principio y su origen en el intelecto creador".

EL JARDIN DE EPICURO

—Los hombres ponemos lo infinito en el amor. No culpemos de ello a las mujeres.

—Hay un cuadrito de Jean Béraud que me interesa en alto grado. Es la "Salle Graffard"; una reunión pública en la que se ve arder los cerebros como las pipas y las lámparas. La escena toca sin duda en lo cómico. ¡Pero cuán profundo y verdadero este cómicol! ¡Cuán melancólico es! Hay en este sorprendente cuadro una figura que basta por sí sola para darme a conocer al obrero socialista mejor que veinte volúmenes de historia y de doctrina: la de ese hombre calvo, de cráneo completamente liso, sin espaldas, sentado ante la mesa, envuelto en su bufanda. Es un artista o artesano sin duda; un hombre de ideas, enfermizo y sin insinios; el asceta del proletariado, el santo del taller, casto y fanático como los santos de la Iglesia en los primeros tiempos. Es en verdad un apóstol, y al verle se siente que ha nacido una religión nueva entre el pueblo.

—Estoy persuadido de que la humanidad tiene en todo tiempo igual suma de locura y tontería que invertir. Es un capital que debe fructificar de un modo o de otro. La cuestión está en saber si, después de todo, las frivolidades insanas consagradas por el tiempo no serán la más cuerda inversión que un hombre pueda hacer de su tontería. Lejos de regocijarme cuando veo desaparecer un viejo error, pienso en el nuevo error que ha de reemplazarle y me pregunto con inquietud si no será más incómodo o más peligroso que el otro. Si bien se considera, los antiguos prejuicios son menos funestos

que los modernos: el tiempo, en su incesante uso, los ha pulido y hecho casi inocentes.

—He encontrado entre los sabios el candor de los niños, y todos los días ve uno a ignorantes que se consideran el eje del mundo. ¡Cada cual se cree centro del universo! Tal es la común ilusión. Ni el barrendero de la calle escapa a ella. Procede esa ilusión óptica de que al contemplar la bóveda celeste, siempre la colocan en el justo centro del cielo y de la tierra. Quizás este error se haya atenuado algo en los que han meditado mucho. La humildad, rara entre los doctos, lo es mucho más entre los ignorantes.

—El hastío de los poetas es un dorado hastío; no les compadezcáis demasiado. Los que cantan saben cantar su desesperación; no hay energía semejante a la magia de las palabras. Los poetas, como los niños, se consuelan con imágenes.

—En amor necesitan los hombres formas y colores; quieren imágenes. Las mujeres desean sensaciones. Aman mejor que nosotros; son ciegos. Y si pensamos en la lámpara de Psiquis, en la gota de aceite, os diré que Psiquis no es la mujer; Psiquis es el alma, lo cual no es lo mismo. Es lo contrario. Psiquis era curiosa por ver, y las mujeres no son curiosas más que por sentir. Psiquis buscaba lo desconocido. Cuando las mujeres buscan, no es lo desconocido lo que buscan. Quieren encontrar, y eso es todo, su ensueño y su recuerdo, la sensación pura... Si tuvieran ojos ¿cómo conseguiríamos explicarles sus amores?

ANATOLE FRANCE.

EL TEATRO

CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA

En esta semana reabren sus puertas varios teatros de la capital inaugurándose así la temporada oficial de 1925.

Como siempre, se forjan proyectos, se prometen mejoras, disponiéndose todos a una lucha que este año será más ruda que los anteriores, por la competencia a que obliga el número de salas que han de funcionar y la gran cantidad, superior aún, de compañías nacionales y extranjeras que habrán de disputarse el favor del público.

Se ha anunciado que actuarán en la metrópoli, realizando temporadas más o menos largas, las compañías capitaneadas por los primeros actores ya consagrados por el aplauso general y únicamente cabe lamentar la ausencia de Parravicini, en gira por Europa y cuyo regreso no se sabe.

Aunque no es una novedad para nadie, despierta interés la actuación de Enrique De Rosas, que ha demostrado envidia como para desarrollar un programa que constituya dentro del teatro nacional, una de las notas más felices.

El ya crecido número de teatros, se ve aumentado este año con la inauguración del Ateneo, construido en pleno centro y que por su capacidad, lujo y buen gusto, no es una sala más sino una de las principales. En ella, realizará la primera temporada, la compañía de Camila Quiroga, a la que seguirán varias extranjeras de diversos géneros teatrales.

Una de las características con que ya se perfila el nuevo año teatral, es el auge de la revista, género que aunque no tiene más valor que el decorativo, luminoso y alguna vez musical, parece que numerosas compañías se han organizado expresamente para explotarlo.

La comedia nacional grande, a la que seguirán consagradas cinco elencos, tendrá un serio rival en la revista y sólo debe confiar su triunfo sobre aquella a la escrupulosa selección de las obras, sin atenerse al fácil aplauso del primer momento, ni a su logro por ciertos medios artificiales que nada resuelven en definitiva.

En cuanto al sainete, parece que se mantendrá como en años pretéritos y no es de esperar por ahora su dignificación, a menos que alguna pieza de gran éxito, sin tangos ni cabaret, marque al género un nuevo rumbo.

LOS ELENOS

La mayor parte de las compañías han organizado ya los elencos con que se aprestan a iniciar sus respectivas temporadas. Otras, que debutarán más tarde, se encuentran aún en la tarea preparatoria de combinar elementos, no habiendo aun dado a la publicidad los componentes con que hasta ahora cuentan.

A continuación consignamos la nómina de artistas que constituyen los conjuntos próximos a debutar.

Compañía Rivera-De Rosas. — Matilde Rivera, Olga Casares Pearson, María Esther Lerena, Delia Martínez, Elsa Martínez, Raquel Martínez, Carlota Rossi, Carmen Valdés, Enrique De Rosas, Carlos Belinucci, Angel Walk, Carlos Langlemey, Ricardo Bus-

tamante, Mario Caldeira, Héctor Cuore, Emilio Durante, Ricardo Rossi, Juan Jiménez, Antonio Pomponio y Diego Martínez.

Compañía Pagano-Ducasse. — Actrices: Angelina Pagano, Lucía Barausse, Obdulia Bouza, Sara Nuvoione, Malva Castelli, María Battaglia, María Mejías y Carmen Senillosa.

Actores: Francisco Ducasse, Nicolás Fregues, Alfredo Lliri, Eduardo Bulterini, Guillermo Bataglia, Héctor Torres, Pascual Pelliciotta, Federico Caballero, Pedro González, Emilio Ruiz, Tomás Pardo, Mario Ionardi, Amadeo Alfano, Atilio Forno, A. Briguardelio y Natalio Pagano.

Compañía Blanca Podestá. — Actrices: Blanca Podestá, Blanca Vidal, Amelia Senisterra, María Cainelli, Aída Celestino Blanca Crespo, Marta Duchesnoi, Manola Collazo, Blanca Ferrer, Olga Saldías, María O'Farrell, Juana O'Farrell, Lola Henderson.

Actores: Alberto Ballerini, Juan Giussani, Augusto Zama, José Casamayor, Miguel Faust Rocha, Rafael Seuri, José F. Podestá, Bebe Sánchez, Tomás Hartich, Luis Arellano, Jorge Ruibal, Florindo Ferrario, Juan Macchi, Egidio Orlando, Germán de la Riva, José Homs Herrera, Angel Alberio.

Director artístico, Alberto Ballerini.

Compañía Cicarelli-Corsini. — Actrices: Emma Bernal, Ada Adhelma, Victoria Corsini, Gloria Bayardo, Gloria Bara, Antonia Fuentes, Mercedes Delgado, Cecilia Llanos, Luisa Morotti, Celia Muñoz, Benita Puértolas, Leonor Rinaldi, Laura Raimondi, Julia Ramírez, Elena Rodríguez y Ana Videla, y los actores Juan Bono, José Briebe, Dalmiro Casáis, Gregorio Cicarelli, Rodolfo Bravo, Ernesto Coire, Ignacio Corsini, Bartolomé de Poli, Armando de Vicente, Tito Luisardo, Antonio Mendoya, Waldino Palmieri, Carlos Rosingana, Juan Vitola, Ricardo Susani y Félix Rinaldi.

Compañía Muñio-Alippi. — Actrices: María Aparicio, Sofía Bozán, Elvira Berzi, Lidia Bono, Ada Cornaro, Lola Cao, Gloria Faluggi, Carmen Jiménez, Obdulia Gómez, Lilia Herrera, Sara Iturrat, Magdalena Las Heras, Estela Lux, Teresa Massoki, Margarita Méndez, Pepita Méndez, Aída Olivieri, Lita Padrón, Marcela Pena, Gloria Quintana, Ilda Roca, Blanca Rolón, Eloisa Ragnoni, Josefina Ribalta, Julieta Rodríguez, Elena Sánchez, Kety Sardy, Margarita Sucho, Teresa Santander, Flora Torres, Angela Trejo, Wall y Wais, Luisa Ventura, Juana Ventura y 30 señoritas de conjunto.

Actores: Elías Alippi, Enrique Abascal, Alfredo Bertolino, Miguel Coiro, Pablo Cumo, Felipe Charello, José De Angelis, José González, José Lages, Jenaro López, Enrique Muñio, Catán Marambio, Aníbal Pastor, Totón Podestá y Arturo Sánchez; maestro director, Bernardino Terés.

Compañía de revistas del Porteño. — Actrices: Hortensia Arnaud, Margarita Blanco, Felisa Bonorino, Amelia Bonorino, Blanca Carly, Carmen Castex, Victoria Corbani, Zoraida Corbani, María Chico, Ida Delmas, Cristina Díaz, Alicia Duval, Amanda Falcón, Blanca Farías, Juana Farías, Serafina Fernández, Manola Fernández,

Jennys Green, Mary Lamas, Amanda Las Heras, Mary Luz, Mercedes Lemus, Aída Limberti, Sofia Meyerson, Dora Moreno, María Peláez, Paulina Pinheiro, Celia Rubín, Marina Taillade, Gladys Vargas, Consuelo Velázquez.

Actores: Alfredo Camiña, Abelardo Farías, Gerardo Ferrer, Rolindo Jiménez, Máximo Orsi, Juan Porta, José Ramírez, Marcelo Ruggero, León M. Zárate, Tito Malcolm, Antonio Lozzi.

Compañía de revista del Ideal. — Primeras tiples: Pierrette Fiori, Clara Milani, Concha Sánchez; segundas: Adelina Ramos, Lola Suárez, Celia Noris, Nélida Borelli, Carmen Martínez, Vilote Desmont, Carmen Mármol, Doris Berlasky.

Actores: Raúl Roulien, José Arias, Marcos Caplan, Fernando Chicharro, Warly Ceriani. Treinta coristas y cuerpo de baile, dirigido por el maestro Eladio Alonso. Director de orquesta Carlos Pibernat.

LA TEMPORADA DEL MAYO

Salvo inconvenientes de última hora, en la semana en curso se presentará en el Mayo la compañía española de zarzuela que tendrá por primeras figuras a la tiple Blanca Pozas y al actor Miguel Ligeró.

He aquí, completo, el elenco de esta compañía:

Primer actor y director, Miguel Ligeró; primeras tiples: Blanca Pozas, Lola Segura, Carmen Manrique y Pura Gurina; segundas tiples: Mimi, Navarro, Cantere, Polo, Quiroga y Villalba; tiple de carácter: Josefina Castillo; primer actor, Enrique Lucena; tenor, Romano Vita; barítono, Luis Antón; tenor cómico, Enrique Barrenechea, actor de carácter, L. Rubens; otro tenor, Luis Delgado, José Forcadell; actor genérico, Marcial Bulfi; maestro director y concertador, José Bayarri; segundo maestro, L. Rius Juliá; maestro de baile, J. Rubio; cuerpo de baile y 24 coristas de ambos sexos.

LOS DEBUTOS

En la presente semana, harán su debut, varias compañías que con bastante antelación habían fijado la fecha de iniciación de su labor teatral.

Es posible que todas ellas logren cumplir su compromiso, pero nada tendría de particular que por dificultades de última hora, tan abundantes en el mundo de la farándula, alguna de ellas se vea obligada a modificar la fecha de inauguración, aunque desde luego la diferencia no ha de ser muy apreciable.

Los datos, pues, que consignamos a continuación, los ofrecemos a riesgo de las empresas respectivas.

En el Marconi. — En este teatro, se presentará la compañía Brena-Gutiérrez el jueves, con el estreno de la pieza en tres actos "Hermana mía", de José González Castillo, director del elenco.

En el Apolo. — La compañía Cicarelli-Corsini debutará también el jueves, con dos estrenos: "Todo el año es carnaval", sainete de Alberto Vaccarezza, director del conjunto, y "Un ladrón", sainete de Adriano Díaz Olazábal.

En el Buenos Aires. — El viernes 6

iniciará su labor en este teatro, la compañía Muñio-Alippi, estrenando la revista "A Paris, te lo regalo", de Weisbach y Doblas, y la refundición de los dos grandes éxitos de la misma compañía en la temporada anterior, "No tengo bananas" y "Aquí les traigo el pan dulce".

En el Argentino. — Con "Un hombre solo", de Enrique García Velloso, inaugurará su temporada la compañía Rivera-De Rosas, el sábado 7 del actual.

En el Porteño. — El jueves, estrenando las revistas "Atención a la largada" y "Ahí va de mi flor un gajo", se presentará la compañía de revistas que dirige Manuel Romero.

"LA MUJER DE BRONCE"

Tal es el título de la pieza dramática en tres actos que Luis Rodríguez Acasuso ha escrito para Blanca Podestá y que ha sido elegida para presentarse al público la compañía del Smart, en la temporada a iniciarse en la primera quincena de abril. Se ve que Blanca le tiene fe al autor de "El alma desnuda", que como se recordará, le proporcionó un lisonjero éxito en la "season" de 1924. Veremos si el fenómeno se repite.

Con "¿QUÉ PASA EN CÁDIZ?", se presentó en la COMEDIA la compañía de revistas españolas

Los autores de "Las Corsarias", Paradas y Giménez, han dado con esta obra una nueva prueba de su ingenio retozón, pero sin duda no han de lograr para la misma la extraordinaria longevidad de aquella. Bien presentada por la compañía de Rey, como se hace en la Comedia, entretiene al público, arrancándole con frecuencia explosiones de hilaridad.

La interpretación excelente, destacándose Rosario Agueda.

CASINO

El conjunto de variedades que actúa en esta sala, ha agregado a su programa algunos números de mucho efecto y que han logrado el aplauso del numeroso público que la frecuenta. Se anuncian próximos debutos interesantes.

GRAND SPLENDID

Conforme va produciéndose el regreso de los veraneantes, aumenta la animación de público en este aristocrático cine, que incorpora continuamente a sus programas, los éxitos más destacados del film universal.

CORREO TEATRAL

E. A. P. — Tendremos en cuenta su iniciativa, llegado el caso de poder llevarla a la práctica. Desde luego, agradecidos.

Novel. —

Su comedia no es comedia, pero tampoco es sainete; nos coloca usted en un brete con la opinión de de Vedia. Sepa, Novel indiscreto, (acérquese para oír), que nos hace arrepentir de no ser analfabeto.



Notas Nortenas



TYLCABA (Jujuy).—La señorita de Armanini, gozando del verano.



Familias de González Calderón Paverini Rico y otras



Grupo de veraneantes, compuesto por las familias de Canaro, Dufe, Tarrico y otras, durante un paseo, a 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar.



TUCUMAN. — Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido al doctor... motivo de su enlace. Asistieron al acto el gobernador, doctor Crispien y... bros de la judicatura



Vista del patio de arquitectura colonial del Colegio de Santa Rosa, que será demolido.



El estilista criollo Chazarreta, durante una visita que realizara a nuestro colega "La Gaceta".
Fot. Luis A. Posse.

FRAY MOCHO EN MENDOZA



Parte de la concurrencia que asistió a las conferencias ilustrativas implantadas por el nuevo director del Departamento General del Trabajo, de Mendoza, con objeto de capacitar al personal para la mejor interpretación, comentarios y aplicación de las leyes.
Fot. Modelo.



MAR DEL SUR



Grupo de gente menuda, durante el baño, en el nuevo balneario Mar del Sur.



El emir A. Hansen y su familia.



Una bella bañista, encantada de la vida.



Doctores A. Morr y F. Elisa, acompañados de sus respectivas familias.



Otros pebotes dispuestos para el remojo.

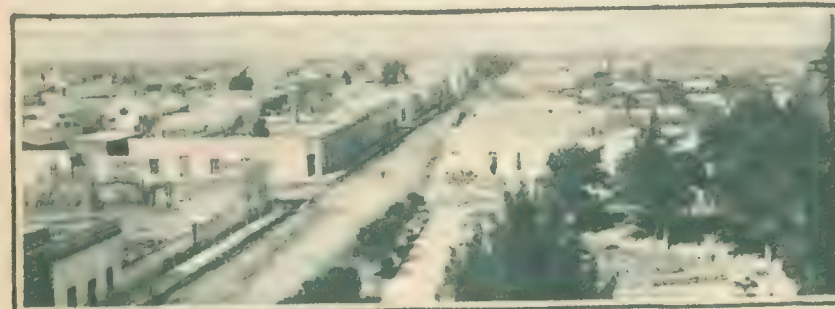
DEL BALNEARIO DE GUAMINÍ



Familia del señor Alfonso E. Camblong, en el balneario del Lago del Monte.



Señoritas de Mazza, Negrín y Palatín.



Vista parcial del pueblo de Guaminí, que acaba de inaugurar su balneario municipal, con señalado éxito.



Grupo de distinguidas señoritas y niñas de la localidad, en el balneario del Lago del Monte.



Tres amigas del agua.



Un detalle del nuevo balneario.

Fots. Amadeo A. Fino.

De la Escena Muda



Edmund Love y Claire Adams, en una escena de "El tazón de bronce", producción Fox, que se estrenará el jueves próximo.



Dorothy Phillips y James Kirkwood, en un pasaje de "La cruz de los sexos", película que la Corporación Argentino-Americana de Films estrenará el 28 del corriente.



Margaret Landis y Frank Merrill, que encarnan los protagonistas de "Por su dama y por su honor", cine drama que la Sociedad General estrenó anteayer.



Una escena de "La rosa de París", film Jewell-Universal, que tiene a Mary Philbin por principal intérprete. Se estrenará el 15 del corriente.



Un cuadro de la cinta "El valle de los desaparecidos", obra en la que Neal Hart actúa como protagonista y que Max Glücksmann dió a conocer el último sábado.



Un pasaje del cine drama "Por otra mujer", interpretado por Kenneth Harlan, Mary Thurman, Allan Ale y Florence Billings, que la Sociedad General distribuye desde el viernes de la semana anterior.



TERMAS DE CACHEVTA



Los nenes del doctor Fazan y Wiurno.



Grupo de veraneantes.



Estudiando la lección en el libro de 40 hojas.



Dos baturros en un burro.



Los doctores Imaz y Juan Agustín Moyano, con sus esposas.



—¡Le pego, fotógrafo!...



A la espera del tren.



Una pareja encantada con sus fotografías.



Señores Boulliers, Cavalié, Federnera y O'Farrell, durante un paseo higiénico.



—¡Queremos que nos saque lindas!



Señor José A. Minuto y familia.



Señores Héctor Savasta e Ireneo Amitrano.

Fots. Bejarano.



El veraneo en Valle Hermoso (Córdoba)



Julita Urbe Jaquet, dispuesta a una excursión por la serranía cordobesa.



Familias de Collet, Inchausti, Salinas, Scarabino, Vernengo, Verges y otras.



Familias de Medús, Bruschi, Tellechea, Tremblay, Hossfmann, Bértola y Bacigaluppo, durante el almuerzo, en un picnic realizado en "Las Vaquerías".



Señorita Modesta Bruschi Legarreta.



Señor José C. Bruschi, su esposa y su hija Carola.



Señoritas Tita Urribarri Gainza y Teresa, Sofia, Cipriana y Julia Urbe Jaquet.



Señoritas de Guglieri.



OBTENGA USTED LOS REGALOS

consistentes en objetos de arte, artículos de fantasía y valiosas alhajas de oro y brillantes, que entregamos a cambio de los cupones que contienen todas las cajas del insuperable

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

Las señoras que usen este excelente artículo de toilette, además de beneficiarse con dichos espléndidos obsequios, embellecerán notablemente su cutis, comunicándole la más deliciosa frescura, suavidad y delicadeza.

Complete usted dignamente los elementos de su tocador, con estos exquisitos productos de la Perfumería Mendel:

POLVO CIELITO MÍO

AGUA DE COLONIA ANTINEA

LOCIÓN CIELITO MÍO

Recomendables por su excelente clase y delicado perfume

MENDEL & Cía.

En BUENOS AIRES: calle Guardia Vieja, 4439
En ROSARIO, SANTA FE: calle Entre Ríos, 864